Enero de 1964

m$n

Selecciones del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS



Selecciones
del Reader's Digest

Tomo XLVII Nº 278 Enero de 1964

Revista mensual publicada por Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Teléfonos 27-4671 al 4676.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Redacción

Jefe de Redacción . . . . Pablo Morales

Consejeros de redacción: Julio Casares, Eduardo Cárdenas. *Redactores*: Marco Aurelio Galindo, Lilian Davies Roth, Luis Marron. *Redactores asociados*: Dmitri Ivanovich, C. E. Eggers Lecour, Arturo Aldama, Manrique Iglesias. *Director artístico*: Emilio Gómez.

Administración

Douglas Mac Lean, *gerente*; Paul W. Thompson, *vicepresidente*; Marcos Kremzar, *tesorero*; Carlos Aldao Quesada, *gerente de publicidad*; Ricardo Robinson y Enrique Trench, *representantes*; Salvador Passarello, *Discoteca de Selecciones*; Miguel Weil, *Biblioteca de Selecciones*.

The Reader's Digest, fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores, se publica en inglés en Pleasantville, Estados Unidos, y también en Inglaterra, en el Canadá y en Australia. Ediciones en otras lenguas: *Stuttgart (alemán)* Anne Mörike; *Cairo (árabe)* M. Zaki Abdel Kader; *Copenhague (danés)* Onni Kyster; *Helsinki (finlandés)* Seere Salminen; *París (francés)* Pierre Dénoyer; *Montreal (francés)* Pierre Ranger; *Amsterdam (holandés)* Aad van Leeuwen; *Milán (italiano)* Mario Ghisalberti; *Tokio (japonés)* Seiichi Fukuoka; *Oslo (noruego)* Astrid Øverbye; *Río Janeiro (portugués)* Tito Leite; *Estocolmo (sueco)* Olle Gustafson.

Ediciones internacionales: Paul W. Thompson, *gerente general*; Adrian Berwick, *jefe de redacción*.

Cubierta: "Relojes", por Rebecca Merrilees

SELECCIONES
se vende
en las principales librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 40,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.

Bolivia ($b.2,50*) — Librería Selecciones S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.

Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.

Colombia ($2,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 Nº 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Agencia Selecciones, Maracaibo 47-52, Medellín.

Costa Rica (₡1,50*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Bazar de las Revistas, Apartado 1924, San José.

Chile (Eº 0,50*) — Sales y Larios Ltda., Avenida Bernardo O'Higgins 137, Santiago.

Rep. Dominicana (RD$0,25*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.

Ecuador (5,50 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.

El Salvador (60 cts.*) — PRODISA, Apartado Postal 1369, San Salvador.

Guatemala (Q0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.

Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.

México ($3,50*) — Selecciones Distribuidora, S. A., Plaza de la República 48, México, D. F.

Nicaragua (C$1,95*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.

Panamá (B/0,25*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.

Paraguay (G 35,00*) — Cía. Importadora de Publicaciones, S. R. L., Palma 565, Asunción.

Perú (S/6,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.

Puerto Rico (25 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.

Uruguay ($4,00*) — A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.

Venezuela (Bs. 1,25*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz, 178; *Suscripciones*: Avenida Ávila y El Parque, San Bernardino, Caracas.

(**Precio por número suelto*)



Selecciones del Reader's Digest, Volume XLVII, Nº 278, January 1964. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US $4.00 per year. Entered as second class matter at the Post Office at Pleasantville, N. Y., under the act of March 3, 1879. Additional entry at the Post Office, Miami, Fla.

Impreso en la Argentina - GUILLERMO KRAFT LTDA. - Reconquista 319

Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones



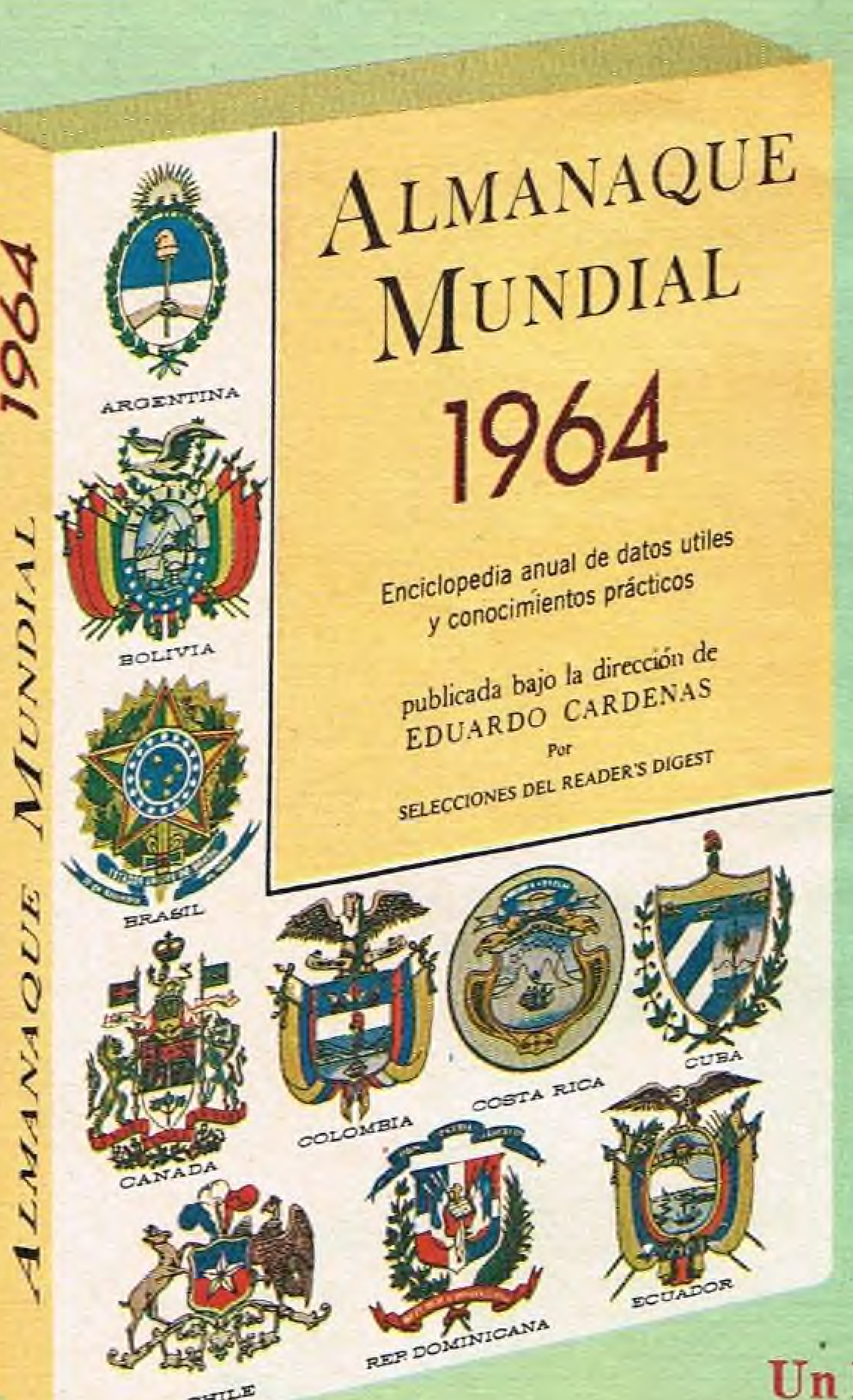
CORREO ARGENTINO CENTRAL(B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144


Vieja Lavanda
Vieja Lavanda Fulton

CON MÁS VOLUMEN Y MÁS PÁGINAS QUE LAS EDICIONES ANTERIORES

YA SALIÓ

del famoso libro que es
un tomo—416 páginas



Más de 100.000 datos útiles sobre:

- 122 naciones del mundo
- nuevos mapas
- Feria Mundial, 1964
- guía de radiodifusoras
- personajes de hoy
- sucesos del año
- letras y periodismo
- música y artes
- biografía e historia
- astronomía
- geografía
- geología
- alpinismo
- los mercados comunes
- agricultura, ganadería
- industria y comercio
- producción mundial
- deportes, campeones
- asuntos religiosos
- calendarios
- escudos de armas
- pesas y medidas
- tablas de conversión
- conocimientos útiles
- y muchas cosas nuevas!

Un libro indispensable para su progreso personal

LA EDICIÓN DE 1964

toda una biblioteca de consulta en ... *de informaciones de actualidad.*

¿Por qué le conviene a usted comprar hoy mismo su ejemplar?

Porque manteniéndose bien informado será más eficaz su actuación en la vida

En este utilísimo libro hallará—en el momento oportuno—las informaciones precisas que le hacen falta en el curso de su trabajo, de sus negocios, de sus estudios, de sus lecturas y de su trato con otras personas . . . Informaciones *actualizadas* que no podría encontrar ni en las más costosas enciclopedias,

una pequeña inversión hoy lo mantendrá bien informado todo el año!

Este libro es único en su género

Nunca se vio tal riqueza de informaciones por tan poco dinero. Y esta nueva edición de 1964 le ofrece más páginas y mayor abundancia de contenido que las anteriores.

Examínelo usted mismo y convénzase

El profesional, el hombre de negocios, el industrial, el empleado, el escritor, el periodista, el funcionario público, el estudiante, el maestro, lo consideran hoy compañero indispensable en sus labores, como lo atestiguan millares de cartas que de todos los países de habla española llegan a la Redacción.

Al comprar su ejemplar, asegúrese de que le dan el libro que tiene la hermosa cubierta que aparece al frente: es el nuevo, el único original y legítimo...el que para usted valdrá cien veces más de lo que le cuesta.

Cómprelo hoy mismo -antes que se agote- a su vendedor de Selecciones o, acompañando su valor más $ 16.- para gastos de envío ($ 196.- en total), a sus distribuidores exclusivos en la Argentina:

S. A. EDITORIAL BELL

Otamendi 215/217 y Diagonal Norte 567 (Of. 320)
Buenos Aires





La esposa, en una reunión, mirando críticamente a su cónyuge, que parece haber entrado en órbita después del cuarto coctel: "Ya es tiempo que mi marido dispare su retro-cohete".

— *Tiller & Toiler*

"Hace poco fui a Washington", contaba el cómico Stu Allen, "y pensé que podría dedicarme a la política. Estuve hablando allí con uno de los personajes importantes y me preguntó qué sabía yo hacer":

—Nada, le dije.

—¡Magnífico! —repuso— así no habrá necesidad de enseñarle.

— *Parade*

Un domingo, en medio de una carretera muy concurrida, un auto pequeño frenó en seco sin previo aviso. Un múltiple chirrido de frenos dio fe de la viveza con que una docena de automovilistas evitaron un "accidente en cadena". El del coche más próximo saltó a tierra y fue a pedir explicaciones al causante. Este por lo visto no se esperaba lo sucedido.

—No queríamos causar ninguna molestia —explicó muy preocupado—. Mi señora y yo sólo estábamos poniendo a prueba nuestros cinturones de seguridad. — B. C.

Una agencia estadounidense de anuncios que contaba entre sus clientes un fabricante de cigarrillos, descubrió en una remota comarca del Estado de Tenesí a un individuo que fumaba desde hacía 90 años. Como el abuelo iba a cumplir ya 105 años de edad, la agencia envió a uno de sus empleados para estudiar la posibilidad de que el viejo recomendara la marca de pitillos que ellos anunciaban.

—¿Conoce usted Nueva York? —preguntó el representante de la agencia.

—No, señor. Siempre he querido ir.

—¿Ha montado alguna vez en avión a chorro?

—Nunca, pero debe ser un viaje muy divertido.

—¿Le gustaría hospedarse en el Waldorf Astoria?

—¡Hombre! Sería estupendo.

—Entonces —dijo el agente de publicidad— usted y yo iremos a Nueva York en *jet*. Lo instalaremos en el mejor piso del Waldorf y el día de su cumpleaños a las nueve de la mañana, pasaré a buscarlo para llevarlo al estudio de televisión. A las diez en punto se presentará usted ante las cámaras. ¿Qué le parece?

—Imposible . . . No resultaría.

—¿Por qué? —exclamó el de la agencia.

—Es que nunca paro de toser antes de las doce. — *D. A. C. News*



Transporte Urbano...

Todo el mundo desea llegar puntualmente a su destino. Todos tienen el mismo derecho a lograrlo. Cada año viajan más y más personas y para las autoridades aumenta la tarea de resolver los problemas del transporte. El transportar cómoda y económicamente el mayor número posible de personas no es tarea fácil. Este autobús Mercedes-Benz ayuda en gran manera a aliviar esta situación, pues tiene gran capacidad y es potente. Miles de estos autobuses cumplen a diario con éxito su importante cometido.

3138 LA sp a

Mercedes-Benz
Argentina S. A.
y sus concesionarios
en todo el país



El arte de la tranquilidad

Por Wilferd Peterson

El hombre moderno tiene que aprender a romper las tensiones del cotidiano vivir para que esas tensiones no acaben con él. Debe aprender a doblarse bajo presiones y esfuerzos como el árbol al viento, y erguirse nuevamente una vez pasada la tormenta.

Primeramente busca el sosiego interior acariciando pensamientos de paz y tranquilidad. Se forja una imagen mental de la plácida laguna envuelta en el murmullo del pinar que la rodea y se pone a tono con el genio calmante de la Naturaleza.

Trata de llevar consigo una íntima serenidad para no perder su compostura ni aun en medio del torbellino de la actividad.

Relaja el cuerpo imitando a un perezoso: a un chico tirado en la playa bajo el sol, o a un pescador en un bote. Aprende la maña del payaso de circo que, para evitar hacerse daño en sus tumbos, dice que afloja todo su cuerpo "como si fuera un muñeco de trapo".

Hace ejercicio: camina, se estira, trabaja en el jardín, juega al golf, porque sabe que la fatiga física conduce a la paz y al buen dormir.

Reconociendo que la confusión es una de las causas principales de la tensión nerviosa, organiza su trabajo, da prelación a lo más importante, hace una sola cosa a la vez, evita la precipitación y desarrolla la espaciosidad de la mente.

Aprovecha la sedante belleza de la gran música para calmar sus nervios.

Observa que la sonrisa es símbolo de solaz, y así aprende a no tomarse a sí mismo demasiado en serio, y a reírse de vez en cuando a su costa.

Se toma tiempo para la meditación, y acepta el sabio consejo de Emerson, que escribió: "Colócate en medio de la corriente del poder y la sabiduría que anima todo lo que en ella flota; y así, sin esfuerzo, serás llevado hacia la verdad, la justicia y el contento perfecto".

RIQUEZAS EN EL ESPACIO

Los astrónomos del Instituto Tecnológico de California han anunciado el descubrimiento de "radioestrellas", que en cuanto a producción de radiaciones son los cuerpos más poderosos hasta ahora hallados en el espacio. La más potente de 24 de estas "estrellas" que se han estudiado produce energía equivalente a la de 20.000 millones de Soles.

Tan inmensos depósitos de energía incitan la inventiva y la imaginación del hombre e imponen silencio a los que han profetizado el agotamiento de los recursos de combustible y energía con que puede contar la humanidad.

Quizá trascurra todavía un siglo antes de que los hombres de ciencia inventen la manera de aprovechar el vasto tesoro que se ha descubierto en el universo, pero sin duda una riqueza incalculable nos aguarda al término de la carrera.

— Citado en el *Times* de San Mateo (California)

HERRAMIENTAS PARA EL HOMBRE SIN PESO

Está usted a 1500 kilómetros de distancia de la Tierra y descubre que a su vehículo espacial se le ha aflojado un perno. ¿Qué va usted a hacer? Desde luego, no se le ocurrirá tratar de apretarlo con una llave inglesa común y corriente, porque lo único que lograría con ello sería dar vueltas usted mismo mientras el perno permanecería inmóvil, ya que en el espacio carece usted de peso.

La División de Sistemas del Espacio, de la Martin Co., y una fábrica de herramientas, la Black and Decker Manufacturing Co., están estudiando el problema. Una de las herramientas que han ideado se llama la "llave espacial de reacción cero". Parece un par de alicates. Cuando se aprietan los mangos, un mecanismo ajustable de engranajes hace girar un casquillo. Como las fuerzas empleadas al apretar son iguales en direcciones opuestas, se neutralizan mutuamente, de manera que el operador no da vueltas.

¿Y el problema del martillo? El corriente no resulta eficaz en el espacio, donde pierde su más importante potencial, o sea el peso. Los ingenieros creen que podría remplazarse con un martillo de percusión accionado por un muelle, parecido a un punzón. Hasta ahora, sin embargo, su eficacia no ha quedado comprobada.

El mecánico del espacio tendrá una ventaja sobre el que trabaja en tierra: podrá ponerse de cabeza sin molestia alguna cuando necesite alcanzar un punto difícil.

— AP

SATÉLITES PARA NAVEGAR

Durante los próximos ocho meses se lanzarán desde cabo Cañaveral cuatro satélites que prometen revolucio-

nar el arte de la navegación. Serán los satélites "Transit", perfeccionados por el laboratorio de Física Aplicada de la Universidad de Johns Hopkins en virtud de un contrato celebrado con la Armada de los Estados Unidos. Muchos Transits de ensayo se han lanzado ya durante los últimos años, con resultados muy alentadores.

Estos satélites permitirán a los barcos que se hallen en alta mar, especialmente a los submarinos Polaris, fijar su posición con una precisión que hasta ahora no había sido posible alcanzar.

Para seguir la trayectoria de los Transits se necesita uno de los computadores electrónicos más grandes del mundo, instalado actualmente en el centro de operaciones del laboratorio. En otros tres sitios de Maryland hay otros computadores más pequeños. Todos están conectados entre sí por cable y por redifusoras de microondas con el objeto de proporcionar una instantánea trasmisión de datos.

— T. R. H.

¿CLAVELES EN MARTE?

En el trascurso de los próximos 20 años es probable que los astronautas lleguen al planeta Marte.

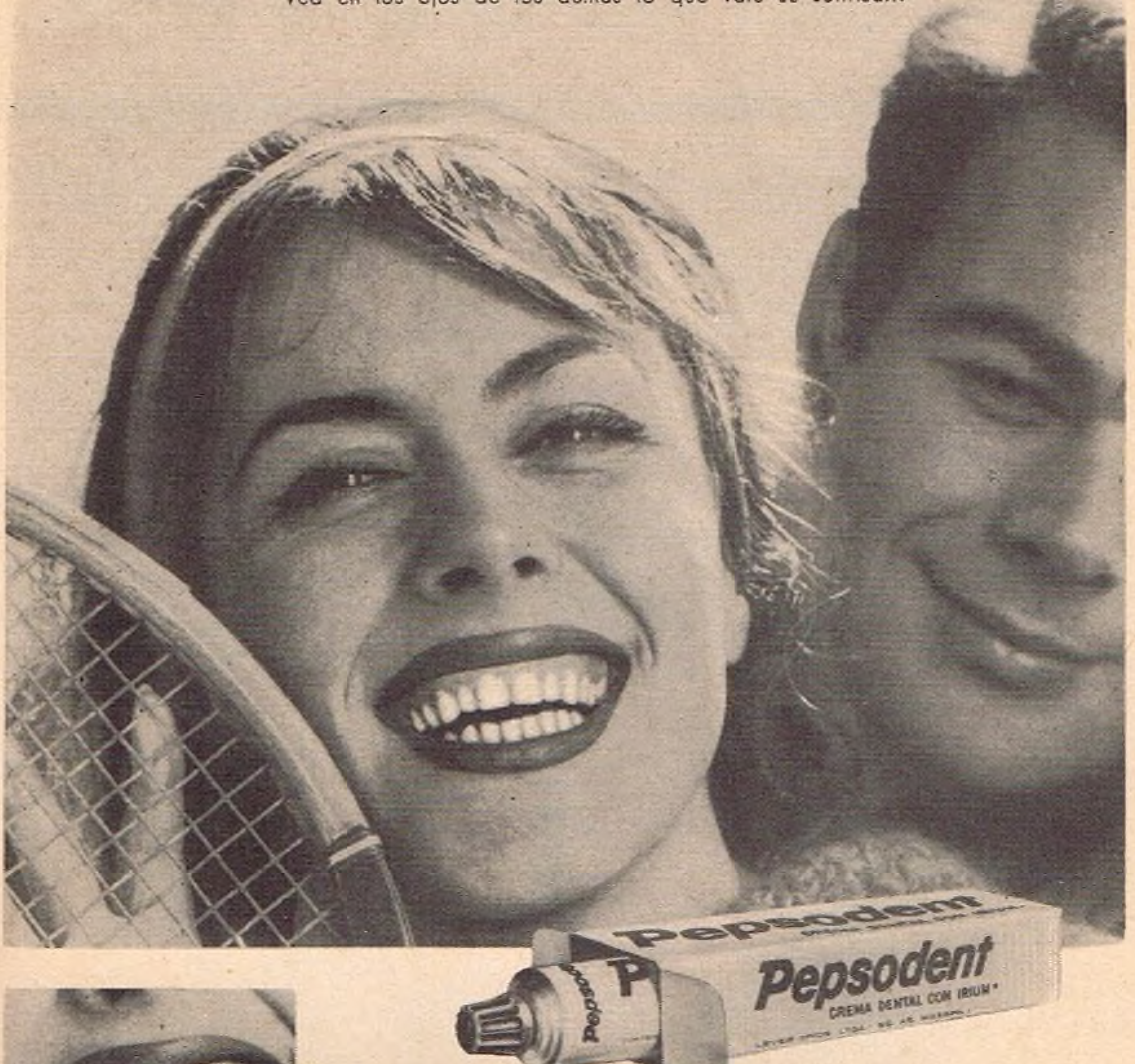
Si esperan encontrar un terreno estéril, quizá se lleven una sorpresa de marca mayor. En efecto, no es imposible que exista en Marte una floreciente vida vegetal, con flores tan conocidas como la caléndula y el clavel, y hortalizas como el pepino y la cebolla. Puede haber también insectos como la conocida hormiga negra, y lombrices dedicadas a horadar el volcánico suelo.

Los hombres de ciencia del Instituto de Investigaciones de la compañía Union Carbide, situado en Tarrytown (Nueva York), están creando en el laboratorio, bajo la dirección del Dr. S. M. Siegel, un ambiente marciano simulado a fin de averiguar si las plantas y animales pueden vivir en tan rigurosas condiciones. El Dr. Siegel informa: "Los resultados que hemos obtenido demuestran que hay complejos organismos terrestres capaces de vivir y desarrollarse en condiciones distintas de su ambiente normal. De especial importancia es el descubrimiento de que la adaptación de las plantas a las bajas temperaturas podría condicionarse en forma favorable mediante atmósferas sintéticas de escaso contenido de oxígeno. Sería razonable esperar que otras combinaciones de factores produjeran reacciones biológicas insólitas y emocionantes".

— R. S. O.

Un motivo de encanto y atractivo

...atractivo que nace a flor de labios y crece en la sonrisa más pura, reflejándose en el brillo de sus dientes... La blanca pasta de PEPSODENT —de excepcional calidad— anticipa una real limpieza de los dientes, realzada por un perdurable hálito de frescura. Use PEPSODENT, contiene Irium, ingrediente exclusivo de su fórmula internacional. Vea en los ojos de los demás lo que vale su sonrisa...



DESCUBRA
**la belleza
de sus dientes con**

Pepsodent

BUENOS AIRES - NUEVA YORK



SIN ESCALAS!

Pan American anuncia un Notable Suceso en la Historia de la Aviación

Más de 4 horas de ventaja sobre cualquier otro servicio aéreo

Salidas: Viernes a las 22 Nada interrumpe su descanso en toda la ruta. Dan las siete y media... y usted ha llegado a Nueva York sin la sensación de haber viajado. Para familias con niños, ¡qué maravilla!

Sin costo extra: Pan American es la línea más veloz a EE. UU.... sin embargo, a usted le cuesta lo mismo que en cualquier otro jet, volar en el Clipper® Super Intercontinental, el más poderoso jet de largo alcance.

Conexiones: Ya tiene el viajero argentino un servicio con una sola escala a las grandes ciudades de Canadá y el interior de EE. UU. hasta California. ¡Una conveniencia sin precedentes en la era del jet!

Europa vía Nueva York: Más fácil que nunca. Ahora usted puede ir "en dos saltos" de Buenos Aires a Londres, Francfort, París, Lisboa, Roma, Oslo o Amsterdam. Luego de visitar Estados Unidos, siga a Europa en la misma Pan American. Hay vuelos sin escalas a 8 ciudades, y servicio sin cambio de jet a otras 14.

3 JETS ADICIONALES A NUEVA YORK... **Todos vuelan con varias horas de ventaja sobre cualquier otra línea aérea:**

LUNES, con escalas en Asunción y Caracas.

MIERCOLES, con escala en Caracas. SABADO, con escala en Río.

Reserve en su Agencia de Viajes, y pida informes del plan Viaje ahora - Pague después.



La línea aérea de mayor experiencia en el mundo

Cía. de Aviación Pan American Argentina S. A. C. F. e I.
Av. Pte. Roque Sáenz Peña 788 T. E. 45-0111 - Buenos Aires

el paté se fuá...

¿adónde?



PATE DE FOIE CAP

Cada latita de Paté de Foie **CAP**, es una síntesis de aroma tentador, sabrosísimo gusto e insuperable calidad.

GRATIS PIDA EL RECETARIO DE COCINA ARGENTINA **CAP**

CASILLA CORREO 1240 - CORREO CENTRAL

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

TOMO XLVII
No. 278

Selecciones
del Reader's Digest

ENERO
de 1964

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

Declaración de los editores

Por qué sacrificó su vida el presidente KENNEDY

En la larga historia del mundo, a sólo unas pocas generaciones les ha sido encomendado el papel de defender la libertad en su hora de mayor peligro. Por mi parte no eludo esta responsabilidad; la acepto gustoso.

Creo que ninguno de nosotros estaría dispuesto a cambiarse por ningún otro pueblo o ninguna otra generación. La energía, la fe y la devoción que pongamos en este empeño habrán de iluminar a nuestra nación y a cuantos la sirven; y el resplandor de tal fuego podrá iluminar en verdad al mundo entero.

Así pues, compatriotas, no os preguntéis qué puede hacer vuestra patria por vosotros, sino preguntaos qué podéis hacer vosotros por vuestra patria.

— JOHN F. KENNEDY,

en su discurso de toma de posesión, el 20 de enero de 1960

CON DOLOR y vergüenza debe decirse que el asesinato del presidente John F. Kennedy, el 22 de noviembre último, fue obra de nuestra época. Aunque vivimos en una era de pretendida cultura e ilustración, una época de impresionantes logros materiales, el espíritu del odio y la violencia se propaga por todo el mundo. Ese espíritu estalló finalmente en Dallas, en un acto tan monstruoso que los norteamericanos deberán hacer examen de conciencia y preguntarse: ¿qué nos pasa como pueblo? ¿qué le pasa a la humanidad?

De su país dijo Abrahán Lincoln que era "una nación al amparo de Dios". Estas sencillas palabras expresaron una nobleza de propósitos que sostuvo a los Estados Unidos en los momentos más críticos de la paz y la guerra. El pueblo norteamericano se ha declarado por la tolerancia, la justicia y el sistema democrático y cree en los principios del cristianismo. Esto ha manifestado.

No obstante, en los años trascurridos desde la segunda guerra mundial, los norteamericanos parecen haber perdido el claro concepto de aquellos ideales que hicieron grande y poderosa a su nación.

Extremistas de diversas tendencias (comunistas, fanáticos de la extrema izquierda y de la extrema derecha, racistas, intolerantes adeptos de alguna fe religiosa) predican el veneno de la intolerancia y, fundando sus propios cultos, se rodean de adoradores. Puede argumentarse que, dentro del bien que supone la libertad de palabra, estos sembradores de odios tienen derecho a expresarse como les plazca. Indiscutiblemente la ley así lo garantiza. Mas también es cierto que el desenfrenado abuso de la libertad puede hacer de ésta espantosa burla. Las libertades que los norteamericanos conquistaron a tan alto precio en 1776, esas que hace tan largo tiempo veneran y por cuya preservación tanto han luchado, fueron instituidas sobre el supuesto de que los hombres razonables y de buena voluntad sabrían avenirse a las decisiones de la mayoría. El debate justo y la oposición honrada, que son dos de los más firmes pilares de la democracia, no deben confundirse con el vilipendio y la intolerancia.

Inevitablemente, el trágico resultado del odio es la violencia, y la violencia se alimenta de la violencia y engendra más violencia. Una iglesia es dinamitada y varios niños mueren en Birmingham, Alabama, y pocas semanas después la residencia de un ciudadano negro, en una tranquila comunidad en las afueras de Filadelfia, es apedreada. Al cambio de palos y balazos aquí, sucede allá nuevo cambio de balazos y palos. Un fanático a quien el odio corroe el corazón les dice a sus partidarios: "¡A esos Kennedy habría que pegarles un tiro!" Y finalmente, en Dallas, es un rifle el que habla, y un presidente muere. No sólo pierde el mundo un gran estadista —un hombre consagrado a la causa de la paz y al mejoramiento de la humanidad— sino que los nortea-

mericanos han de enfrentarse con la negación del ideal democrático que antaño estimaron en más que la propia vida. Y como acto final de este vergonzoso drama, otra bala acaba con el presunto asesino.

¿Qué les pasa a los Estados Unidos? ¿Acaso los norteamericanos han trasladado el violento espíritu de la guerra al marco de su vida en tiempo de paz? ¿Tan satisfechos estarán, en su disfrute de los bienes materiales, que han renegado de los bienes del espíritu, más nobles aún? ¿Es que la compasión cristiana nada significa ya para muchos de ellos? ¿Acaso las inmortales palabras de Abrahán Lincoln: "...esta nación al amparo de Dios", han cesado de ennoblecer su conciencia?

Pobre excusa será decir que tales cosas ocurren también en otros países. Así es, desde luego, pero los Estados Unidos son la nación que se ha constituido en líder del Occidente; que está y siempre tendrá que estar al lado de la justicia y el decoro, la razón y la tolerancia, la oportunidad y la esperanza.

Por la tarde del día mismo en que fue asesinado el presidente Kennedy, un reportero de televisión que recorría los pasillos del edificio de las Naciones Unidas entrevistó a varios delegados de las nuevas naciones africanas. Bajo la profunda impresión de lo ocurrido en Dallas, se preguntaban éstos si acaso la democracia es una forma válida de gobierno, si podría perdurar.

La democracia perdurará, porque es la única forma digna de gobierno que el hombre ha sido capaz de idear. Mas un mundo tan agitado mal puede tolerar el espectáculo que da una nación, que se supone esplendoroso ejemplo de una gran fe política, al resolver sus diferencias por medios violentos. El pueblo norteamericano no puede reformar al resto del mundo, pero sí puede, y debe, reformarse a sí mismo. Debe hacer examen de conciencia.

Es hora ya de que los padres de familia afirmen de nuevo su autoridad, de que iglesias y escuelas hagan mayores esfuerzos para reconstruir la fibra moral del país. Es hora ya de que los hombres sensatos hablen con voz enérgica y persistente en contra de los extremistas de todos los matices. Y esto corresponde en doble medida a los políticos que buscan su elección.

En esa noche negra del 22 de noviembre, cierto comentarista de la American Broadcasting Co. se detuvo en Times Square, en Nueva York, para sondear la reacción de la gente. Aún estaban todos consternados, incrédulos, aturdidos. Empero, comprendían también que aquel terrible suceso no era ajeno a ellos. Una página de su propia historia, de la historia de su país, se había escrito aquel día. Era éste un acontecimiento en el que, en cierta forma, todos estaban involucrados. Un joven transeúnte resumió así esta obsesiva impresión de participación personal y personal responsabilidad:

"Deberíamos irnos todos a casa a preguntarnos quiénes somos, a descubrirnos a nosotros mismos". *

Relación de los sucesos que tuvieron lugar en Dallas (Tejas) el 22 de noviembre de 1963, fecha que quedará grabada en la historia norteamericana como un recuerdo infamante.

Muerte en Dallas

Condensado de la revista "Newsweek"

EL 22 de noviembre pasado, en una súbita, violenta, terrible convulsión histórica, la majestad y responsabilidades de la presidencia de los Estados Unidos pasaron de los hombros de un funcionario a otro.

La vida de John Fitzgerald Kennedy se vio segada, a los 47 años, por la bala de un asesino. En Dallas, Tejas, en el brevísimo espacio de 30 minutos desde que se produjo el disparo, este hombre joven, robusto, vigoroso, tostado por el sol: el presidente más joven que hayan tenido los Estados Unidos, yacía muerto.

El asesinato fue obra de la desunión. Empero, el acto mismo dio por resultado cierta solidaridad: la comunión de 190 millones de norteamericanos en el mismo sentimiento de incredulidad, de dolor y de cólera. Y vino a demostrar una vez más la extraordinaria continuidad de esta república constitucional, la más antigua de todas. Por octava vez un presidente estadounidense moría en el desempeño de su cargo; de esos gobernantes cuatro habían sido muertos a manos de un asesino. Sin embargo, apenas 107 minutos después de haber fallecido John Kennedy, la ritual ceremonia de la sucesión presidencial se había llevado a cabo: Lyndon Baines Johnson había pronunciado las 34 palabras que componen el juramento de rigor, y los dos presidentes iban hacia la capital del país uno al lado del otro.

La sonrisa de Kennedy. Ya con anterioridad John Kennedy se había visto cara a cara con la muerte.

Como a cualquier presidente, se le había amenazado multitud de veces. Solamente en el primer año de su gobierno recibió 870 amenazas enviadas por correo. En cierta ocasión, después de una dificultosa operación que se le practicó en la espalda, recibió los últimos sacramentos de la iglesia a que pertenecía. "Esto es, pues, lo que significa ser muerto", dijo en otra ocasión cuando el heroico episodio de la lancha lanzatorpedos que comandó durante la segunda guerra mundial.

No obstante, al parecer sólo su supervivencia política parecía preocuparle durante lo que fue la última semana de su existencia. Si bien aún no se había presentado candidato para un segundo período presidencial, cruzó primero la Florida y pasó luego a Tejas en un recorrido de carácter político. De su visita se había dicho que no tenía fines políticos, pero el Presidente lucía la sonrisa propia de un candidato. Y se mostraba, como siempre, despreocupado por su propia seguridad. Al calor del sol del Sur y de las cordiales muchedumbres que acudían a recibirle, hizo que bajaran la protectora capota de material plástico de su azul automóvil Lincoln, hecho por orden suya, a fin de poder ir de pie, sonreír y saludar con la mano a lo largo de su ruta. Mas, ¿acaso no habían viajado todos los presidentes norteamericanos, desde William McKinley, en vehículos descubiertos y no había examinado el servicio secreto palmo a palmo su camino?

La cordialidad tejana fue para él especialmente vivificante. El Presidente hacía alentadores progresos en cuanto a cierta misión esencial: la de limar las asperezas causadas por una enconada división en el seno del Partido Demócrata entre el bloque conservador, encabezado por el vicepresidente Johnson y el gobernador de Tejas, John Connally, y una coalición liberal agrupada en torno del senador Ralph Yarborough. La señora Kennedy, Jacqueline, que acompañaba a su esposo en una campaña política por primera vez desde que se celebraron las elecciones preliminares de 1960, provocaba el delirio de las multitudes por dondequiera que pasaban: San Antonio, Houston, Fort Worth, y ahora Dallas.

También el Presidente despertaba el entusiasmo popular. Inició el día en Fort Worth dirigiendo la palabra a una multitud de simples miembros del Partido Demócrata en el patio de estacionamiento del hotel en que paraba, y en seguida, en el interior de éste, a los asistentes al desayuno que le ofrecía la Cámara de Comercio. Ésta le regaló un sombrero de alas anchas, típico del Oeste norteamericano, y el Presidente, sonriendo, prometió que se lo probaría a su vuelta a la Casa Blanca. Telefoneó luego en Uvalde a John Nance Garner, ex-vicepresidente de los Estados Unidos, quien cumplía 95 años de edad. "Dios lo bendiga", le dijo por teléfono el anciano y encanecido ex-vicepresidente. "Es usted mi Presi-

dente y tiene usted todo mi afecto. Espero que siga en el cargo eternamente".

A las 11:37 de la mañana el enorme "jet" del Presidente, marcado con el No. 1 de la Fuerza Aérea, aterrizó en el aeródromo Love, en Dallas. Tanto Kennedy como su esposa, quien llevaba un ramillete de rosas rojas, cambiaron apretones de manos con la enloquecida muchedumbre, de la que los separaba una cerca de cadenas. En seguida subieron al asiento posterior del automóvil presidencial: Kennedy a la derecha, Jacqueline a su lado. El gobernador Connally y su esposa ocuparon los asientos delanteros. Tres de los 36 agentes del Servicio Secreto que escoltaban al Presidente iban en la parte delantera del vehículo, uno de ellos en un estribo lateral. De cerca los seguían otros más a bordo del "Queen Mary", un vehículo blindado del servicio de seguridad. El senador Yarborough acompañaba al vicepresidente Johnson y a su esposa en el coche que iba en tercer lugar en aquella comitiva, compuesta de 12 automóviles. La caravana inició la marcha; después de un recorrido de 15 kilómetros a través del corazón de Dallas había de acudir a un banquete que la población de la ciudad ofrecía al Presidente en el Centro Comercial de Dallas, banquete en el cual aquél debía pronunciar un discurso.

Bien sabía el Presidente que Dallas es centro del pensamiento conservador. Sin embargo, para sorpresa y complacencia suya, millares de ciudadanos residentes del lugar, en mangas de camisa a causa del intenso calor, se apiñaban hasta de 12 en fondo a lo largo de la ruta seguida por la comitiva. Al pasar por el centro de la ciudad, Kennedy iba de pie, agitando en alto la mano. Luego, cuando la caravana, a una velocidad de 40 kilómetros por hora, tomaba por la calle Mayor hacia un triple paso a desnivel, en una zona industrial que bordea la parte principal de la población, el Presidente volvió a sentarse y se puso a charlar placenteramente con los Connally.

"Vaya", observó la señora Connally, "no podrá usted decir que Dallas no se muestra cordial hoy".

¡En esto un disparo de fusil rasgó el aire!

A éste siguieron inmediatamente otros dos.

El Presidente de los Estados Unidos, alcanzado al parecer por el primero de aquellos disparos, cayó sobre su asiento.

"Al pronto pensé que se trataba de una falsa explosión", declaró posteriormente James Chaney, agente de policía de Dallas, que iba en una motocicleta dos metros atrás y a la derecha del vehículo presidencial. "El Presidente volvió la cabeza violentamente... Luego se oyó una segunda detonación y la cabeza del Presidente apareció bañada en sangre..."

El gobernador Connally se volvió hacia Kennedy y, al hacerlo, una tercera bala le alcanzó a él mismo

debajo justamente del omoplato derecho. El proyectil le atravesó el pecho y la muñeca y se le alojó en el muslo. Con todo, el haberse vuelto le salvó la vida.

Durante un momento en que reinó el caos, la comitiva hizo alto, indecisa.

"¡Oh, no!" exclamó Jacqueline Kennedy, y se echó sobre el cuerpo de su esposo como para protegerlo. Éste extendió el brazo rígidamente, con el puño apretado, y Jacqueline lo asió con una mano calzada con un guante blanco.

Clint Hill, el agente del Servicio Secreto que iba encaramado en el estribo, a la parte posterior izquierda, se arrojó de un salto al asiento trasero y cayó encima del Presidente y de su esposa. El gobernador Connally se desplomaba al mismo tiempo en brazos de su esposa.

Uno de los agentes que viajaban en el asiento delantero se puso en pie de un salto, tomó el radio-teléfono y ordenó a los policías que les precedían: "¡Sigamos directamente hasta el hospital más cercano!" Otro se volvió hacia el auto ocupado por el vicepresidente Johnson y gritó: "¡Échense al suelo! ¡Échense al suelo!" El vicepresidente, su esposa y el senador Yarborough se dejaron caer al piso del coche.

Atinadamente, el agente del Servicio Secreto que conducía el automóvil del Presidente hizo arrancar el vehículo y se lanzó velozmente en dirección al hospital Parkland Memorial, a unos cinco kilómetros de allí. "Despacio", le aconsejó otro de los agentes. "Si no ha fallecido, no vamos ahora a provocar su muerte". El conductor aminoró la marcha y siguió a 90 kilómetros por hora; es decir, a la mitad de la velocidad máxima de que era capaz el automóvil presidencial.

Sangre y rosas. La carrera hasta el hospital de urgencia tardó nueve minutos. Cuando el auto se detuvo, el Presidente yacía de espaldas, sin sentido, con la cabeza en el regazo de la señora Kennedy, y su sangre salpicaba el vestido de Jacqueline: un vestido de lana de color fresa. Sobre el piso del coche, tres mustias rosas rojas y un destrozado ramillete de margaritas estaban en un charco de sangre.

La misma señora Kennedy ayudó a los agentes y a los enfermeros del hospital a pasar al Presidente a una camilla. Sin derramar una lágrima y al parecer aturdida, echó a andar al lado de su esposo, cogida de su mano, cuando lo introdujeron en el ascensor. A poca distancia les seguía el gobernador Connally en otra camilla.

El presidente Kennedy fue llevado a la sala de urgencia número uno (un cubículo desprovisto de ventanas, de paredes de azulejos grises y circundado de gabinetes y complicados aparatos médicos) y tendido cuidadosamente sobre una escueta mesa de operaciones, cuyo colchoncillo de cuero negro se hallaba cubierto por una alba sábana estéril. La señora Kennedy quedó esperando afuera de la sala, de pie

entre los esposos Johnson, que la tenían de las manos.

Febril carrera. Los primeros médicos que vieron al Presidente comprendieron bien pronto que era ya demasiado tarde. Una bala le había desgarrado la nuca con tal fuerza que había roto el hueso e interesado el cerebro, hasta el que se introdujeron fragmentos del cráneo. Otra de las balas (o la misma tal vez) le desgarró la garganta, abajo exactamente de la nuez de Adán. "Desde el punto de vista médico", declaró uno de los galenos, "el Presidente murió en el momento de ser alcanzado por el proyectil . . . La herida que recibió fue mortal . . . Era evidente que sería imposible salvarlo".

Sobre la mesa de operaciones, la víctima inspiró hondamente, y en seguida su cuerpo quedó inmóvil.

No obstante, allí, en la sala de urgencia del hospital Parkland, unos diez médicos se aplicaron a la tarea de salvar al Presidente. Primeramente, el Dr. James Carrico introdujo un tubo de oxígeno en la boca del paciente, pero, a causa de la herida del cuello, el oxígeno que debía sostenerlo con vida no llegaba a sus pulmones.

De la cafetería del hospital llegó precipitadamente el Dr. Malcolm Perry. El cirujano se caló unos guantes de goma y, sin perder tiempo en lavarse y ponerse una bata clínica, practicó una traqueotomía, cortando la tráquea en el punto en que aparecía la lesión y metiendo el tubo de oxígeno en la garganta del herido. Entre tanto otros médicos le practicaban trasfusiones de sangre entera, del tipo universal.

La señora Kennedy se había introducido en la sala de operaciones. El Dr. Perry se volvió a medias a mirarla, sin dejar de trabajar. "Se negó a abandonar la sala", comentó más tarde el cirujano. "Es una mujer de pura casta. Permaneció al lado de su esposo hasta el último momento".

Sin respiración. Los médicos se percataban de que la sangre y el aire se acumulaban en la cavidad torácica del Presidente. En seguida el Dr. Perry practicó un drenaje a tórax cerrado, introdujo un segundo tubo entre las costillas del paciente a fin de mantener el tórax libre de aire y líquidos para evitar un colapso pulmonar. El herido, sin embargo, no recuperaba la respiración.

Por último, encaramado sobre un banquillo para hacer palanca, el Dr. Perry comenzó a friccionar exteriormente el esternón del Presidente, en desesperado esfuerzo por hacer funcionar los músculos cardiacos y que la sangre circulara de nuevo. Cuando llegó el Dr. Kemp Clark, neurocirujano en jefe del hospital Parkland, se conectó una máquina electrocardiográfica que registrara los latidos del corazón. Durante varios minutos el Dr. Clark estuvo observando la gráfica trazada por la máquina, y luego se volvió hacia el Dr. Perry y declaró: "Es demasiado tarde, Mac". El Dr. Marion Jenkins, que operaba el equipo del oxígeno, cubrió el cadáver con una sábana blanca.

En la febril lucha por salvar la vida del Presidente, nadie paró mientes en el reloj. Arbitrariamente, el Dr. Clark fijó la 1 P.M. como la hora de su deceso: es decir, 30 minutos después del atentado.

A las 12:57 P.M. (27 minutos después de los disparos) dos sacerdotes católicos de Dallas, los Rvdos. PP. Oscar Huber y James Thompson, acudieron a la cabecera del Presidente. El padre Huber retiró la sábana que cubría la faz del Presidente y, tras de mojar el dedo pulgar en los santos óleos, trazó una pequeña señal de la cruz sobre la frente del finado. Al mismo tiempo recitó en latín: "Te absuelvo de toda falta y de todo pecado, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Si estás con vida, quiera el Señor, por este santo sacramento, redimirte de tus pecados . . ."

La última palabra. Los representantes de la prensa esperaban la noticia oficial en una sala de instrucción para enfermeras. A la 1:33 P.M. Malcom Kilduff, subsecretario de prensa de la Casa Blanca, entró apresuradamente en la habitación con una hoja de papel en una mano y en la otra un cigarrillo que llevaba aún sin encender. Con ojos enrojecidos y voz trémula, leyó en voz alta: "El Presidente John Fitzgerald Kennedy falleció aproximadamente a la 1 P.M. hora general del Centro, del día de hoy, en esta ciudad de Dallas. Murió de resultas de una herida en el cerebro causada por un tiro de fusil".

"¡Dios mío!" exclamó alguien con voz ahogada.

Y en seguida los periodistas se lanzaron hacia los teléfonos.

Entretanto, en la sala de urgencia número uno, introducían un féretro de bronce oscuro mientras la señora Kennedy aguardaba al lado de su difunto esposo. La Primera Dama besó los labios sin vida de su marido, se quitó del anular la alianza matrimonial y la puso en el de aquél.

Al tiempo que sacaban de la sala el ataúd, la señora Kennedy marchaba junto a él. Tenía el vestido ensangrentado y los cabellos en desorden (había perdido su abombado sombrerito) y llevaba la mano apoyada tiernamente sobre el féretro en su trayecto hacia la blanca carroza funeraria que lo esperaba. Declinando la invitación de sentarse al lado del conductor, tomó asiento en la parte posterior, junto al cadáver de su esposo.

El juramento. Lo que más contaba ahora era la continuidad del gobierno del país, el rito constitucional que debía unir el pasado, bruscamente interrumpido, a la incertidumbre del porvenir.

La Constitución de los Estados Unidos disponía que la investidura presidencial recayera sobre el vicepresidente: sobre el espigado tejano, políticamente astuto y dado al lenguaje popular, a quien en 1960 se había tenido por inadecuado compañero para Kennedy . . . y que, con todo, apenas un mes antes había recibido la aprobación pública del

Presidente como candidato a la vicepresidencia en las elecciones que deberán celebrarse en 1964.

Adelantándose a la carroza funeraria, Lyndon Baines Johnson se dirigió rápidamente y bajo fuerte escolta al aeródromo Love, subió al avión número uno de la Fuerza Aérea y pasó a la cabina de conferencias presidenciales. Ya se había hecho venir a la juez federal que debía tomarle el juramento de ley: la señora Sarah Hughes, de 67 años de edad y pequeña estatura.

A las 2:18 P.M. la carroza funeraria llegó hasta el avión y el ataúd fue introducido a bordo por la rampa posterior. La señora Kennedy lo seguía de cerca. Ya la cabina de conferencias del avión, tapizada en oro, se hallaba atestada y, como hacía tres horas que el aparato estaba expuesto al ardoroso sol tejano, el calor allí era sofocante. Larry O'Brien, funcionario de enlace entre Kennedy y las cámaras legislativas, puso en manos de Johnson la pequeña Biblia encuadernada en piel que el ex-presidente guardaba en su dormitorio, a la popa del "jet". La señora Johnson se colocó a la derecha de su esposo, a la izquierda del cual estaba la señora Kennedy. Entre las 27 personas que se erguían a espaldas de aquéllos se contaba el almirante George Burkley, médico de cabecera de Kennedy, con los puños de la camisa manchados aún de sangre.

La juez Hughes dio lectura al texto del juramento constitucional, con voz apenas perceptible a causa del aullido producido por las máquinas del "jet": "Juro solemnemente desempeñar lealmente las funciones de Presidente de los Estados Unidos y, con cuanto esté en mi poder, preservar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos".

El nuevo presidente repitió estas palabras en voz baja y al final agregó: "Con la ayuda de Dios". En seguida se volvió a su mujer, que tenía húmedos los ojos, y la besó en la frente. La señora Johnson, a su vez, tomó la mano de la señora Kennedy y le dijo:

—La nación entera llora a su esposo.

La primera orden. A las 2:41 P.M. Johnson pronunció sus últimas palabras de despedida y trasmitió la primera de las órdenes que habría de dar como Presidente.

—Y ahora, despeguemos.

Cuando el avión se elevaba, Johnson se aplicó a redactar sus primeras declaraciones.

"Es esta una hora trágica ... Hemos sufrido una pérdida inconmensurable. Para mí en lo personal constituye una profunda tragedia. Estoy seguro de que el mundo entero comparte el dolor por que pasan la señora Kennedy y los suyos. Por mi parte, haré cuanto pueda para cumplir con mis funciones. Es todo lo que puedo hacer. Pido la ayuda de todos ustedes ... y la ayuda de Dios".

El eslabón de la "ya vieja, mas aún juvenil Unión" (como dijo Kennedy) quedaba reanudado. *

Este artículo, escrito en abril de 1959 por el entonces senador Lyndon Johnson, adquiere hoy especial significado para conocer el ideario del que acaba de convertirse en Presidente de los Estados Unidos.

Mi profesión de fe política

POR LYNDON JOHNSON

Condensado de "The Texas Quarterly"

SOY UN hombre libre, norteamericano, senador de los Estados Unidos y demócrata: y lo soy en ese orden. También soy liberal, conservador, tejano, contribuyente, ranchero, hombre de negocios, consumidor, padre de familia, votante, y no tan joven como era ni tan viejo como espero llegar a ser: todas estas cosas no las soy en un orden determinado.

Que yo sepa, ninguno de los calificativos de la segunda lista modifica, rectifica o se puede unir con un guión a los calificativos enumerados en la primera lista del párrafo anterior. Por consiguiente, no puedo definir mi filosofía política con un lema de una o dos palabras.

En lo íntimo de mi modo de pensar me rebelo contra el hecho mismo de catalogar y clasificar a los hombres con diversos rótulos: por regiones, por categorías económicas, por ocupaciones, por creencias religiosas, por razas o por otras características. Me desagrada la forma que tenemos de espetarnos unos a otros la pregunta: "¿Cuáles son sus ideas políticas?" Me molesta la cuestión, no porque sospeche que encierra algún ardid, sino por su candidez. Según he podido ver, la filosofía política de cada uno es el compendio de la experiencia de toda su vida. Dios no ha hecho al hombre tan simple, ni su vida tan estéril, que pueda resumir esa experiencia en un adjetivo.

Considero que el derecho que todos tenemos de sustentar nuestras ideas políticas es una piedra angular

de la libertad estadounidense. La Constitución que nos rige se distingue porque no prescribe ningún dogma nacional: ni económico, ni social ni religioso. Según el sistema de mandato de nuestro régimen político (y acaso es esto lo más peculiar de su modo de ser), los verdaderos filósofos del gobierno son los ciudadanos, dentro de los límites señalados por el derecho fundamental de nuestra patria.

La idea es ennoblecedora, pero tiene ciertas flaquezas y parece que hoy estamos muy inclinados a avasallarla. Atropellamos la individualidad de nuestras creencias políticas y, con eso de dividir y clasificar a gran velocidad a nuestros conciudadanos, hacemos automática nuestra elección de posibles líneas de conducta y esterilizamos la indagación de razones. El norteamericano que hay en mí, lo mismo que el tejano, se rebelan enérgicamente contra esa confusión del individuo en la masa so pretexto del dogma.

Quizá alguien, señalando al Senado donde yo sirvo, dirá que su ejemplo contradice esta tesis, pues allí se sigue un sistema de dos partidos, de dos ideologías. Lo cierto es lo opuesto. Si no me hubiese cabido el privilegio de servir en el Congreso, tal vez no hubiera llegado a tener el respeto que tengo por la individualidad de creencias.

La finalidad de nuestro Congreso es tomar decisiones para toda la nación, congregando 534 individuos que representan a unos 174 millones de personas para que se pongan de acuerdo en cuanto a la marcha que debe seguir el país. Si todos estuviéramos atados por dogmas rígidos, estaría tan poco justificado convocar al Congreso como reunir a los miembros integrantes del Presidium soviético. Nosotros no estamos tan ligados, y precisamente yo sostengo entre mis ideas más firmes que las decisiones del Congreso son muy dudosas cuando se toman por el simple recuento de los votos de un partido frente a los del otro.

Y esto me lleva a enumerar los principios concretos de mi ideario:

Primero: creo que todo ciudadano tiene algo que decir, y derecho a que lo escuchen según nuestro sistema político.

Segundo: creo que siempre hay una respuesta nacional para cada problema de la nación y, convencido de ello, no creo que deba haber siempre dos puntos de vista en todas las cuestiones que se suscitan.

Tercero: estimo que el aprovechamiento de todo el potencial de nuestros recursos (naturales y humanos) es el principal objetivo del gobierno, después de la protección de los derechos que consideramos inalienables.

Cuarto: juzgo que el derroche es el enemigo constante de nuestra sociedad, y evitar que se desperdicien recursos, vidas u oportunidades, ha de ser la obligación más urgente de nuestro gobierno.

Concedo que estos principios son muy sencillos. Son, sin duda, personales, porque los he ido configurando a lo largo de 50 años.

En lo que toca al primero, me doy cuenta de que en estos tiempos puede parecer idealista en exceso. No creo, sin embargo, que lo sea.

Nunca olvidé mis orígenes desde que trabajo en Washington. Nací en la comarca rural de Tejas, remota entonces y hoy. Mis vecinos y parientes viven allí independientes y se bastan a sí mismos. Están alejados de muchos problemas nacionales, y sin embargo ni la distancia ni la escasez de noticias les impide tomar partido por las resoluciones a que llegamos en el Congreso. Conociéndolos como los conozco, sé que me resultaría mucho más difícil lograr de ellos un consenso unánime que lograrlo entre los senadores de Washington. En este individualismo mis paisanos no se distinguen de los norteamericanos de cualquier otra parte. Es probable que haya un elemento valioso en las opiniones de la minoría, y tenemos la obligación de buscarlo, de no contentarnos con servir a la mayoría, porque la sabiduría de ésta (por sabia que sea) no es todo el saber.

Ahora se recurre demasiado a ciertos procedimientos. Conceder audiencia a 174 millones de norteamericanos sería una labor agotadora, y por eso hacemos nuestras clasificaciones y sub-clasificaciones, que nos excusan de escucharlos a todos y de emprender las averiguaciones debidas. Las dificultades vienen de que las clasificaciones se han hecho según cierto fundamento de división y después las aplicamos a otros problemas y a otras resoluciones. Al obrar así establecemos falsos planteamientos que producen respuestas falsas.

Esta forma de plantear los problemas es un elemento importante en nuestros sistemas de partido y sirve para fomentar el mito de que "en todo hay dos puntos de vista". Es cierto que hay dos partidos, pero eso no quiere decir que haya siempre dos aspectos en cada cuestión; lo que pasa es que nos resulta más cómodo pensarlo así, porque no necesitamos reconsiderar el problema cuando triunfa por mayoría la opinión de un partido. Suponemos que, como hay dos puntos de vista, cualquiera de ellos se hubiera podido aceptar, y de ahí que no haga falta examinar con más detenimiento la respuesta una vez que la ha decidido el predominio político.

Esta noción popular es, creo yo, contraria a nuestra filosofía fundamental. En mi opinión, no habremos obtenido una respuesta hasta que no hayamos averiguado qué es lo que responde toda la nación (es decir, cuál es la solución en que pueden concordar todas las personas razonables), y nuestra tarea no quedará cumplida mientras no hallemos esa respuesta, aunque en la averiguación tardemos años.

Y aquí vienen a propósito el tercero y cuarto principios de mi filosofía. Si Norteamérica se hubiera ligado por obra de la Convención Constitucional (y por las limitaciones del saber y la previsión de aquella época) a las concepciones del siglo XVIII, nuestra patria no sería

hoy lo que es. Su engrandecimiento progresivo desde hace más de 180 años procede de la libertad que tenemos para aplicar a los sistemas de nuestro gobierno autónomo los conocimientos que vamos acumulando. Para decirlo de otra forma: nuestra grandeza ha sido posible porque en todo momento se dejaron las riendas del país en manos de los hombres del presente. La Constitución del siglo XVIII nos ha permitido crecer, de suerte que todavía nos sirve en este siglo XX.

Nuestro país, como todos los demás, está en posesión de ciertos recursos: naturales, de posición y de riqueza interior humana. Cualquiera que sea el destino que nos aguarda, hemos de labrarlo con eso que tenemos a nuestra disposición, y no aprovecharlo hasta sus últimas posibilidades sería negarles su herencia a los que nos sucedan y dejar de cumplir nuestro deber.

Es natural que, procediendo yo de una región como Tejas, lleve muy dentro estos sentimientos. De todas las gestiones que hice en mi vida pública, lo que más me enorgullece son los resultados que se lograron con las obras hidráulicas del bajo Colorado, y no precisamente por el embalse de su corriente o la contención de las inundaciones, sino por haber terminado con el desaprovechamiento de la zona.

La región, tan estéril en mi juventud, es hoy vital en la economía y en las posibilidades de la nación. Y lo más importante de todo es que se redujo el desperdicio de recursos humanos en toda esta cuenca. Se abrieron nuevos horizontes para los espíritus jóvenes, aunque no fuera más que por haber llegado la electricidad a las viviendas rurales. Hombres y mujeres han quedado libres de las fatigas y las penas de la labranza en las yermas rocas de las colinas de Tejas.

La eliminación de este tipo de desaprovechamiento lleva consigo, a su vez, una obligación continua para el gobierno (en todas sus categorías): la de no engendrar el mismo desaprovechamiento quitando a la gente los frutos de sus nuevas oportunidades con un imprevisor exceso de gastos e impuestos. Este es un problema cada vez más crítico.

He aquí, pues, los principios de mi ideario político. Los que equiparen las filosofías personales con los dogmas populares podrían preguntarme, sin acabar nunca, cuál es mi "posición" ante este o aquel problema. Los ideales, sin embargo, no se forman con las respuestas a los problemas, sino con la manera de enfocarlos, que es algo más duradero y más comprensivo. Los principios directivos de enfoque acabados de citar me servirán, creo yo, para resolver problemas.

Por elección personal pertenezco al partido demócrata, pues en él puedo aplicar y expresar mejor mis creencias: pero soy también, como he dicho al principio, un hombre libre, norteamericano, senador de los Estados Unidos y demócrata (por este orden). En cuanto a mí, aquí terminan las clasificaciones. *

El prodigio de nuestros reflejos

Por J. D. Ratcliff

Condensado de "Family Doctor", publicado por la Asociación Médica Inglesa

¿Por qué bostezamos, tosemos, estornudamos,. parpadeamos, nos ruborizamos y nos estremecemos? Algunos hechos poco conocidos acerca del sistema automático de defensas del organismo humano.

El automatismo hace funcionar fábricas y es tema de grandes encabezamientos en los diarios, como si fuese algo nuevo aparecido en nuestra época. Pero desde muy antiguo ha habido ejemplos mucho más sorprendentes de regulación automática en el propio organismo humano. Esté uno dormido o despierto, el cuerpo desarrolla siempre una intensa actividad.

A veces los resultados de esa actividad automática se revelan al exterior. Un rubor escarlata cubre involuntariamente el rostro de una joven, para su desconcierto. Un hombre se sorprende bostezando a la mitad del chiste favorito de su jefe. Un niño rompe a reír inconteniblemente al acercarle un dedo a las costillas. Son éstas únicamente expresiones del torbellino de actividades involuntarias (reflejas) que el organismo realiza sin cesar y que, casi en su totalidad, tienden a mantener su equilibrio vital, a lograr su conservación.

Cuando uno monta en cólera o siente miedo, el sistema nervioso no espera a valorar la causa; prepara inmediatamente al organismo para hacer frente a lo que venga, aunque sea un desastre importante. Se aceleran la actividad del corazón y la respiración. El hígado segrega azúcar y lo vierte en el torrente sanguíneo para que se produzca en seguida energía. Se descarga adrenalina que contrae los vasos sanguíneos y eleva la tensión. De este

modo, el organismo se prepara para el combate o la fuga, aunque la razón indique que ni uno ni otra son necesarios.

En cierto sentido, el hipotálamo (porción de tejido del tamaño de un terrón de azúcar, que se encuentra en la base del cerebro) es el metrónomo silencioso del organismo. Regula los ciclos de sueño y de vigilia, la actividad cardiaca, la respiración, la digestión y otros procesos vitales. Si desciende la temperatura corporal, provoca el escalofrío, es decir, un ejercicio que calienta.

Muchos de nuestros extraordinarios reflejos tienen una función protectora. Un dedo toca una estufa caliente. Los receptores de temperatura que abundan en la piel dan la voz de alarma. Los mensajes corren instantáneamente por las vías nerviosas. Pero se perdería un tiempo precioso si tuviesen que llegar hasta el cerebro. Por tanto, la propia médula espinal entra en acción, ordena la contracción muscular instantánea y automáticamente se retira el dedo. El conocido reflejo rotuliano que produce el médico al golpear la rodilla ligeramente con un martillo de caucho no es más que una prueba para examinar el estado de salud y actividad de las vías nerviosas.

La secreción de las glándulas salivales, que producen más de un litro de líquido por día, es uno de nuestros reflejos más concienzudamente estudiados. Cuando las reservas de agua del organismo disminuyen demasiado, esas pequeñas glándulas reaccionan y provocan la sensación de sed.

La principal tarea de la saliva es la de licuar los alimentos, fase preliminar de la digestión. Si se huele, e incluso si se piensa en un bistec a la parrilla, "se hace agua" la boca. Por el contrario, el temor o las preocupaciones pueden inhibir las secreciones: por eso se pone la jarra de agua en la mesa de un conferenciante nervioso.

El primer detector de mentiras, muy elemental, se fundó en observaciones sobre la secreción de la saliva. En la edad media los jueces ordenaban que se llenaran de harina las bocas de los sospechosos de algún delito, fundándose en la teoría de que, si el hombre era inocente, su saliva licuaría la harina y la podría tragar. El culpable, en cambio, permanecería con la boca seca y se sentiría muy incómodo.

En los ojos se registran múltiples reflejos de protección. Las pupilas se contraen con la luz brillante del sol para impedir la entrada de un exceso de luz que podría ser nociva. Parpadeamos continuamente; nuestros párpados desempeñan la función de los limpiadores de parabrisas de un coche: conservan limpios los ojos y los lubrican con las lágrimas. Una de las torturas medievales más horribles era la que practicaban los turcos: la extirpación de las glándulas lacrimales, que producía la ceguera, precedida de un período de sufrimiento constante por la sequedad de los ojos.

La tos, "el cancerbero de la garganta", es otro reflejo encargado de mantener limpias las vías respiratorias altas. La tos puede ser muy molesta, pero nos enfrentaríamos con un grave problema si no tosiéramos. Ciertamente, es tan importante que crea un problema a la cirugía. La anestesia amengua o inhibe el reflejo de la tos, y entonces pueden deslizarse en la tráquea gotitas cargadas de bacterias y otras sustancias nocivas. Por eso el anestesista limpia muchas veces la garganta por medio de un aspirador, como medida preventiva.

Cuando entra en acción el reflejo de la tos, el aire se introduce en los pulmones y lo atrapa la glotis, pequeña válvula que impide que los alimentos se vayan por la tráquea. Al mismo tiempo, el paladar blando se eleva para cerrar los conductos nasales. Cuando todo está listo, se contraen los músculos del tórax, se abre la glotis y brota de la garganta un minúsculo huracán que barre las sustancias irritantes que encuentra a su paso.

El estornudo es otro reflejo muy conocido; como la tos, su finalidad es la limpieza. Un irritante se introduce en un conducto nasal. El cerebro envía órdenes de deshacerse de él y se produce una serie de acontecimientos muy semejantes a los de la tos: aspiración de aire, súbita contracción de los músculos del tórax y del abdomen. Cuando está a punto de producirse la explosión, el cerebro envía más órdenes: cerrar los ojos, abrir ampliamente el paladar blando. Al toser, el paladar blando se cierra para obstruir los conductos nasales; al estornudar, está totalmente abierto, de tal manera que el aire sale violentamente a través de la boca y de la nariz. El bebé estornuda con frecuencia; esa es su forma de sonarse. Una peculiaridad curiosa del estornudo es que lo causan irritantes leves, pero no las lesiones dolorosas (como las operaciones quirúrgicas).

En ocasiones el bostezo es uno de los reflejos más gratos, pero otras veces es uno de los que nos ponen en más aprietos. La explicación generalmente aceptada del bostezo es que se produce por anemia cerebral. Cuando tenemos sueño se retarda la circulación en el cerebro y disminuye su dotación de oxígeno. Si hemos de mantenernos despiertos, debemos aumentar la cantidad de este gas. El bostezo es el medio de lograrlo.

Las cosquillas resultan de una ligera irritación de las terminaciones nerviosas de la piel. Parece que la reacción depende misteriosamente de la interpretación que hace el cerebro de esa irritación. Una persona cosquillosa puede rozarse ella misma el pie con una pluma, o tocarse en las costillas con un dedo, sin reacción alguna. Pero si se lo hace otra persona, estallará de risa.

Cuando nos asalta el terror, los reflejos lo anuncian. Los vasos sanguíneos de la cara se contraen, y palidece el rostro. Las mismas arterias faciales pueden entrar en acción cuando oímos una expresión

indecente o nos enfrentamos a una situación embarazosa, pero en esas ocasiones se relajan, y aparece el rubor. Nadie sabe por qué se limita el rubor a la cara y al cuello, y no cubre todo el cuerpo. La tendencia a sonrojarse disminuye o desaparece con la edad.

No se sienta avergonzado por sus sonrojos, estornudos, bostezos, escalofríos y demás reflejos. Son simplemente signos de que su organismo pone atención a su bienestar, de que se hace cargo de los problemas conforme se presentan, sin preocuparlo con los detalles.

Lo vi morir

La semana pasada vi morir un hombre. Sufrió torturas inimaginables. Tenía el 40 por ciento del cuerpo cubierto por quemaduras de segundo y tercer grado. Cinco días y seis noches luchó contra lo inevitable antes de exhalar el último estertor.

El sábado y domingo había tenido como invitados en su casa a unos viejos amigos suyos. El domingo por la noche iban a cenar carne asada en las brasas al aire libre. Como no quería arder el carbón, nuestro amigo le echó un chorro más de un líquido que tenía en una gran lata. Se produjo una explosión de vapor. Pocos hay que no hayan visto alguna de esas explosiones: se produce un repentino destello de luz con muy poco ruido . . . un breve *fffú* . . . y nada más.

Mas esta vez no había terminado ahí la cosa. Cuando la víctima aflojó la presión que hacía con el pulgar sobre la boca de la lata, se formó un vacío que atrajo por ahí una mínima porción del gas inflamado. La lata hizo explosión, desfondándose y bañando con el líquido inflamado al desdichado, que se revolcó en el suelo, volvió a levantarse en seguida, tropezó y cayó, se puso en pie de nuevo, corrió hacia el río y se lanzó al agua. No hubo ni un grito, no se sintió casi ningún ruido. Hasta la detonación de la lata fue un sonido apagado. "¡Dios mío!" exclamó el herido dos veces en tono bajo, que denotaba un gran sufrimiento, y uno de sus perros aulló. En menos de 30 segundos había concluido todo, y 30 minutos después yacía en el lecho de un hospital, envuelto en vendajes cual momia egipcia.

Más tarde recorrí el terreno y pude ver la hierba quemada y las ramas altas del cedro chamuscadas. Recogí los restos de la lata. Había contenido un líquido que se vende, entre otros propósitos, con el de iniciar la combustión de los fogones de carbón vegetal. Las instrucciones, que aún estaban legibles, eran claras: si se emplea con carbón, hay que *esperar* antes de encenderlo. Una vez iniciado el fuego, *nunca se le debe añadir más líquido*.

Si es usted de los que encienden la lumbre sin seguir las instrucciones, no me invite nunca a comer carne asada en su casa. No quisiera ver morir así a otro hombre.

— Carta al director del periódico *Press*, de Ridgefield (Connecticut)



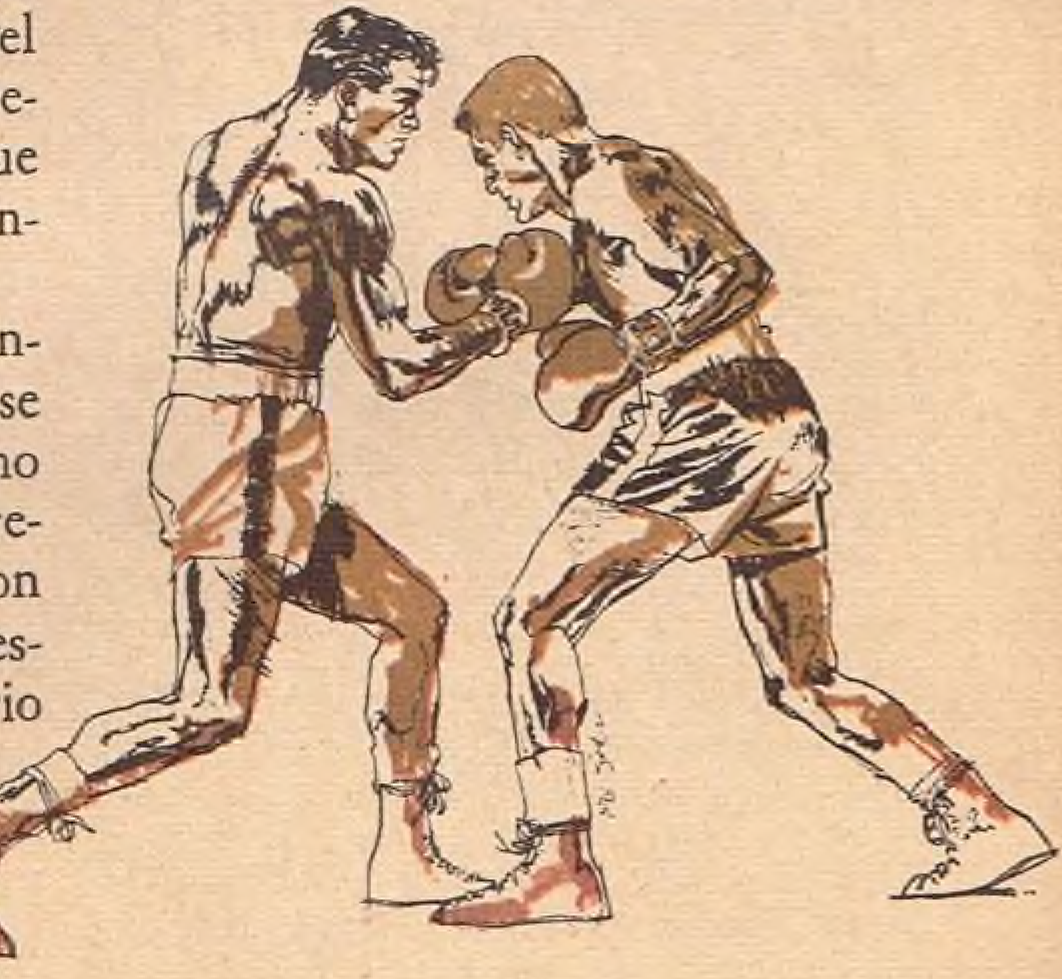
La controversia del boxeo

POR JACK DEMPSEY

El hombre considerado por muchos como el más grande de todos los púgiles asesta algunos golpes a la desastrosa situación del boxeo. ¿Debe abolirse? He aquí los remedios que él propone.

CUANDO el enorme puño derecho de Luis Ángel Firpo me alcanzó en el rostro durante el primer *round* de nuestra pelea en Nueva York, en 1923, perdí toda noción de lo que estaba sucediendo. Si me hubicra pegado un poco más abajo, habría acabado conmigo. Así y todo, bastó para que no supiera lo que ocurrió en aquel primer asalto hasta que vi la película al día siguiente, pues, aunque seguí en pie, estaba realmente inconsciente.

Mientras uno está aturdido, aunque en pie, no siente daño. No se da cuenta de que está peleando; no sabe dónde está. Si alguien le preguntase, no podría decir cuánto son dos y dos. Pero sigue pegando y esquivando, y se abraza al contrario por instinto, impelido por el subconsciente. El boxeador en tal estado puede ser anormalmente peligro-



so para su contrincante; no le cohíbe la cautela; está obsesionado por la idea de destrozar aquella borrosa figura que tiene enfrente.

Así estuve yo contra Firpo en aquel primer *round*. Lo derribé media docena de veces. Y después *él* me lanzó fuera del cuadrilátero por entre las cuerdas.

Al terminarse el furioso asalto, Jack Kearns, mi *manager*, me dio a oler unas sales capaces de resucitar a un muerto. Cuando me reanimé, mi primer pensamiento fue: "¡Me han noqueado!" Pregunté a Kearns qué había sucedido, y me dijo que estaba peleando formidablemente, que iba a comenzar el segundo *round*, y que podía noquear a Firpo en un momento.

Firpo salió para el segundo asalto aún en peor estado que yo y, efectivamente, lo puse fuera de combate.

Inmediatamente después de la pelea fui a que un médico me hiciera una encefalografía, y me dijo que estaba perfectamente. Menciono esto porque quiero demostrar que uno de los males del boxeo de hoy es que no se practican reconocimientos minuciosos antes y después de una pelea. La consecuencia de esto y de otros abusos es el aterrador número de jóvenes boxeadores que mueren o quedan incapacitados permanentemente.

Consideremos lo ocurrido a Alejandro Lavorante, el peso completo argentino, durante su actuación en los Estados Unidos. En marzo de 1962 fue noqueado por Archie Moore. Hubo que sacarlo en camilla del cuadrilátero. Aún no trascurridos cuatro meses, se le permitió volver a pelear, y Cassius Clay lo noqueó en el 5º asalto; todavía, dos meses después, se le autorizó a pelear contra Johnny Riggins, todo ello sin pasar por un examen cerebral. En esta última ocasión, lo noquearon en el 6º asalto, y quedó en estado de coma. Durante meses, permaneció en el hospital, inconsciente. Hoy, después de 13 meses y tres operaciones en el cerebro, sigue semi-inconsciente. No es, pues, de extrañar que el público clame por la abolición del boxeo.

A causa de tales abusos, el boxeo en los Estados Unidos ha sufrido una derrota más ruda que la jamás sufrida por un boxeador, con una deprimente racha de muertes, escándalos e investigaciones determinadas por la intervención de elementos del hampa. Como no haya una reforma a fondo, tendré que dar la razón a los críticos que exigen la abolición de este deporte.

Pero el boxeo *puede* y debe salvarse. Basado en mi considerable experiencia tanto dentro como fuera del *ring*, yo propondría un programa para restituirle su carácter de deporte honesto y viril.

JACK DEMPSEY ostentó el título de campeón mundial de peso completo durante siete años, desde 1919 hasta 1926, en la edad de oro del boxeo. Sostuvo un total de 81 peleas profesionales, y ganó 49 de ellas por nocaut. Es uno de los cuatro púgiles (Gene Tunney, Joe Louis y Floyd Patterson son los otros) que han ganado más de dos millones de dólares con sus puños.

1. *Proteger al púgil con reconocimientos físicos adecuados.* Esto significa un completo reconocimiento médico una semana antes de cada pelea, otro el día de ésta, y una encefalografía después del combate si el boxeador ha sufrido castigo excesivo o ha sido noqueado.

En la mayoría de los casos, es la pelea anterior a la última la causante del daño mortal. Por ejemplo: el campeón de pesos completos Max Baer dio a su retador Arnie Schaaf una tremenda paliza en 1932. Después, a los seis meses, sin habérsele hecho una encefalografía, Schaaf se enfrentó a Primo Carnera... y fue noqueado. Tan flojo fue el golpe que lo mandó a la lona que los espectadores del Madison Square Garden abuchearon a Schaaf mientras estaba tendido en el suelo, y se insinuó abiertamente que el nocaut había sido un fraude. Pero Schaaf murió tres días después. Del mismo modo, el peso *welter* Kid Paret sufrió una tremenda paliza a manos de Gene Fullmer no mucho antes de perder la vida cuando lo noqueó Emile Griffith. Como se ve, la pelea final no es más que el desenlace del deterioro anterior del estado físico.

Otra cosa: en Nueva York al *manager*, el hombre que conoce mejor al púgil, no se le permite arrojar la toalla para detener una pelea. Tal vez la toalla hubiera salvado a Benny Paret. En el 12º asalto, Emile Griffith lo arrinconó en una esquina, bajo una lluvia de golpes. Paret se hubiera desplomado, si las cuerdas no lo hubiesen sostenido. Entonces, el árbitro suspendió la pelea. Ya era muy tarde. Si sus ayudantes hubieran podido arrojar la toalla cuando se vio claramente que estaba indefenso, es posible que Benny estuviera vivo.

Cuando yo era todavía un joven boxeador y mi carrera iba en ascenso, cometí la equivocación de enfrentarme a Jim Flynn, el "bombero", uno de los principales aspirantes al campeonato, que tenía en su haber 38 nocauts. Me derribó cuatro veces en los primeros dos minutos del asalto inicial. Mi hermano Bernie arrojó la toalla y detuvo la pelea. Yo me enfurecí entonces con Bernie, pero hoy le estoy muy agradecido por lo que hizo. Si hubiese recibido unos pocos puñetazos más, mi carrera acaso hubiera terminado allí mismo.

2. *Eliminar a los delincuentes.* Debe hacerse un escrupuloso expurgo de toda persona relacionada con el boxeo. Hace ya demasiado tiempo que el deporte —en los Estados Unidos— ha estado dominado por el mundo del hampa. Cabe decir que, por fin, Frankie Carbo, llamado entre los maleantes "el zar del boxeo", está purgando una condena de 25 años por tratar de extorsionar al ex-campeón de peso *welter*, Don Jordan, a quien quería obligar a cederle parte de sus ganancias. A tres de sus cómplices — Joseph Sica, Frank Palermo ("Blinky") y Truman Gibson— se les halló también culpables del mismo delito y fueron sentenciados a distintas penas. (Todos ellos han ape-

lado al Tribunal Supremo de los Estados Unidos.)

Sin embargo, lo anterior es apenas un paso en la dirección correcta. No debe darse permiso a pandilleros ni estafadores para que actúen como "promotores" o *managers*, posición que les permite "arreglar" de antemano el resultado de las peleas. Y cuando se escuden tras otros hombres deben ser desenmascarados y expulsados.

A mí mismo se me hicieron algunas veces insinuaciones que hubieran conducido a peleas "arregladas". John Reisler, "promotor", intentó constituirse en mi *manager* con un contrato ficticio. Pretendía que peleara con el gran Sam Langford, a quien también administraba ... ¡yo, un muchacho de 21 años, que apenas pesaba 75 kilos y estaba aún en pañales! Tuve sentido común suficiente para darme cuenta de que no estaba en condiciones de hacer frente a un hombre de la clase de Langford. A pesar de ello, Reisler seguía acosándome, tratando de enseñarme cómo podía derrotar al hombre del cual en realidad vivía. Naturalmente, lo mandé a paseo.

Los chanchulleros de hoy —los pandilleros, rufianes y sus secuaces — no tienen cabida en el deporte del boxeo. Cuando se les destierre de él se hablará muchísimo menos de peleas "arregladas".

3. *Hacer que el púgil se gane la oportunidad de luchar por el campeonato.* El encuentro automático de la revancha, tal como el fiasco Floyd Patterson-Sonny Liston de julio último —de dos minutos y 10 segundos— que la comisión sancionó alegremente (después que Liston había noqueado a Patterson en dos minutos y seis segundos en su primera pelea), debe ser proscrita por el bien general. Está haciendo del boxeo el hazmerreír de los deportes. En mis tiempos no existía eso de conceder un pronto encuentro de revancha. Si uno perdía tenía que volver a demostrar sus méritos. En mi caso, perdí el campeonato a manos de Gene Tunney. Antes de que se me permitiera enfrentarme otra vez con Tunney tuve que pelear con Jack Sharkey. Si me hubiese vencido, Sharkey hubiera disputado a Tunney el título, y yo hubiera caído en el olvido. Aquel fue un combate durísimo. Sharkey nunca estuvo mejor. Sabía boxear y sabía pegar. Los aficionados vieron compensado con creces el precio de sus localidades.

En aquellos tiempos, uno tenía que luchar para poder contender en una pelea grande. Yo tardé diez años para enfrentarme a Jess Willard por el cinturón de pesos completos. En cambio, Pete Rademacher disputó a Floyd Patterson la corona de este peso ¡en su primera pelea profesional! No es, pues, sorprendente que la mayoría de los peleadores de hoy disten de ser realmente buenos. Sonny Liston es fuerte y duro, pero no es imposible vencer a este tipo de boxeador. Me gustaría ver a Liston en el *ring* frente a un púgil de la calidad

de Gene Tunney, o ante un "puncher" como Joe Louis. Yo me enfrenté a varios peleadores grandes y pesados del tipo de Liston —hombres como Firpo, Fred Fulton, Jess Willard— cuya estatura variaba entre 1,93 y 1,98 metros, y que pesaban entre 97 y 113 kilogramos. Aunque yo pesaba 82 kilos, los noqueé. Pero entonces había que aprender a pelear.

4. *Hay que dar a los boxeadores protección económica.* Los boxeadores, en su mayoría jovenzuelos de poca instrucción, debieran estar legalmente protegidos para que no se les despoje de un porcentaje excesivo de sus ganancias. El ex-campeón de peso completo, Joe Louis, ganó millones en el cuadrilátero; durante la segunda guerra mundial, dio a ganar grandes sumas para obras benéficas, a pesar de lo cual acabó en la quiebra, y debiendo al fisco más de un millón de dólares. ¿Por qué? Uno de los motivos es que sus *managers* se quedaban con el *50 por ciento* de sus ingresos.

Por falta de protección, muchos otros boxeadores de gran categoría han visto disiparse sus ganancias en diversas formas. Por ejemplo, Johnny Saxton, ex-campeón de peso *welter*, ganó, según se dice, más de un cuarto de millón de dólares, y acabó sin nada. Beau Jack, que enriqueció a muchos, se gana la vida limpiando botas en un hotel de Miami.

No fui yo más avisado que otros en lo que hace al cuidado de mis intereses financieros en mis días de boxeador. Mientras Doc Kearns fue mi *manager*, jamás conseguí que me presentara cuentas. Me ayudaba enormemente, pero se quedaba con la mitad de *todo*: películas, artículos, bienes raíces, peleas. Además, me fue pidiendo dinero prestado, hasta llegar a deberme 150.000 dólares. Por último, decidí hacer algo. Después de mi pelea con Firpo, fui a la oficina del "promotor" y cobré mi parte: medio millón de dólares. Luego, le entregué a Doc su mitad, *menos* lo que me debía. Se puso verde de cólera. Ese fue el principio del fin de nuestras relaciones.

También necesitan los boxeadores la protección de un fondo de pensiones. Muchos de ellos, entrenados para pelear, y nada más, carecen de medios para subsistir cuando llega la hora de retirarse. Una porción de las utilidades de los programas de televisión, podría servir para pagar pensiones a los boxeadores. Ciertamente, la televisión tiene una gran deuda con el boxeo por la forma en que ha perjudicado a este deporte reduciendo la concurrencia a las peleas "grandes" y eliminando casi los pequeños clubs.

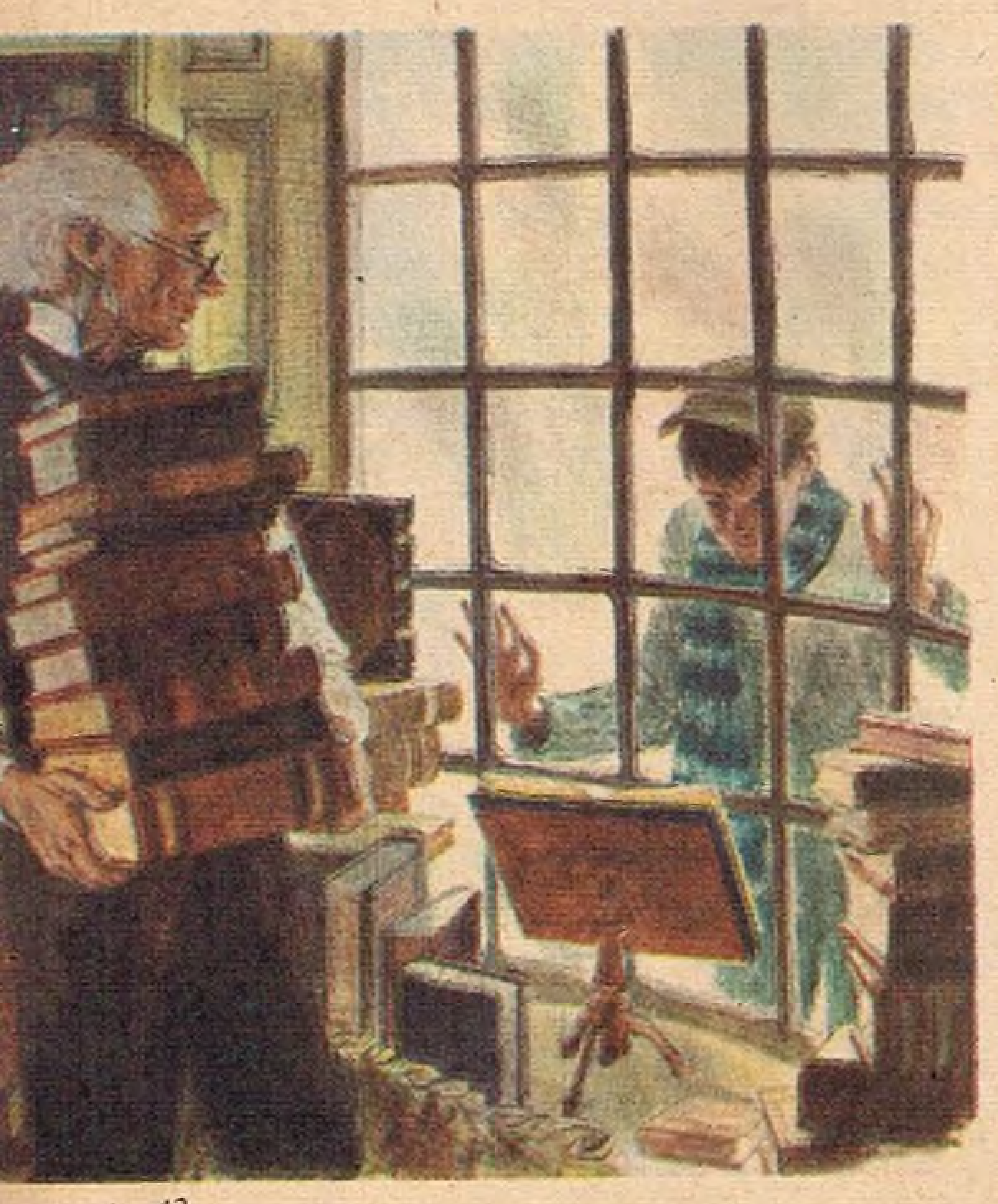
Si el boxeo continúa tan mal administrado como hoy lo está, acabará por ser abolido a exigencias del público. Pero si se reforma y reglamenta, puede volver a ser un gran deporte que, por otorgar las más altas recompensas al buen estado físico, al valor y a la masculinidad, nadie que no sea un exaltado pensará siquiera en abolir.

No seamos indiferentes

Vive más intensa y verdaderamente quien más se interesa por los seres y las cosas que encuentra en su camino

POR ARTHUR GORDON

Condensado de "Guideposts"



CUANDO era niño presencié lo que estuvo a punto de ser una tragedia. Hallándome en la playa, una bañista perdió pie en la lengua de arena por la cual marchaba, cayó a un lugar donde el agua era más profunda y más rápida y, presa del pánico, parecía que iba a ahogarse. Había allí por lo menos 20 personas mayores en sus trajes de baño, pero se quedaron mirándola, aparentemente paralizadas, hasta que un joven corrió, a pesar de que estaba vestido, se lanzó al agua y sacó a la mujer.

Al contar más tarde el episodio a mis padres, no pude menos de expresar mi

admiración por el joven a la par que mi desprecio por los que no habían movido un dedo para salvar a la bañista.

—Estaba ahogándose —grité casi — y a ellos no les importaba.

Mi padre me miró pensativo y dijo:

—Muchas veces creo que el mundo se divide entre los que se interesan por los demás y aquellos a quienes les importan muy poco. Pero no los juzgues con demasiada severidad. Se necesita valor para preocuparse por otros.

Esta frase se me ha quedado grabada por su profunda verdad. Se necesita valor para preocuparse por otros, para abrir el corazón y sentir simpatía, compasión, indignación o entusiasmo por las personas y las cosas que no nos afectan directamente. Es más fácil —y a veces más seguro— no salir de sí mismo. Eso sí, la gente que se anima a correr ese riesgo, que se despoja de la armadura de la indiferencia, hace pronto un enorme descubrimiento: *cuanto más se interesan por los seres que les rodean o que encuentran en su camino, más intensa y verdaderamente viven.*

Si se mira de cerca el maravilloso tapiz de la vida, se advertirá que el hilo dorado del interés lo cruza en todos sentidos como una hebra de fuego brillante y fecundo. Interesarse o no puede significar la diferencia entre la felicidad y la desdicha en el matrimonio, en el trabajo, en cualquier relación humana. "Nunca se ha hecho nada grande sin entusiasmo", ha dicho Emerson y, ¿qué es el entusiasmo, sino un interés apasionado?

En la generación anterior, un neoyorquino que no había podido terminar su instrucción primaria logró ser elegido a los 30 años diputado a la legislatura del Estado. Allí su propia ignorancia le aterrorizó: estaba tan mal preparado para desempeñar el cargo que confesó a un amigo que habría renunciado a no ser porque tenía vergüenza de confesar esa derrota a su madre anciana y viuda.

Pero detrás de la ignorancia de este hombre ardía una insaciable sed de conocimientos. Era tan desesperado su anhelo de saber que resolvió dedicar 16 horas diarias a aprender el funcionamiento del gobierno. Diez años más tarde era reconocido como una autoridad en todas las cuestiones relacionadas con el gobierno del Estado de Nueva York. Fue elegido gobernador del Estado por cuatro períodos y cuatro universidades otorgaron títulos honorarios a ese hombre que nunca había asistido a una escuela secundaria. En 1928 resultó electo candidato del partido demócrata para Presidente de los Estados Unidos. ¿Quién era? Alfred Smith.

Hasta los extraños se sienten atraídos hacia las personas que saben interesarse por algo. Hace años, en Inglaterra, un jovencito criado en la pobreza consiguió un empleo en que debía trabajar 12 horas diarias en una imprenta por casi nada. Apasionado por los libros y sin po-

der comprar ninguno, este muchacho adquirió la costumbre de detenerse, al ir cada mañana a su taller, frente a una mísera librería de segunda mano y, si había algún libro abierto en el escaparate, leía las dos páginas visibles.

Un día advirtió que el libro que había escudriñado la mañana anterior estaba abierto en las dos páginas *siguientes*. Al otro día volvió a suceder lo mismo y así siguió leyendo, dos páginas cada vez, hasta que llegó a la última. Y esa mañana el anciano dueño de la tienda salió y abordándole, dijo sonriente que podía entrar y leer lo que quisiera en cualquier momento, sin ninguna obligación de comprar. De esta manera Benjamín Farjeon, que llegó a ser un conocido escritor, ganó su acceso al mundo de los libros. Su interés por ellos eran tan grande que aquel bondadoso anciano lo había visto detrás del vidrio polvoriento y se había impresionado.

La Biblia tiene muchos ejemplos de lo importante que es sentir interés o preocupación por algo o por alguien. El Buen Samaritano siente compasión por la víctima de los ladrones, se preocupa y obra. Los demás viajeros, temerosos de verse envueltos en dificultades, "pasaron de largo".

Y a la inversa, la causa de la terrible aventura del Hijo Pródigo fue el hecho de *no* preocuparse. No le importaba el mal que se hacía ni las consecuencias de su conducta para los demás. Pero su padre sí se preocupaba, y continuó preocupándose. La salvación del joven vino de allí, pues cuando llegó a lo más hondo de su desesperación comprendió que tenía alguien a quien acudir. "Me levantaré", se dijo, "e iré a la casa de mi padre".

Lo que parece enseñar la Biblia es que, si se quita a la vida este elemento, nada de lo que resta tiene sentido. En el mundo cotidiano vemos una y otra vez el valor que tiene salirse de sí mismo. Un famoso joyero vendió un magnífico rubí después de que su dependiente había fracasado en el intento de interesar al cliente y, al preguntársele cómo lo había logrado, contestó:

—Mi empleado es un hombre excelente y un experto en piedras preciosas. No hay más que una diferencia entre nosotros: él conoce las joyas, pero yo les tengo cariño. Me preocupa lo que será de ellas, quién las llevará, y los clientes lo perciben. Entonces sienten deseos de comprarlas, y lo hacen.

Desde luego, en tales casos ese interés trae beneficios palpables, pero los grandes maestros de la religión y la filosofía han enseñado siempre esta paradoja: la forma de interés que trae mayor compensación es la que no tiene esperanzas de recompensa. Por fortuna para la humanidad, el mundo está lleno de seres que pasan silenciosamente por la vida realizando, como dice Wordsworth, "pequeños actos de bondad y de amor, no advertidos y jamás recordados". La enfermera voluntaria de un hospital, los vecinos que se ofrecen para cuidar los

niños de la familia nueva en el barrio hasta que esté instalada, todos ellos y muchos más no responden a ningún motivo personal y no esperan recompensa alguna. Hacen eso porque se interesan, porque se preocupan, y sus actos —multiplicados por millones— proporcionan la fuerza que hace avanzar a la raza humana desde la barbarie por el camino del progreso moral.

En algunos casos, esas personas reciben muestras de agradecimiento a pesar de su disposición o su preferencia por mantener sus buenas acciones en la oscuridad. Por cierto que ningún pensamiento de ganar prestigio ante el público cruzó por la mente de la doctora Frances Oldham Kelsey, la hoy famosa funcionaria del Departamento de Alimentos y Drogas de los Estados Unidos, cuando durante más de un año se negó resueltamente a ceder a la presión de los representantes de una empresa de productos farmacéuticos que reclamaban su aprobación para poner en venta una nueva droga llamada talidomida. Ella no estaba convencida de que fuera inocua, aunque se estaba empleando mucho en varios países, y gracias a su firmeza, millares de madres escaparon a la tragedia de dar nacimiento a criaturas deformes, todo porque hubo una mujer que se preocupó.

La capacidad de interesarse y preocuparse es connatural a cada uno de nosotros, pero de nosotros depende que se desarrolle o se atrofie. Sócrates se refería a esto cuando dijo: "Antes de que un hombre pueda mover al mundo, debe moverse a sí mismo". Muchos grandes artistas han pasado por largos años de duro entrenamiento hasta aprender a tener amor a su tarea. Muchas personas tienen que esforzarse e interesarse por hacer que nazca una amistad antes de que llegue realmente a serlo.

"A mí no me importa" es un criterio errado que suele tener su origen en el resentimiento o en los prejuicios. El médico de un joven hombre de negocios que se quejaba de insomnio, irritabilidad y tensión nerviosa lo examinó detenidamente sin descubrir ninguna irregularidad en su organismo, pero cuando le habló sobre su actividad —fabricación de calzado— el paciente se encolerizó. Declaró que odiaba ese negocio, pero, como lo había heredado de su padre, se veía obligado a seguir con él.

El médico garrapateó una receta y dijo al paciente que eso le ayudaría a dormir, pero en seguida se puso a charlar, como sin darle importancia, de su pasión por la historia antigua. Precisamente poco antes, dijo, había iniciado como simple curioso un estudio del vestido y su evolución y al hacerlo había leído algo sobre el calzado, pero no podía establecer si las sandalias habían sido introducidas por los egipcios o por los asirios. ¿Conocía su visitante alguna obra de consulta que le ayudara a esclarecer el punto? En tal caso, le quedaría muy agradecido.

Un poco de mala gana, el joven se metió en una biblioteca pública, y el tiro al aire lanzado por el médico dio por fin en el blanco. Aquél sintió que se encendía en él una pequeña chispa de interés, que pronto se convirtió en una llama de entusiasmo y modificó su vida entera. Había aprendido a interesarse por su trabajo.

Una de las mejores formas de desarrollar la capacidad de sentir interés es la de expresar los propios sentimientos. A veces los padres tendemos demasiado a refrenar las emociones de nuestros hijos. "Domínate", decimos severamente. "No des rienda suelta a tus sentimientos". Sin embargo, a menudo esas emociones que nos parecen excesivas son sólo signos de interés, de preocupación, y si las contenemos siempre, es posible que esa facultad se adormezca o se atrofie.

Recuerdo un atardecer en que estaba sentado con mi hijita en la playa, dedicado a contemplar la marea. Era un crepúsculo traslúcido y sereno, las olas depositaban sobre la arena hasta entonces seca sus finas láminas de oro líquido, cada vez más cerca. Por último, casi como una caricia, un brazo del mar se enroscó en torno a la base del montículo en que estábamos, y mi hija, con tono soñador, dijo: "¿No es admirable ver cómo el mar se interesa por la tierra?"

Tenía razón, con el infalible instinto de la niñez: era una forma de interesarse. La tierra estaba meramente pasiva, y aguardaba. Pero el mar se interesaba por ella, y se le aproximaba. La lección me pareció íntegra en su sencillo simbolismo: el deseo de salir de sí mismo, de acercarse, de dejarse absorber, y en esa absorción alcanzar la plenitud.

Longevidad. Según una noticia procedente de Toronto, cierto cirujano había recomendado como fórmula de larga vida las ensaladas, el whisky escocés y la actividad sexual. El diario *Journal*, de Knoxville (Tenesí) puso como título a esa información: SI LOS CONEJOS BEBIERAN, VIVIRÍAN ETERNAMENTE. — S. R.

Deseo ardiente. La tía Lucía cumplía 85 años y su sobrino resolvió regalarle un acondicionador de aire. Pocos días después, cuando el termómetro registraba 35 grados a la sombra, fue a visitarla para ver cómo funcionaba el aparato. Al entrar en la casa notó que olía a humo.

—¡Se está quemando algo! —exclamó.

—Es verdad —repuso ella—. Tengo prendida la chimenea. Por eso me encanta el aire acondicionado, porque ahora puedo encender la lumbre lo mismo en verano que en invierno. — E. F.

¿Logrará el canciller Erhard mantenerse a la altura del gran Adenauer, que guió a sus asombrados compatriotas en una de las obras de reconstrucción más extraordinarias de la historia?

Ludwig Erhard



Nueva era en Alemania

CONDENSADO DE "NEWSWEEK"

EL PASO del tiempo y la marcha de los acontecimientos han puesto fin a los 14 años de gobierno del esforzado e imperioso anciano que supo sacar a la Alemania Occidental de las ruinas de una derrota total y de la ciénaga de la mayor catástrofe moral y espiritual que haya registrado la historia, e hizo posible que los alemanes vivan de nuevo a la luz del día, por vergonzosos que sean los recuerdos de la noche.

En el mes de octubre último, Adenauer entregó las riendas del poder en manos de Ludwig Erhard, que había sido su ministro de Economía. Cuando se escriba la historia de la posguerra, ¿qué juicio merecerá aquel enjuto y vigoroso anciano de 87 años? ¿Fue buena su gestión? ¿Seguirá Erhard el rumbo trazado por él?

Cuando cierto día de otoño de 1949 Adenauer se hizo cargo del gobierno de Alemania, el país estaba en ruinas; al abandonar el poder, deja en pie la potencia económica y militar más poderosa de la Europa Occidental. Winston Churchill dijo en cierta ocasión que Adenauer era "el más preclaro estadista que ha producido Alemania desde Bismarck", y este juicio lo confirman los éxitos que logró el país durante su administración.

Bajo la dirección de Adenauer han ido desapareciendo las cicatrices de la guerra hasta el punto de que en la actualidad las potencias victoriosas, excepto Rusia y sus sa-

télites, son aliadas de Alemania. Ha terminado la enemistad histórica que la separaba de Francia, y los parlamentos de ambos países han ratificado el tratado de amistad que ahora los une. Alemania figura entre los miembros de la OTAN, cuyas fuerzas terrestres en la Europa central estuvieron al mando de un general alemán y son actualmente mandadas por un segundo general de igual nacionalidad. Un nuevo ejército alemán, compuesto de 400.000 hombres, está desplegado cara a oriente, para oponerse a la amenaza de un ataque soviético, y a sus flancos hay 325.000 soldados de los Estados Unidos y diversos contingentes militares del Reino Unido y de Francia.

A los dos años de que "der Alte" (el Viejo) se hiciera cargo del gobierno, su cara curtida y arrugada era la más conocida en Alemania, cuyas tierras Adenauer solía recorrer yendo de una a otra ciudad a la cabeza de alguna rápida caravana de automóviles, para ofrecer aquí un buen consejo y hacer allá una advertencia oportuna. Adenauer, hombre austero cuya única debilidad consiste en su gusto por los excelentes vinos del Rin (que bebe reposadamente tras su acostumbrada y frugal cena de pollo o de pescado) predicaba las virtudes de la moderación y del trabajo. Devoto católico y decidido anticomunista, se conquistó el respeto de los aliados y el odio de los Soviets.

Sobre todo, devolvió a los alemanes la confianza en sí mismos y la voluntad de resurgir, como el fénix, de entre los escombros de la derrota. Adenauer tenía la convicción de que a los alemanes hay que decirles lo que deben hacer sin consultarles. En un principio, los procedimientos parlamentarios parecían inquietar a los alemanes, y aun hoy no se sienten totalmente a gusto con ellos. El estilo personal de Adenauer se reflejaba en su gobierno: un método que ha sido llamado *Kanzlerdemokratie* (democracia cancilleresca). A pesar de ello, resultó eficaz.

El desconcertado pueblo alemán, que se veía reducido a vivir en una primitiva economía de trueque, se sintió arrebatado por la positiva dirección de Adenauer. Ante la tarea primordial de la reconstrucción económica, Adenauer dejó a Erhard —un vigoroso y pragmático bávaro apenas conocido por aquel entonces— en libertad de que marcase la pauta arrojando al cesto de los papeles las medidas de control económico fijadas por los aliados. El resultado de ello se conoce ahora con el nombre de *Wirtschaftswunder*, esto es, el milagro económico.

El ritmo con que creció el comercio alemán dejó atónitas a las demás potencias europeas. En poco más de un decenio la República Federal de Alemania —con la generosa ayuda de los Estados Unidos— dejó de ser el pensionado paria de Europa para convertirse en la tercera nación comercial y en la tercera potencia industrial del mundo. A partir de 1950, fecha en que Alemania vivía de limosna y el déficit de

su balanza comercial era de mil millones de dólares al año, sus exportaciones han aumentado en seis veces, lo que le ha valido un superávit anual de mil quinientos millones de dólares, como promedio. El hecho contrasta de manera sorprendente con los días anteriores a la administración de Adenauer en los que los alemanes de toda edad y sexo se dedicaban trabajosamente a limpiar de escombros sus ciudades destruidas y a arrancar la argamasa de los ladrillos para poder utilizarlos de nuevo.

Sin embargo los éxitos logrados durante la era de Adenauer tuvieron también sus aspectos negativos. El gobierno de Adenauer fue autoritario, con frecuente menosprecio de los procedimientos democráticos. En lugar de confiar en los ministros electos, Adenauer se apoyó frecuentemente en una oligarquía de hombres de negocios de Renania, como Hermann Abs, del Deutsche Bank, Robert Pferdmenges, de Colonia, hoy difunto, y Karl Blessing, del Banco Federal. En ocasiones no veía en los diputados del Bundestag sino meros fantoches y, a causa de su obsesión por la política exterior, los asuntos interiores quedaron frecuentemente en manos de subalternos. Debido a ello, el desarrollo político democrático de Alemania ha sido poco vigoroso, aunque, si se tiene en cuenta la historia del pueblo alemán, a veces se ha mostrado tan firme como el de la Francia de Charles de Gaulle. Una de las grandes omisiones del gobierno de Adenauer fue que no continuara con eficacia la tarea de excluir de las filas del cuerpo judicial y de la policía a los antiguos nazis. Hasta el propio Hans Globke, secretario de Estado y hombre que gozaba de la absoluta confianza de Adenauer, participó en la promulgación de las leyes racistas nazis, aunque no era miembro del partido. Adenauer se negó tercamente a prescindir de sus servicios (si bien Globke hubo al fin de dejar el puesto al llegarle la edad del retiro), y se resistió igualmente a proceder contra otros funcionarios sospechosos, salvo en los casos en que se le apremió a hacerlo.

Los críticos de Adenauer también le acusan de simpatizar con los grupos de refugiados de la Alemania Oriental partidarios de la unificación, hasta el punto de presentarse en sus reuniones, cosa que ha dado pábulo a la sospecha de que los alemanes siguen soñando aún con extender su país hasta las fronteras que ocupaba antes de 1939.

Incluso el tratado franco-germano suscrito por Adenauer ha sido objeto de acerbas censuras. El político alemán era el único que podía haber moderado la actitud del Presidente francés en el curso de las críticas semanas que siguieron al veto que el general de Gaulle opuso a la entrada del Reino Unido en el Mercado Común Europeo. Muchos alemanes creen que, embrujado por Francia, Adenauer abandonó a Europa y a la alianza del Atlántico. "A su vuelta de París", comentó un periodista alemán, "hablaba un len-

guaje diferente, que incluso en alemán sonaba exactamente igual al de de Gaulle".

·El Dr. Gerd Bucerius, editor de Hamburgo y ex-diputado del partido demócrata cristiano, ha hecho una penetrante crítica de la gestión de Adenauer, que expresa así: "La gran falta de Adenauer es que, conociendo muy bien el secreto de arrastrar a las masas, no supo educarlas para crear ciudadanos. Por ser mucho más astuto que los que le rodean se ha complacido en doblegarlos, en lugar de convencerlos por medios democráticos. Su partido debería haberle obligado a dimitir mucho antes".

En todo caso, con la vejez del estadista y la merma del poder que tenía para atraer a los electores a las urnas, fue necesario resolver la cuestión. El gobierno de Adenauer se vio sacudido también por varios escándalos, como el de la revista *Der Spiegel*, escándalo este que motivó la dimisión del ministro de Defensa, Franz-Josef Strauss.

Las elecciones celebradas últimamente en Berlín, Hesse, la Baja Sajonia y la región de Renania-Palatinado han sido desastrosas para los demócratas cristianos y los miembros del partido temen que los socialistas, a cuya cabeza está Willy Brandt, alcalde de Berlín Occidental, logren subir al poder cuando se celebren las elecciones de 1965. Este temor espoleó a los primeros para exigir a Adenauer que fijase la fecha de su retiro.*

Erhard, el nuevo canciller, no necesita presentación. Su rostro rubicundo, sus cigarros de a palmo y su aire de rollizo bienestar son otros tantos símbolos del milagro económico por él mismo llevado a cabo. Erhard, que era profesor universitario y director de un pequeño instituto de investigación de mercados, fue nombrado en 1945 ministro de Economía de Baviera, donde nació, por el gobierno militar de los Estados Unidos (hecho que le hizo exclamar en broma: "Soy invento norteamericano"). Cuatro años más tarde fue nombrado presidente de un ministerio de economía nacional en embrión aún. Su teoría era que había que abolir todas las restricciones impuestas, ya que el unico recurso ilimitado que había quedado a Alemania después de 1945 era la mano de obra. Una nueva unidad monetaria, afirmaba, daría el impulso que se necesitaba, y todos gozarían así de los frutos de su trabajo. Cuando presentó su plan al general norteamericano Lucius Clay, éste dijo: "Es imposible que dé resultado, pero, en todo caso, ponga manos a la obra. Las cosas, en realidad, no pueden ir peor".

Los frutos del plan de Erhard fueron magníficos. Millones de trabajadores se entregaron con entu-

---

*DEBE hacerse notar que, si bien los socialistas retuvieron su absoluta mayoría en las elecciones del Estado Federal de Bremen, celebradas en los últimos días de setiembre pasado, los demócratas cristianos obtuvieron el 28,9 por ciento de los votos (contra el 14,8 que lograron en los comicios anteriores) y ganaron 15 diputaciones. Tal éxito se atribuye, aparte de factores locales, a la subida de Erhard al poder. (N. de la R.)

¿Qué clase de persona es Ludwig Erhard?

La antipatía del nuevo Canciller por las intrigas políticas ha llevado a algunos de sus críticos, Adenauer entre ellos, a calificarlo de *Gummilöwe* (león de caucho), a lo que sus amigos responden diciendo que este juicio es erróneo, pues toma por falta de valor lo que no es en Erhard sino innata ausencia de maldad. Jacques Rueff, ex-ministro de Economía de Francia, dice así: "Merced a una rara mezcla de cualidades generalmente contrarias, Erhard es hombre reflexivo a la par que hombre de acción. Cualquiera que haya escuchado sus apasionantes discursos, no dudará de que Erhard sabe muy bien lo que se propone ni de que está decidido a lograr sus objetivos plenamente". El propio Adenauer, a pesar de su resistencia a entregar el mando político a Erhard, ha dicho de éste: "Hemos trabajado estrechamente unidos y, compartiendo tropiezos y problemas, hemos vencido más de una situación difícil. Alguna que otra vez hemos sostenido opiniones encontradas, pero eso es parte de nuestra tarea. Las personas que siempre están de acuerdo no suelen ser de gran valer".

En su vida privada, Erhard es gran aficionado a la buena mesa, lo que le ha valido el apodo de "der Dicke" (el Gordo), con que lo conocen sus colegas. Es frecuente verlo en la cocina de su casa, envuelto en amplio delantal, preparando cuidadosamente alguno de sus platos favoritos. Es entusiasta aficionado al fútbol y un buen pianista. De vez en cuando, y para descansar de sus preocupaciones, le gusta leer novelas de detectives (Agatha Christie figura entre sus autores favoritos) o escuchar discos con música de Beethoven, Schubert, Mozart, Chopin y Strauss. Ha publicado tres libros. Uno de ellos, *Wohlstand für alle* ("Bienestar para todos"), ha sido traducido a varios idiomas, el español entre ellos, e incluido el ruso.

siasmo a la tarea de producir para el enorme mercado que se les abría. Las asombradas amas de casa descubrieron que podían comprar de todo, con tal de tener los medios para ello, y esa abundancia se logró varios años antes de que las potencias europeas victoriosas pudieran eliminar sus sistemas de racionamiento.

Pronto comenzaron a elevarse rápidamente los índices económicos. La producción de acero, que fue de 14.800.000 toneladas en 1936, pasó a 23 millones de toneladas en 1956 y ascendió en 1962 a 32.600.000. El sueldo medio semanal de los trabajadores llegó en 1963 a los 150 marcos, y debido a la escasez de mano de obra, casi la tercera parte del total de las personas empleadas tiene dos o tres puestos, con lo que se gana lo suficiente para comprar lavadoras, televisores y automóviles, todo lo cual abunda por doquier, o para pagarse unas vacaciones en el extranjero.

En la actualidad comienza a modificarse ligeramente este cuadro de perfecta prosperidad. Los mercados nacionales e internacionales se están acercando a su punto de satura-

ción y el alza en los costos de producción limita la ventajosa posición de que disfrutaba Alemania ante la competencia exterior. La calidad de los productos está declinando, como una de las consecuencias de la escasez de mano de obra. Además de todo esto, Alemania está asumiendo los gastos de su propia defensa (en un equivalente de 4.900.000 dólares en 1963) y de ayuda al exterior (el equivalente de 630 millones de dólares en 1962). No obstante, es muy probable que continúe aumentando su producto nacional bruto en 3,5 por ciento anual.

El propio Erhard analiza así la situación: "En los años de fabuloso progreso económico podíamos contar con aumentar nuestra fuerza de trabajo en cerca de un millón de personas anualmente, como resultado de varios años de alto índice de natalidad y a causa de la entrada de refugiados. La industria y el comercio de la Alemania Occidental están sufriendo actualmente los efectos de los años en que el índice de natalidad fue anormalmente bajo, en tanto que la muralla de Berlín ha paralizado la corriente de inmigrantes que nos llegaba de la parte oriental".

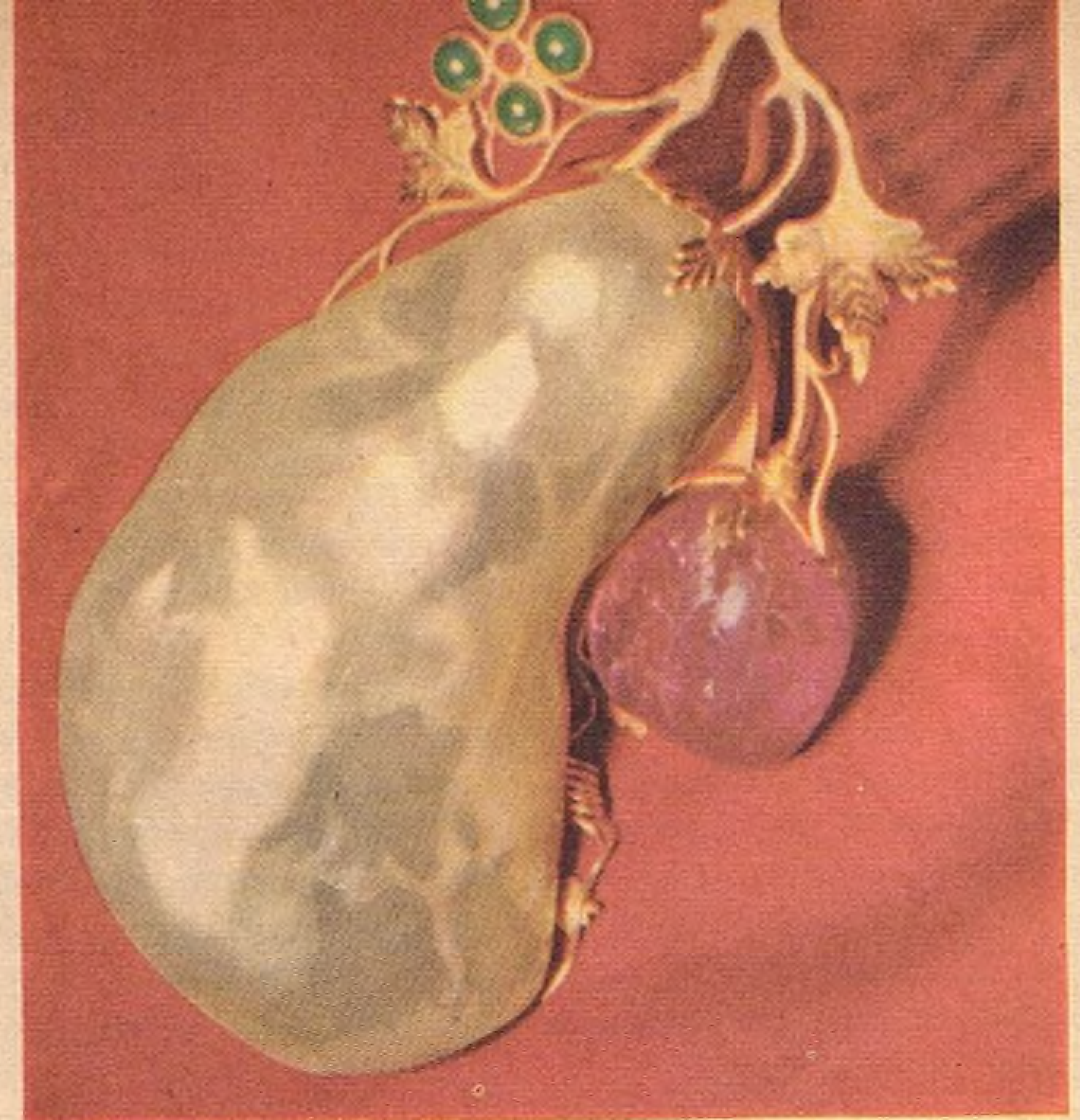
Una de las soluciones que propone Erhard es una exportación libre de toda cortapisa. Desea fervorosamente ver incluidos en la Comunidad Económica Europea al Reino Unido y los vastos mercados de la Mancomunidad británica. "Nos toca ahora", dijo en reciente ocasión, "convertir el tratado franco-alemán en instrumento de unidad europea y de cooperación atlántica".

El partido demócrata cristiano deseaba que Erhard fuese nombrado canciller, porque goza de innegable popularidad, y porque confía en que su gobierno tenga un estilo muy distinto del severo y autoritario que caracterizó al de Adenauer. "Es hora ya", dijo Erhard no hace mucho, "de restaurar en el seno del pueblo alemán la confianza en el Estado, en el orden democrático, en el imperio de la ley y en la palabra de los políticos alemanes".

En las cancillerías occidentales no se teme que Erhard modifique radicalmente el curso de la política de Adenauer. Erhard está indisolublemente unido a la alianza del Atlántico, es fervoroso creyente en la causa de la unidad europea y es hombre de firme fe democrática. Según observaba un diplomático residente en Bonn: "Adenauer ha despejado las ruinas. Ahora sus sucesores han de terminar los planos, echar los cimientos y comenzar en serio la tarea de crear una Alemania nueva".

El crítico teatral de un vespertino londinense, al hacer la reseña de una pieza llamada *Noche Horrible*, la comentó con una sola palabra: "Exactamente".

— *The English Digest*



La fabulosa "Perla de Asia" (tamaño natural), que es, según se cree, la perla fina más grande que se conoce.

La romántica historia de las perlas

POR WILLIAM Y PEGGY STEPHENS • *Condensado de "The Diplomat"*

De origen peregrino, de fascinadora suavidad de reflejos, esta obra maestra de la Naturaleza es el sueño dorado de toda mujer.

A PESAR de las constantes mudanzas de la moda femenina, las perlas han sido, siglo tras siglo, adorno favorito de la mujer de todo el mundo.

En 1962, por ejemplo, durante un paseo por la Casa Blanca, que

se llevó a cabo especialmente para ser difundido por la televisión y en que hizo de guía la esposa del presidente Kennedy, el collar de tres hilos de perlas que lucía la primera dama atrajo las miradas de casi todas las telespectadoras, quienes también notaron la circunstancia de que lo llevaba colgado modestamente bajo el cuello de su vestido sastre.

Dos mil años atrás, la entonces primera dama del Imperio Romano, Lollia Paulina, esposa del emperador Calígula, también se ataviaba con perlas al presentarse en público. Las usaba profusamente: sobre el pecho, cayéndole por la espalda, en brazos y tobillos, hasta en algún colgante fleco de sus vestiduras.

Y hay razón sobrada para que las mujeres las hayan estimado tanto en todas las épocas. La perla realza la belleza de la mujer que la lleva. Es sereno su lustre, cambiante su iridiscencia, acariciador el centelleo que ella misma parece engendrar. Por modo inexplicable, en su brillo y en su matiz influyen el vestido, la tez, se diría que hasta el estado de ánimo de la persona que se engalana con ellas.

Además, las perlas son adorno adecuado a toda ocasión. Pueden llevarse cuando se va de compras con la misma gracia que para asistir a una recepción. No simbolizan la oculta llama, sino el íntimo sosiego; reflejan, no el tumulto de la pasión, sino la placidez del afecto.

La perla es la única piedra preciosa creada por un organismo viviente. Es también una de las gemas más antiguas conocidas del hombre. No obstante, si atendemos a su formación, cabría considerarla una advenediza. En tanto que se necesitan millones de años y presiones y temperaturas elevadísimas para que se forme un diamante, una humilde ostra da vida a una perla en el trascurso de tres a cinco años.

Su composición química no tiene nada de complicado. Si estrujamos con las tenazas una perla, queda reducida a un montoncillo de cal sin valor alguno. Está constituida casi por entero de carbonato cálcico, lo mismo que un trozo de tiza. Al hombre, sin embargo, le es imposible fabricar una perla. Todo el ingenio y la técnica humanos no han alcanzado a producir la peculiar estructura cristalina que capta, descompone y esparce los rayos de la luz para prestar a la perla lustre y color únicos.

Es la perla, en realidad, el resultado del endurecimiento de la secreción con que la ostra ha ido envolviendo una partícula irritante que le fue imposible expulsar. Será esta partícula un grano de arena, una porcioncilla de lodo o de cualquiera otra cosa, hasta un huevo del mismo molusco que quedó detenido en el manto. En todo caso, la ostra empieza a cubrir la molesta partícula con una sustancia satinada: el nácar. Una materia orgánica llamada conquiolina, muy parecida al esmalte de nuestros dientes, liga

entre sí las superpuestas y finísimas capas de nácar.

Aunque casi todo molusco bivalvo puede dar perlas de cierta clase, las explotadas comercialmente son las de las ostras margaritíferas, palabra ésta que significa perla, precisamente. Las secreciones que originan la perla proceden de las mismas glándulas que forman la concha. Solamente la ostra, cuya concha se tapiza en su interior de la iridiscente sustancia conocida por madreperla, puede producir la perla fina, es decir, la natural. Ninguno de los moluscos bivalvos comestibles pertenece a esta especie. Las "perlas" que a veces se encuentran en un plato de ostras o almejas son opacas, muertas, de poco o ningún valor.

La mayor parte de las perlas finas vienen del golfo Pérsico. Todos los veranos bajan a los famosos ostreros de las islas Bahrein miles de buzos que ejercen su oficio en la misma forma primitiva ya empleada mil años antes de la era cristiana. Cada temporada de pesca rinde hasta cinco millones de perlas.

Las más de las perlas con que se comercia en la actualidad no son las naturales, sino las de cultivo, procedentes de los criaderos del Japón y menos costosas. Para obtenerlas se introducen bolitas de nácar en el manto de la ostra, a la cual se vuelve a dejar en el agua por un lapso de tres a cinco años a fin de que vaya envolviendo en secreción perlífera esos irritantes cuerpecillos extraños. Las perlas así logradas constan de menos capas de nácar que las naturales, y son, al menos en teoría, de lustre un tanto inferior. Por lo demás, sólo un perito es capaz de diferenciarlas de las perlas finas; y en más de un caso, únicamente con ayuda de los rayos X.

Las perlas de cultivo japonesas son de poco tamaño. Depende éste de las dimensiones de la bolita de nácar empleada como irritante, la cual, si es demasiado grande, ocasiona la muerte de la ostra o es expulsada por ésta. Empero, hace poco cierta empresa de Australia ha obtenido enormes perlas de cultivo utilizando para ello la madreperla gigante australiana de la especie *Pinctata maxima*. Una de esas perlas, de casi 2,5 centímetros de diámetro, se vendió en 4900 dólares, precio nunca antes alcanzado por ninguna perla cultivada.

El valor de las perlas naturales suele ser de cinco a 10 veces mayor que el de las perlas de cultivo. Aumenta considerablemente cuando las perlas van ensartadas en collares. No abundan las perlas naturales simétricas entre sí; de donde resulta que reunirlas en número suficiente para formar un collar, sea a veces obra de años.

Hay perlas finas de casi todos los colores. Lo común es que tengan más o menos el mismo de la madreperla en que se forman. En la calidad de su oriente influyen la profundidad a que se hallaba la ostra, la composición química, y aun la dieta y el estado de la salud del

molusco. Las perlas blancas son por lo general las más solicitadas; las rosadas son muy favorecidas en algunos países. Las perlas negras son verdaderas rarezas y se consideran dondequiera un tesoro.

La perla fina más grande de que hay noticia es una en forma de lágrima, de unos ocho centímetros de largo por cinco de grueso. La hallaron en 1628 unos pescadores persas. El sha Jehan, de la dinastía de los emperadores mongoles, la adquirió para su esposa Mumtaz, en honor de la cual edificaría el mausoleo del Taj Mahal y la mezquita de la Perla. Un siglo después esa gema, conocida con el nombre de la Perla de Asia, figuraba en el tesoro de Ch'ien Lung, emperador manchú de la China; a la muerte de éste, en 1799, la perla fue enterrada con él.

Robada en 1900 por unos profanadores de sepulturas, apareció 18 años después en Hong Kong, donde la adquirió, en garantía de un préstamo, el Consejo de Misiones Católicas para el Extranjero. Al no ser liquidado el préstamo, la perla fue vendida en París, después de la segunda guerra mundial, a una persona anónima. El precio no se ha dado a saber, pero se cree que fue adquirida en menos de 50.000 dólares, que era el valor aproximado que se le calculaba antes de la guerra. Por extraño que parezca, se desconoce su actual paradero.

Quedar expuestas a los rayos del sol, al agua caliente o a cambios repentinos de temperatura les es perjudicial a las perlas; igualmente las perjudican el sudor, los perfumes y los cosméticos. Después de usarlas se las debe enjugar cuidadosamente y se deben guardar siempre en un lugar seco.

Como abundan las perlas de cultivo y las falsas de bajo precio, esta gema se emplea hoy en el adorno femenino tan pródigamente como en épocas antiguas. Muchas señoras llevan hilos y más hilos de ellas. En la Costa Azul damiselas en bikini lucen sartas de perlas que, rodeándoles la garganta, descienden en cascada por la espalda. La última moda en los Estados Unidos es el sombrero de señora muy ajustado a la cabeza y hecho por entero de hilos de perlas.

No es probable, empero, que se llegue actualmente a los extremos de prodigalidad que se han visto en Asia. En la India occidental, entre las joyas del tesoro del Gaekwar de Baroda, hay un tapete de tres metros de largo por dos de ancho. Es fama que lo mandaron fabricar en el siglo XVIII para el tocador de una beldad. Hoy se conserva en una caja fuerte custodiada día y noche. Ese tapiz está hecho enteramente de hilos de perlas. Y todas ellas, que suman cientos de miles, son perlas naturales, no perlas de cultivo ni perlas falsas.

* * *

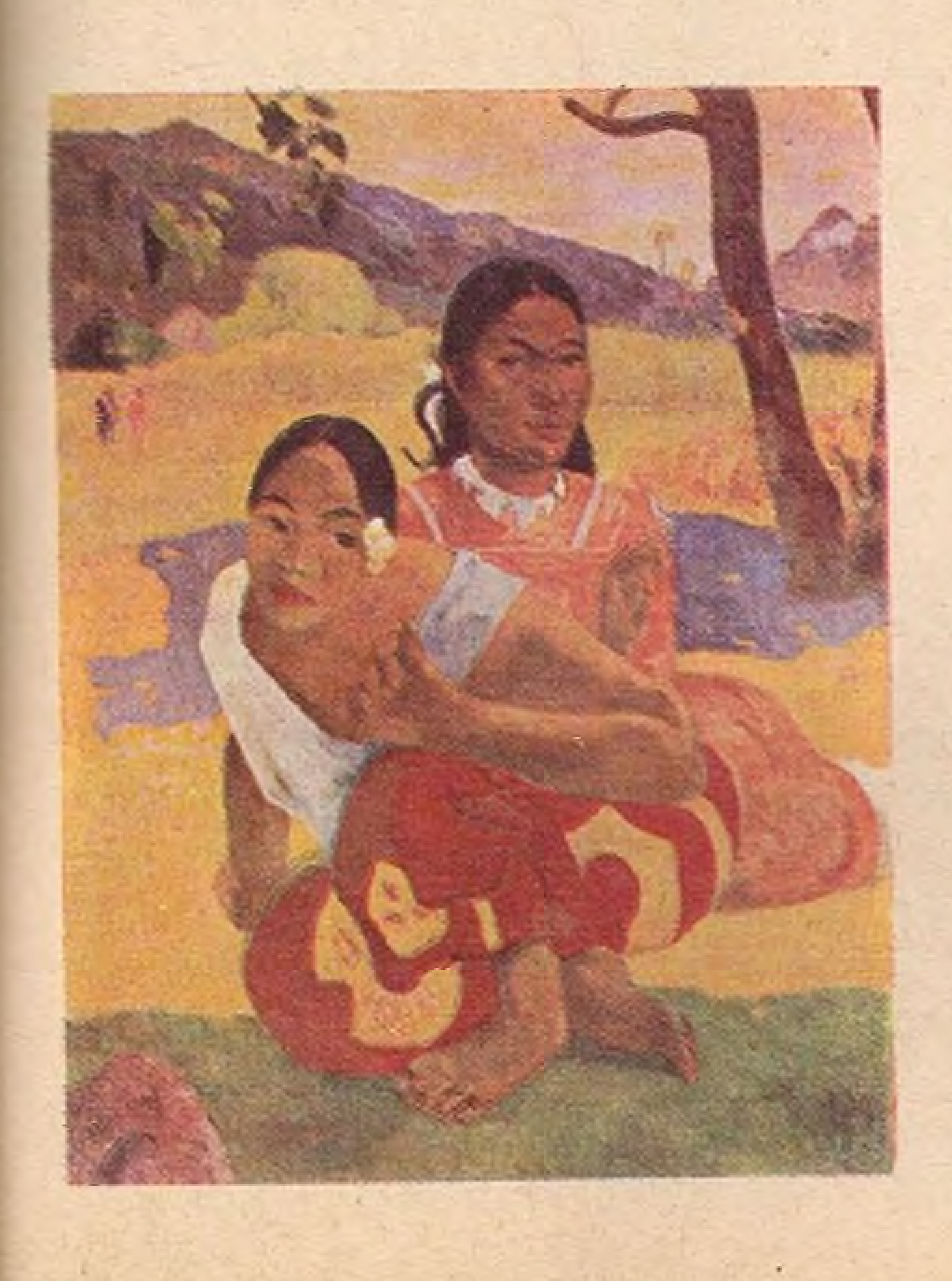
Vivimos en un mundo que se ha contraído a los límites de un vecindario, antes de dilatarse hasta formar una hermandad.

— Lyndon Johnson, vicepresidente de los Estados Unidos


Autorretrato, 1896. Reproducido de *Editions d'Art* (Albert Skira)

La vida singular de Paul Gauguin

Ya trasformada en leyenda, tan trágica como romántica, la carrera de este genio sólo tuvo una razón de ser: su absoluta dedicación al arte.



POR GEORGE KENT

AL SUBASTADOR de los cuadros le parecían realmente ridículos. Mostrando uno patas arriba, dijo con una sonora carcajada: "Aquí tienen ustedes... ¡las cataratas del Niágara!" Y lo remató por 15 francos. Otros siete vendió a cinco francos cada uno. Otro lo dejó en un franco y medio.

Aquellas telas eran obra de Paul Gauguin, que acababa de morir en las islas Marquesas,

En uno de los mejores lienzos de Gauguin, de extraordinario colorido y ejecutado en 1892, una chica tahitiana pregunta a su compañera: "¿Cuándo te casas?" ("Nafea Foa Ipoipo", título de la obra.) Colección Staechelin, Basilea.

en el Pacífico Sur, y los efectos del artista se habían sacado a pública subasta para cubrir sus deudas. Un pescador que se había encontrado tres baúles llenos de lienzos en la mísera cabaña del artista, ni siquiera se tomó el trabajo de venderlos, sino que los tiró al mar. Hoy en aquellas islas se juzga que fue éste un error que costó un millón de dólares.

Y no es exageración. En Londres, en 1959, un comisionista pagó más de 130.000 libras esterlinas por un cuadro de Gauguin. Las mejores obras del pintor son de valor casi incalculable. El maestro habría sabido ver la ironía que ello encierra, ya que en toda su vida lo que ganó con la pintura fue apenas el equivalente de unos 15.000 dólares. Recordando, empero, cuánto sufrió, las hambres que pasó y cuánto tuvo que humillarse por ejercer el simple derecho de trabajar en su oficio, la cosa no le habría divertido.

La tranquilidad económica y las comodidades, sin embargo, nada significaban para Gauguin. Lo que le importó siempre fue un ideal. Habiendo sido acaudalado corredor de bolsa, abandonó el lujo y el regalo (y finalmente hasta la sociedad civilizada) porque ansiaba pintar. En la actualidad se le reconoce como uno de los grandes pintores modernos. Van Gogh lo llamaba maestro. Picasso no oculta lo mucho que le debe. Despertó en todos los pintores un nuevo interés por el color y la forma en sí mismas.

Nació Gauguin en París en 1848, hijo de un oscuro periodista y de una dama descendiente de grandes de España. A los 17 años de edad abandonó la escuela y pasó los seis siguientes en el mar como marinero. La ruda vida de a bordo fortaleció el débil organismo del muchacho y, sobre todo, le inspiró el sueño que había de trasformar su vida. Una noche, sentado sobre cubierta, oyó a un compañero describir la vida en el Pacífico Sur: las mujeres eran hermosas y bien dispuestas; las frutas se desprendían de los árboles; el sol brillaba a diario y las noches eran bellísimas. Gauguin tomó nota de esto mentalmente y nunca lo olvidó.

De regreso en París, a los 23 años de edad, descubrió en sí mismo una habilidad bastante extraña en un artista nato: la habilidad para ganar dinero en la bolsa de valores. Se empleó en una casa de cambio, ascendió rápidamente, invirtió sus utilidades con tino, y pronto llegó a ganar 200.000 francos al año. Usaba entonces sombrero de copa, iba por las mañanas a su oficina en reluciente coche, y era conocido en todos los buenos restaurantes.

Como culminación de esta convencional carrera burguesa, se casó con Mette Gad, hija de un ministro danés. Era ésta una rubia desapasionada y práctica que vestía correctamente, daba tés elegantes para gente elegante y, con el tiempo, dio a su marido cinco hijos. Mas para entonces Paul Gauguin había descubierto la pintura.

Al principio la esposa vio complacida que su marido, tan buen proveedor, hubiera encontrado una diversión de su gusto. Nada tenía de malo que pintara como entretenimiento ocasional. Aún no sabía que para su esposo no había términos medios: o todo, o nada. Uno de sus cuadros, titulado "Estudio de desnudo" (para el cual le sirvió de modelo la sirvienta de la familia) se exhibió en público y un crítico lo llamó el mejor desnudo que se había visto de Rembrandt para acá. Tras de este comentario la carrera de Gauguin como hombre de negocios llegó a su fin. A los 35 años de edad dejó él su oficina de corredor de bolsa. En adelante no haría más que pintar.


Este apacible paisaje, "El Sena a la altura del puente de Jena", es una de las primeras obras de Gauguin, ejecutada cuando le adiestraba el impresionista Pissarro.

A la vuelta de un año había perdido toda su fortuna. Fue preciso vender la habitación familiar, con sus finísimos muebles y sus ricas alfombras. Mette se marchó a Dinamarca, donde la familia tendría por lo menos qué comer. Gauguin la siguió, pero los daneses lo despreciaban como hombre que vivía del patrimonio de su mujer y se burlaban de su pintura. Regresó a París solo y allí siguió pintando.

Mucho es lo que se ha denigrado a Gauguin, a quien se ha calificado como un vagabundo que abandonó a su mujer y a sus hijos; en realidad, él mismo consideraba que fue Mette quien lo abandonó. Casi hasta el final de su vida le escribió cartas de amor en que le rogaba que volviera a su lado. "Ámame bien", le escribía desde Tahití, quince años después de su separación, "porque cuando regrese volveremos a amarnos. Te mando un beso de amante, un abrazo de desposorio". Inútil. Ella nunca volvió con él.

El drama de Gauguin empieza con su regreso de Dinamarca a París, donde entonces vivía en escuetos y helados desvanes, vestía harapos y pasaba días enteros sin

comer. En una ocasión trabajó fijando carteles por cuatro francos diarios. Oyó decir que en Pont-Aven, en la Bretaña, había una posada cuyo dueño daba crédito a los artistas y pidió prestado el dinero necesario para marcharse allá. Sus lienzos de esta época se admiran hoy en los grandes museos del mundo: paisajes austeros, mujeres bretonas arrodilladas y cubiertas con tocas monjiles, niños desnudos que juegan en la playa. El público, empero, no hacía estimación de su obra.

Todavía sin un céntimo, Gauguin se trasladó a Arles, en el sur de Francia, a vivir con su amigo Vincent Van Gogh. La visita fue financiada por el hermano de Vincent, Theo, negociante en obras de arte, que abrigaba la esperanza de que la compañía de Gauguin pudiera ser beneficiosa para el infortunado Vincent, que estaba a punto de perder el juicio. Al principio los dos se llevaron muy bien. Gauguin hacía el aseo de la casa, cocinaba, obligaba a su amigo a ajustar su vida a un horario normal y le ayudaba en su pintura. Pero tanto el temperamento como las opiniones de los dos artistas diferían violentamente. Al fin Gauguin declaró que se marchaba.

Esto bastó para que el dominante Van Gogh, traspasando los límites de la cordura, sufriera un acceso de demencia. Aquella noche Gauguin, que paseaba por la calle, sintió pasos a espaldas suyas. Era Van Gogh que, armado de una navaja, se disponía a echársele encima. Su amigo no lo atacó, sin embargo, sino que se volvió a su casa, se cortó una oreja y se la llevó a una de las muchachas de un burdel. Posteriormente fue recluido en un hospital, pero a los dos años de estar allí se quitó la vida de un balazo.

Gauguin regresó a la Bretaña, donde se le unieron varios pintores jóvenes, a quienes daba enseñanzas que todavía repiten los pintores modernos: "Recordad que el arte es abstracción. Soñad frente a la Naturaleza, sacad de ella la esencia de lo que veis, luego pintad... Lo feo puede ser bello, lo bonito, nunca".

Gauguin aplicaba la pintura en anchas franjas planas de colores elementales, con lo que lograba una luminosidad prodigiosa. Cierta vez, a uno de sus protegidos, que insistía en emplear colores más sutiles, le gritó que no hiciera tal, que usara en cambio fuertes pigmentos contrastantes. El muchacho no hizo caso, y por segunda vez recibió un regaño. A la tercera, Gauguin sacó un revólver, lo cargó con toda calma y lo colocó sobre la mesa frente a sí. De esta manera se hizo entender.

Como era hombre de enorme vitalidad, después de un día de trabajo normal le quedaban todavía fuerzas para dedicarse a la escultura en madera y en mármol. Pintó también las paredes, las puertas y el techo de la posada, para no hablar de sus zuecos de madera, su bastón y su chaqueta de pescador.

Aún entonces, y pese a que ya algunos críticos aplaudían su obra, el público seguía considerando "grotescas" las pinturas de Gauguin. A los 42 años de edad, continuaba en la miseria.

Luego, súbitamente, anunció que se marchaba al Pacífico Sur a vivir y a pintar como primitivo. Su viejo sueño se convertía al fin en realidad. Sus amigos trataron de disuadirlo, pero él se obstinó. Con el producto de la venta de sus cuadros en pública subasta pagó el valor del pasaje.

En Tahití (corría el año de 1891) se internó en la montaña y alquiló un rústico albergue a la orilla de una laguna. Su compañera fue una muchacha aborigen cuyo rostro y cuyo cuerpo se ven reproducidos en muchos de sus cuadros.

Después de 28 meses regresó a Francia llevando consigo buen número de lienzos extraordinarios. Exhibió más de 40, pero sólo unos cuantos se vendieron, y eso entre sus viejos amigos por un total de 500 francos. Escribió un crítico: "Si quiere usted hacer reír a sus niños, llévelos a la exposición de Gauguin". Cuando leyó esto, el artista lloró.

Tristemente, a los 47 años de edad, regresó al Pacífico Sur para pasar los últimos y miserables años de su vida, primero en Tahití, luego en la remota isla de Dominica, del grupo de las Marquesas. Había contraído sífilis, enfermedad para la cual no existía entonces cura alguna; sufría también de una herida en el tobillo que no sanaba. Gauguin padecía horriblemente. "Espero aquí, como una rata metida en un tonel en medio del océano", escribía.

Solemos imaginarnos a Gauguin tendido a la sombra de un árbol del pan, rodeado de bellas polinesias que cantan y bailan para divertirlo. Si se tendía en el suelo era porque sus piernas, carcomidas por la enfermedad, no le permitían andar. Si las muchachas le cantaban era porque estaba perdiendo la vista. "Ya las luces se me están apagando", le dijo a un médico. Pese a que era el más aseado y cuidadoso de los hombres, murió en 1903, en una indecente choza de cañas, solo, sin poder valerse por sí mismo, junto a su último lienzo: un nevado paisaje en la Bretaña. ¡Extraño tema para haberlo pintado en el paradisiaco Pacífico Sur!

Años después de su muerte, cuando su nombre, como el del desdichado Van Gogh, se había convertido en leyenda, empezó la arrebatiña por sus cuadros. Los coleccionistas los encontraron en tabernas, burdeles y hospederías. Gauguin los había cedido a cambio de una botella de vino, un día de hospedaje, un instante de placer. Por lo general estaban arrumbados en las buhardillas o en los sótanos, porque sus propietarios no creían que valiera la pena colgarlos. En Bretaña los habían utilizado como tapetes para el piso o los habían recortado y cosido para hacer zapatos de lona.

El novelista Somerset Maugham encontró el famoso Gauguin de su propiedad en la puerta de un cuarto donde el pintor había dormido. Presa al parecer de un súbito deseo de pintar y no disponiendo de un lienzo, Gauguin había cubierto el vidrio de la puerta con mágicos colores, como sólo él sabía hacerlo.

Poco tiempo antes de su muerte, el artista trató de explicar, en profesión escrita de su fe, el sentido de su extraña y trágica vida: "El arte tiene origen divino", decía, "y vive en el corazón de todos aquellos que han sido tocados por su luz celestial. Habiendo probado el deleite de las grandes obras de arte, queda uno consagrado a él inevitable y eternamente".

¿Acaso podía haberlo explicado con mayor claridad?



Otro idioma. En Inglaterra se ha editado un libro que lleva por título *Sixteen*, cuyo objeto es explicar a los adolescentes de ambos sexos cómo piensan sus padres. Cuando el papá o la mamá exclama: "¡Bonita hora de llegar a casa!" ha querido decir: "Nos has tenido muy preocupados. ¿Por qué no dices que piensas retrasarte? Así no nos tendrías en ascuas toda la noche pensando en las desgracias que pueden haberte sucedido".

Cuando el papá o la mamá dice: "No sé qué va a ser de los jóvenes de hoy", en realidad significa: "Por favor, dime algo más sobre tu manera de sentir y pensar, porque hoy las cosas son muy distintas y es angustioso no poder comprender a los seres queridos". —UPI

Feliz aniversario

Día A, menos 5: "Federico, ¿qué pasaría con Juan Mata? No lo he vuelto a ver desde el día de nuestra boda, la semana que viene hará diez años".

Día A, menos 4: "Esta misma cacerola fue la que me regalaron las muchachas de la oficina poco antes de nuestro matrimonio hace diez años".

Día A, menos 3: "No se ve que los años hayan pasado por ti desde que nos casamos, hace casi diez. Y yo, querido, ¿te parece que he envejecido?"

Día A, menos 2: "Mira, Federico: todavía me viene bien el traje de novia".

Día A, menos 1: "¿Te acuerdas lo nervioso que estabas la víspera de nuestro matrimonio, hoy hace justamente diez años?"

Día A: "¿Un regalo para mí? ¡Federico! ¡Te *acordaste*! —B. S.



Enriquezca su vocabulario

POR CARLOS F. MAC HALE

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

LA MITOLOGÍA trata de los dioses, héroes, monstruos, etcétera, de todos los pueblos del universo, y de las creencias, supersticiones y temores que la fantasía gentílica fue creando a lo largo de los siglos. Las creencias y los mitos del pasado han dejado sus rastros en el lenguaje, como el lector lo verá demostrado, aunque en pequeña escala, en la página siguiente.

1) **ateneo** — A: incrédulo. B: colegio. C: asociación. D: de Atenas.

2) **atlante** — A: monserga. B: mar. C: dios de las aguas. D: estatua.

3) **bacanal** — A: orgía. B: sacerdotisa de Baco. C: vasija. D: borracho.

4) **brahmanismo** — A: secta. B: espíritu. C: oposición al materialismo. D: religión.

5) **delfín** — A: tonina. B: saurio. C: morsa. D: caballo marino.

6) **elfo** — A: animalejo. B: diablillo. C: osezno. D: felpa.

7) **erótico** — A: amatorio. B: concubinato. C: errático. D: concupiscente.

8) **flora** — A: floresta. B: conjunto de plantas. C: floreo. D: ramo de flores.

9) **galaxia** — A: término de física. B: de medicina. C: de astronomía. D: de cinemática.

10) **heleno** — A: ateniense. B: del monte Parnaso. C: espartano. D: griego.

11) **hispano** — A: hispalense. B: español. C: lusitano. D: godo.

12) **lares** — A: alma. B: parientes. C: morada. D: vecindad.

13) **lúnula** — A: parte de la Luna. B: del cielo. C: del Sol. D: de la uña.

14) **medusa** — A: pólipo. B: molusco. C: anfibio. D: anélido.

15) **silfo** — A: espíritu del fuego. B: del agua. C: del aire. D: de los bosques.

16) **silvano** — A: ogro. B: hechicero. C: sátiro. D: semidiós.

17) **tifón** — A: bólido. B: huracán. C: sedición. D: volcán.

18) **unicornio** — A: clarinete. B: buey sagrado. C: caballo fabuloso. D: toro mitológico.

19) **vestal** — A: doncella. B: sirena. C: ninfa. D: Venus.

20) **vulcanización** — A: tratamiento por maceración. B: por desintegración. C: por electrización. D: por calentamiento.

RESPUESTAS A "ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(Véase la página anterior)

1) **ateneo** — C: nombre de algunas asociaciones científicas o literarias. Viene esta voz de *Atenea*, nombre griego de Minerva, la hija de Júpiter y diosa del pensamiento, la inteligencia y la invención.
2) **atlante** — D: estatua que hace de columna. *Atlante* era un gigante de la mitología griega.
3) **bacanal** — A: orgía tumultuosa. Del latín *bacchanal*, fiesta que los gentiles celebraban en honor de Baco.
4) **brahmanismo** — D: religión de la India que reconoce a *Brahma* como dios. *Brahma* es el creador supremo, el primero de la trinidad hindú.
5) **delfín** — A: el cetáceo carnívoro llamado tonina. Para los griegos el *delfín* era el símbolo de Apolo Délfico, que cabalgaba en uno de estos cetáceos.
6) **elfo** — B: espíritu mitológico que vivía en las cuevas, bosques, etcétera. Eran los *elfos* feos y deformes y tenían poder mágico para hacer el mal.
7) **erótico** — A: amatorio, amoroso: poesía *erótica*, drama *erótico*. El dios *Eros* de los griegos era el Cupido de los romanos.
8) **flora** — B: conjunto de las plantas de una región. (Del latín *Flora*, diosa de las flores.) Los romanos instituyeron en su honor los Juegos Florales.
9) **galaxia** — C: la Vía Láctea. (Del griego *gala*, *galaktos*, leche.) Los antiguos creían que por ella pasaba Júpiter para entrar en el Olimpo.
10) **heleno** — D: griego, aplicado a persona. (Del griego *Hellen*, *Héllenos*.) El adjetivo, helénico. (Del griego *Hellenikós*.) *Helena* era hija de Zeus y Leda, hermana de Cástor y Pólux, y esposa de Menelao, rey de Esparta.
11) **hispano** — B: español / hispanoamericano. (Del latín *hispanu*, español.) *Hispano* era hijo de Hispalo, que dio a España su nombre.
12) **lares** — C: casa propia y hogar. Para los romanos los *lares* eran los espíritus de sus antepasados, que revoloteaban por la querencia para hacer el bien.
13) **lúnula** — D: espacio blanco de la raíz de las uñas. (Del latín *lunula*, diminutivo de luna.) En la mitología antigua la *Luna* era la divinidad bienhechora y mujer del Sol.
14) **medusa** — A: animal marino con el cuerpo en forma de campana, provisto de tentáculos. (De *Medusa*, monstruo de la mitología griega. Era *Medusa* mujer de mirada cruel y en la cabeza tenía, en vez de pelo, un haz de serpientes.)
15) **silfo** — C: espíritu elemental del aire. De esta palabra viene *sílfide*, ninfa del aire.
16) **silvano** — D: semidiós de las selvas, deidad campestre relacionada con Fauno.
17) **tifón** — B: huracán en el mar de la China. *Tifón* era el genio mitológico engendrador de los huracanes y de los humos de los volcanes.
18) **unicornio** — C: caballo fabuloso con un cuerno en la frente.
19) **vestal** — A: relativo a *Vesta*, doncella consagrada a esta diosa, que simbolizaba para los antiguos la santidad de la vida doméstica.
20) **vulcanización** — D: tratamiento de diversas materias que originalmente se hacía por medio del fuego. (*Vulcano* es el dios del fuego.)

Calificación

20 respuestas acertadas . . .	sobresaliente
15 a 19 acertadas	notable
12 a 14 acertadas	bueno
9 a 11 acertadas	regular

Por todas partes están levantándose nuevos hoteles de lujo en número sin precedentes y su efecto en los países en que se han establecido es prodigioso.

Titanes de la industria hotelera

POR IRA WOLFERT
Condensado de "Travel"

Es algo tan increíble como si los buques trasatlánticos salieran de una línea de montaje. En 1963, con pocas semanas de intervalo, 24 resplandecientes y deslumbradores hoteles abrieron sus puertas. En el planeamiento y construcción de cada uno de ellos se emplearon de cuatro a nueve años. Viajando alrededor del mundo para ver personalmente estos nuevos establecimientos, me encontré con que la cosecha del año pasado no es más que el comienzo de la más extraordinaria racha de construcción de hoteles jamás vista en el mundo.

Hawaii, San Francisco, Washington, Montreal, Nueva York, Londres, Roma, París, Hong Kong y Tokio: todas las famosas escalas



Acapulco Hilton (México)

en las vías internacionales de comunicación aérea, participan en la empresa o pugnan por participar en ella. Y, como éstas, lo hacen también otras ciudades, para localizar las cuales tendrá el lector que echar mano de un atlas: Kuala Lumpur, Abiyan, Yakarta, Nicosia, Addis Abeba, Eilat, Ammán y Rabat.

Solamente en Egipto hay 40 nuevos hoteles en construcción, y 16 en la pequeña Israel. De la Riviera, desde España hasta el extremo de la bota italiana, se ha apoderado el mismo frenesí que experimentó la Florida en la década de 1920 a 1930. En Tokio, además de tres nuevos gigantes abiertos en los últimos 18 meses, conté 14 hoteles cuya construcción se está acelerando a fin de terminarlos a tiempo para los Juegos Olímpicos que tendrán lugar este año.

Todo ello es consecuencia del increíble auge del turismo. Comentaba un hotelero: "Estamos disfrutando de una epidemia de *aeroturitis*, cuyas víctimas irrumpen por la puerta sin darnos siquiera tiempo a barrer la habitación".

Al parecer ningún lugar se halla inmune. Hasta Saigón, cuyos aledaños se siguen viendo intermitentemente ensangrentados por la salvaje guerra de Vietnam del Sur con los comunistas, ya ha emprendido negociaciones para que allí se levante un Hilton; Berlín tiene ya uno que domina la muralla comunista. Yugoslavia, único país comunista que atrae afluencia considerable de turistas procedentes del mundo occidental, ha invitado a la Compañía Hotelera Intercontinental, filial de la Pan American World Airways, a erigir un rascacielos en Zagreb.

Mi viaje, en el que recorrí más de 50.000 kilómetros, superó a cuanto puedan describir los multicolores prospectos de turismo. En Honolulú encontré que las vasijas para lavarse los dedos se adornan con orquídeas. En Tokio cené alumbrado por los reflejos de tres millones de perlas cultivadas. En el hotel en que me hospedé en Hong Kong, la

Hotel Macuto-Sheraton (Venezuela)



piscina, de dimensiones olímpicas, era como una inmensa esmeralda en un exótico jardín situado a 25 pisos de altura. En Beirut, viendo el cuarto de baño de un apartamento de hotel destinado a albergar a los príncipes petroleros árabes, resultaba difícil saber si, para reparar una avería, había que llamar un fontanero o un joyero, pues todos los ornamentos e instalaciones eran de oro. En Atenas vi un hotel con 480 bañeras de mármol en 480 cuartos de baño también de mármol, a más de 480 balcones de mármol blanco.

En Tel Aviv (Israel), en cualquier punto del paseo de la playa del Parque de la Independencia donde uno se detenga, puede ver un compendio de la fantástica ostentación que impera hoy en todo el mundo. En un extremo del parque hay un hotel que pudiera creerse que había sido trasportado íntegro desde el barrio más lujoso de las playas de Miami. En el opuesto se levanta otro hotel cuyo vestíbulo embarga el ánimo, pues reliquias de los tiempos anteriores a Jesucristo decoran sus muros. Realzado con butacas semejantes a las que usaban los antiguos hebreos, ese vestíbulo evoca algún lugar en que los reyes judíos pudieran haber recibido a su corte por los días de que nos habla la Biblia. Entre esos dos hoteles se construye un tercero que tendrá 20 pisos y tantas habitaciones como los dos primeros juntos. Un hotel que ofrece cuanto sus administradores creen que el viajero considera lo mejor de Norteamérica, otro que le brinda lo mejor entre lo que es propio del país que el viajero ha venido a visitar, y un tercero, aún mayor, que se construye para alojar a los que no hallen cabida en los anteriores . . . Esto es, en una palabra, lo que está ocurriendo en todas partes.

Las empresas Hilton, Sheraton e



La ceremonia del té, en el Tokio Hilton

Intercontinental administran los hoteles que visité en este viaje, pero cada uno de ellos, en su mayor parte, es de propiedad local. En los países menos desarrollados la mejor parte de las inversiones proviene del gobierno. La administración funciona, por lo general, mediante un convenio por el cual obtiene una tercera parte de los beneficios brutos del negocio.

Cada una de las partes contribuye con algo. "Nuestra idea", me dijo cierto propietario, "era instalar aquí un rincón de Norteamérica. Pero Hilton nos dijo que hiciéramos del lugar un escaparate de lo mejor que tenemos en nuestro país y que lo norteamericano lo brindá-

ramos en instalaciones sanitarias".

Con tales instrucciones, el grupo propietario puede hacer su propia aportación. Con respecto al mármol del Hotel Atenas Hilton, por ejemplo, el administrador me explicó: "Aquí hubiera costado el doble utilizar la loseta sintética que los norteamericanos ponen en sus cocinas". En Grecia sólo el *terrazzo,* o mosaico veneciano, aventaja al mármol como el más económico de los revestimientos para pisos.

La economía interna explica también los tres millones de perlas cultivadas que adornan las arañas del



Hotel Fenicia, en Beirut (Líbano)

salón de baile del Hotel Tokio Hilton. En el Japón se cultivan las perlas con tal abundancia que a veces se arrojan al mar las que presentan algún defecto. Cuando los cultivadores de perlas del Japón vieron la oportunidad que se les ofrecía para exhibir y propagar su preeminencia en la industria, se mostraron más que dispuestos a deshacerse de sus excedentes y los entregaron al hotel, donde se podrían disimular sus defectos montándolas con cuidado.

En la mayoría de los países, pocos de los hoteles de las grandes ciudades habían aprendido a obtener beneficios de la cocina; sólo ganaban con el bar. Ahora, Hilton, antes de dar a un cocinero mayor el mando de las cocinas de uno de sus establecimientos, lo hace asistir a un curso en el Hotel Queen Elizabeth, de Montreal. "Tenemos mucho cuidado de no ofender su orgullo artístico", me dijo el vicepresidente encargado de alimentos y bebidas de la empresa Hilton International. "Sólo es cuestión de practicar una técnica adecuada en las compras y la carnicería y de medir debidamente las porciones. Hoy obtenemos en nuestras cocinas el doble de ganancia que en los bares".

En mi viaje alrededor del mundo me detuve en Los Ángeles para hablar con Conrad Hilton. Esto es casi tan solemne como lo era el hablar con Henry Ford, porque el nombre de Hilton es ya sinónimo de "hotel" a tal punto que la gente sólo piensa en uno de estos establecimientos cuando se menciona a aquél. Este apuesto y atlético pelirrojo que, a los 76 años de edad, todavía conserva el aspecto y el proceder de un muchacho campesino (se crió como hijo de un tendero en el rústico pueblecito de San Antonio, en Nuevo Méjico) tiene desperdigadas por todo el hemisferio

occidental, Europa, África, Australia y el Extremo y Medio Oriente más alcobas —47.144— que una ciudad populosa. Están situadas en 78 hoteles, la mayoría de los cuales se hallan ya en plena actividad, y los otros en construcción.

Es esta una obra que excita la imaginación por algo más que su mera magnitud. Un día, sentado en el balcón de mi habitación del Royal Teheran, el más alto edificio de la capital del Irán, contemplaba yo un extraño espectáculo. En una dirección pasaba un rebaño de cabras, cuyo pastor iba pregonando su mercancía. Pocos minutos más tarde cruzaba en sentido contrario una caravana de camellos. El espectáculo me recordaba las fotografías vistas en la prensa por los días que siguieron a la terminación de la segunda guerra mundial, fotografías que mostraban grandes aeroplanos modernos retratados contra el fondo de algún primitivo paisaje. Hoy son los grandes hoteles modernos los que se levantan contra esos mismos fondos.

Tal trasformación requiere gran esfuerzo. Un hotel no es un mero alojamiento pasajero. "Hay que proyectarlo", explica Emmanuel Gran, arquitecto-jefe de Hilton, "para que, funcionando como un hospital, proporcione prontamente una variedad de servicios incluso a las habitaciones más distantes".

Cuando bajé al sótano del Nile Hilton de El Cairo, me encontré con el equivalente de la sala de máquinas de un trasatlántico en plena actividad. De allí se eleva, como una chimenea de 14 pisos de altura, una gigantesca columna que contiene la mayoría de los ascensores y servicios del hotel.

Recorriendo las hormigueantes calles de aquella ciudad subterránea vi talleres de tapicería y carpintería, un taller para reparar sábanas y hacer y ajustar uniformes, una imprenta para hacer menús y avisos, una fontanería, un taller de aparatos eléctricos, otro mecánico, un almacén donde se guardan los repuestos de los 100 vasos y 50 platos que se rompen en un día ordinario, una lavandería rápida en que diariamente se lavan y planchan 5000 sábanas, fundas de almohada y toallas, además de prestar a los huéspedes los servicios ordinarios de lavado y limpieza de ropas.

El efecto causado por estos hoteles en los países donde se han erigido es prodigioso. Veamos un ejemplo:

El emplear jóvenes instruidas coco camareras, no tenía precedente en Egipto, pero Hilton insistió en contratarlas para su café Ibis. Tal cosa puso en un brete al jefe de personal, Mustafá Omar el Tantahui. Dos meses de anuncios diarios en todos los periódicos de El Cairo dieron por resultado una sola solicitud de empleo. Pero esta joven dio a Tantahui los nombres de sus amigas, y éstas a su vez los de las suyas.

Tantahui fue de casa en casa a insistir personalmente con los padres de las jóvenes y apelar a su patriotismo (el Nile Hilton es en

gran parte propiedad del gobierno de Nasser, al igual que otras importantes empresas de Egipto). Prometió hacer guardar estrictamente a las muchachas con ayuda de damas respetables, proporcionarles uniformes decentes, trasporte particular entre su casa y el lugar de trabajo, y un sueldo de 6500 piastras mensuales, es decir, el triple de lo que ganarían por trabajar para el gobierno. A la larga se logró persuadir a 32 jóvenes a hacer la prueba.

La innovación superó toda oposición cuando Afaf Abú Alí, de 22 años y límpidos ojos castaños, sorprendió a un cliente con la mirada fija en ella mientras le servía un plato de *shish-kebab*. El cliente, Dr. Yehia Omar Khalid, le preguntó: "¿Qué le parecería venir a Kuwait a trabajar para mí, como esposa mía?"

Una semana más tarde Afaf, convertida ya en la señora de Khalid, volvía al mismo hotel para el banquete nupcial. Desde entonces 19 de las 32 camareras contratadas originalmente han contraído matrimonio con hombres a quienes conocieron como clientes en el café Ibis, hecho que se ha divulgado por todas partes. En consecuencia, Tantahui tiene ahora 40.000 solicitudes de empleo entre las cuales escoger para cubrir vacantes. Según expresión de un agente matrimonial egipcio: "Ya los padres de familia han comprendido que la mercancía guardada en casa no encuentra comprador".

En los países menos desarrollados el deseo de prosperar ha recibido un ímpetu enorme. Una vez abiertos en el curso del presente año, los hoteles hoy en construcción en Hong Kong brindarán 7000 nuevas oportunidades de trabajo en esa sola ciudad.

Allí, el Hotel Mandarín, de la Hotelera Intercontinental, está haciendo un esfuerzo para reservar parte de esos empleos para refugiados de China comunista entre los 14 y 20 años de edad. Estos mozos y muchachas, habituados al uso de sus típicos palillos, tienen que empezar por aprender lo que es un tenedor. Sin embargo, el hotel ha organizado una escuela para adiestrar en las tareas hoteleras a 500 de ellos cada seis meses.

Además de nuevas oportunidades para el ciudadano común, los grandes hoteles llevan a los países donde se establecen buena parte de los beneficios económicos del turismo. El Istambul Hilton, por ejemplo, dio a ganar al gobierno turco, en 1962, 20 millones de liras.

No obstante, la obra más importante de estos resplandecientes palacios acaso consista en la forma en que estimulan el entendimiento entre diferentes culturas.

Los nuevos hoteles, orgullosos escaparates de la magnificencia del país al que sirven y de la eficiencia de su administración, constituyen una fuerza, de valor aún no calculado, para el fomento de la amistad entre los pueblos de este globo nuestro, que cada día se reduce más.

Me restablecí de una apoplejía

Relato de lo que se suele experimentar en un ataque de apoplejía y el grado de recuperación que cabe esperar después de un accidente que antes sólo dejaba inválidos

Por James Winchester
Condensado de "Family Weekly"

El primer sábado del año pasado me desperté pronto, antes del amanecer, y al intentar echarme fuera de la cama sentí como pesado el lado derecho del cuerpo. Quise levantar el brazo y la pierna de este lado y casi llegué a creer que eran de madera. Agarrándome a donde pude, logré ponerme de pie y llegar tambaleándome al cuarto de baño, y allí me apoyé en la puerta completamente agotado.

No tenía miedo, pero me sentía desconcertado. ¿Qué es lo que me pasa? me preguntaba a mí mismo. Al principio pensé que el brazo y la pierna se me habían "quedado dormidos", pero no tenía sensación de hormigueo ni de pinchazos.

Torpemente, casi cayéndome, volví dando traspiés a la cama y me dejé caer sentado en ella. No tenía dolor, sólo un inmenso cansancio. Di con el codo a mi mujer, que somnolienta me preguntó si me sucedía algo. Al tratar de explicárselo, me percaté de que me era difícil hablar, no porque fuera incapaz de expresarme, sino porque sentía como si tuviera que formar las palabras antes de pronunciarlas. Era como intentar hablar con los labios hinchados por un fuerte golpe en la boca.

Ya bien despierta, mi mujer telefoneó al médico. Cuando éste llegó una hora después, la mano y el brazo derechos estaban completamente paralizados y apenas podía mover los dedos del pie. A la sensación de agotamiento que experimentaba se añadió una creciente ansiedad, una desazón agobiante e indefinida.

Había sufrido un ataque de apoplejía; no obstante, puedo congratularme de que me diera en esta época. De ocurrirme sólo unos 12 años antes, mi porvenir habría sido muy sombrío: invalidez permanente y palabras de consuelo. Hoy se puede ser más optimista. Tan sólo ha trascurrido un año desde que tuve el ataque y estoy a punto de restablecerme del todo. Trabajo la jornada completa, hablo sin esfuerzo, camino casi normalmente y he recuperado las tres cuartas partes del movimiento de los miembros paralizados.

Antes del ataque creía, como las más de las personas, que la apoplejía afectaba principalmente a los ancianos. Pero sólo tengo 45 años y hoy sé que en los individuos de mi edad es común este accidente. Las actividades que exigen gran tensión del ánimo y de la mente, a las que con tanta frecuencia se atribuyen estos accidentes, tienen en realidad poca relación con ellos. Sólo el 3,5 por ciento de varios centenares de apoplejías estudiadas en el Centro Médico Bellevue de la Universidad de Nueva York se produjeron en personas que podrían considerarse sometidas a grandes esfuerzos síquicos o emocionales. Entre las víctimas de la apoplejía, las mujeres dedicadas al hogar forman un grupo cuatro veces más numeroso que los profesionales.

No es muy preciso el significado del vocablo "apoplejía", pues con él se denomina el conjunto de síntomas que resultan de los llamados accidentes vasculoencefálicos, es decir, como consecuencia de los obstáculos a la circulación cerebral (en el mismo cerebro o fuera de él) por hemorragia, estenosis de vasos arterioscleróticos o coagulación intravascular. Unos cuantos minutos de interrupción del flujo sanguíneo bastan para provocar la muerte de la zona afectada del cerebro (la sangre trasporta el oxígeno vital para los tejidos) y suprimir las funciones que rige: movimientos de las extremidades, lenguaje y memoria. Si son lesionados los tejidos del lado izquierdo del cerebro, se paraliza el lado derecho del cuerpo, y la parálisis del lado izquierdo corresponde a lesiones del hemisferio cerebral derecho. La magnitud de los trastornos depende de la zona lesionada y de la extensión de ésta. La función del lenguaje está regida por una zona de tejido nervioso de unos 17 mm. de diámetro, denominada "centro de Broca". Cuando la lesión de este centro es leve, sólo se produce un ligero defecto en la articulación de las palabras, que de ordinario desaparece en unos cuantos días, como me sucedió a mí.

En el Northern Westchester

Hospital, en Mt. Kisco (Nueva York), a donde fui trasladado en ambulancia desde mi domicilio, los especialistas determinaron la causa de la apoplejía: la hipertensión arterial que había soportado durante años rompió un segmento debilitado de una de las arterias del cerebro. Como no llegué a perder el conocimiento, y mi dicción, aunque confusa, no estaba gravemente afectada, los médicos dedujeron que la hemorragia no había sido extensa y que la Naturaleza había comenzado ya el proceso de reparación de la pared vascular. Esto fue confirmado por la ausencia de sangre en el líquido cefalorraquídeo.

Hasta hace unos cuantos años, la mayoría de los médicos abrazaban la opinión de que la causa de las apoplejías, como la que yo sufrí, eran siempre lesiones de las arterias del cerebro. Pero en los primeros años del decenio de 1950 el Dr. C. Miller Fisher, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard, descubrió en el estudio de 432 autopsias rutinarias que, en un 10 por ciento de los casos, la estenosis de una o las dos carótidas, o la presencia de un coágulo, impedía la alimentación de los tejidos cerebrales. De lo anterior se desprendía que muchos ataques de apoplejía son causados por la oclusión inadvertida de una o más de las cuatro arterias cervicales que riegan el cerebro. En mi caso se descartó rápidamente esta posibilidad al demostrarse que la tensión sanguínea en los vasos del cuello era normal. Para los casos en que son las arterias del cuello las que están afectadas, tenemos hoy nuevas técnicas quirúrgicas de brillantes resultados.

Poco después de haber demostrado el Dr. Fisher que no todas las apoplejías se originaban por lesiones de los vasos del cerebro, se obtuvo una sustancia radio-opaca y atóxica que puede inyectarse en el aparato circulatorio. Con un equipo de rayos X de exposición muy breve es posible seguir en las arterias el curso de este medio de contraste, el cual produce en las radiografías en negativo una imagen blanca que desaparece donde hay una obstrucción u obstáculo.

Este método de diagnóstico permitió al Dr. Michael DeBakey, de la Universidad Baylor, perfeccionar un procedimiento quirúrgico para extraer los coágulos que obstruyen las arterias: extirpa el coágulo graso que reduce la luz de la arteria y pone después una especie de parche de dacrón. Cuando la obstrucción es muy extensa, en vez de cortarla, desvía el paso de la sangre por un vaso artificial de dacrón. Desde 1954, el Dr. DeBakey y sus colaboradores han operado a varios cientos de víctimas de apoplejía con obstrucción de las arterias del cuello o de la parte superior del pecho; en la actualidad se practica este tratamiento quirúrgico en 20 grandes hospitales para comparar sus resultados con los del tratamiento médico de la apoplejía.

Pero los progresos de mayor im-

portancia práctica en el tratamiento y profilaxis de la apoplejía se han hecho en el campo de la terapéutica medicamentosa con nuevas sustancias, unas que impiden la coagulación de la sangre y otras que disminuyen la tensión sanguínea en los hipertensos. En un reciente informe presentado a la Asociación Norteamericana de Lucha contra las Enfermedades del Corazón, se admite que los hipotensores han hecho descender en un 22 por ciento la mortalidad por apoplejía en los varones norteamericanos de raza blanca, entre los 45 y los 64 años de edad. Los anticoagulantes aumentan en 33 por ciento las probabilidades de supervivencia en los que sufren este accidente, según se deduce de las observaciones efectuadas durante cinco años en el centro médico Cornell del Hospital de Nueva York y el de Bellevue de la Universidad de Nueva York. En la Clínica Mayo parece haberse comprobado que el tratamiento medicamentoso de casos diagnosticados como apoplejía incipiente, redujo en un 36 por ciento la frecuencia de los ataques producidos por coágulos.

Hace dos años, cuando la tensión arterial me subió hasta 200 y tuve que hospitalizarme por unos días, me prescribieron los nuevos medicamentos para hacerla descender, evitar sus ascensos súbitos y mantenerla, hasta donde sea posible, dentro de los límites normales. Resultaron eficaces, pero me deprimían mucho y, contra la opinión del médico, los abandoné. La tensión arterial volvió a elevarse mucho y el ataque de apoplejía fue la consecuencia de mi desidia. Ahora los tomo otra vez —dos tabletas del tamaño de las de aspirina por día— y estoy decidido a seguir tomándolos.

Los que han sufrido un ataque de apoplejía sabrán de los milagros de la fisioterapia. Si la rehabilitación se comienza pronto, la apoplejía ya no significa el fin de la vida activa de una persona. El ejercicio de los músculos aparentemente inútiles ha de comenzarse sin dilación, porque la inactividad acarrea más perjuicios que las lesiones producidas por el accidente vascular. Al principio, los músculos y nervios de las regiones paralizadas están en el mismo estado que siempre, y sólo se hallan afectados los centros de inervación en el cerebro. Pero los músculos y nervios se deterioran rápidamente cuando el enfermo se mantiene inmóvil. También se producen otros fenómenos: la circulación se hace más lenta, el calcio abandona los huesos y el paciente se hace en poco tiempo a la idea de que es un inválido y se comporta como tal.

A las 24 horas del accidente me sentaron en la cama y, aunque tenía completamente paralizada una pierna, al otro día ya estuve de pie, naturalmente con la ayuda necesaria. El mismo día, y cada dos o tres horas, el fisioterapeuta del hospital comenzó a darme ligero masaje en los músculos que no movía o ape-

nas podía mover por mí mismo. Antes de que terminara la semana, me ayudaban a cruzar la habitación hasta el cuarto de baño. Todos los días me sentaba en una silla mientras me hacían la cama.

El Dr. Howard Rusk, director del Instituto Bellevue de Medicina Física y Rehabilitación de la Universidad de Nueva York, a donde fui trasladado para someterme a fisioterapia intensiva diez días después de haber sufrido la hemorragia cerebral, dice que "si la fisioterapia se comienza en la primera semana de la apoplejía, la mayor parte de los pacientes pueden andar y valerse por sí mismos en un plazo de seis a ocho semanas, y en algunos casos antes".

Durante mi enfermedad aprendí que lo mejor que pueden hacer los parientes del apoplético es no tratarlo como inválido. Mi esposa, bendita sea, da por sentado que yo soy capaz de hacerlo todo. Pero se las arregla de manera que siempre da la casualidad que está cerca cuando quizá pudiera necesitarla; así, por ejemplo, cuando me pongo la camisa resulta tan *natural* que, de pasada, me ayude a abrocharme el botón de la mano izquierda, que no experimento la sensación de no poderme valer por mí mismo. Y esto es muy importante.

El restablecimiento de un ataque de apoplejía no es fácil ni para el paciente ni para su familia. El paciente quizá tenga buen aspecto y se sienta bien, pero, si se ha destruido una zona de sustancia cerebral, sólo la naturaleza y el tiempo pueden adaptar nuevos tejidos para que desempeñen las funciones de aquélla. Y hasta que este proceso se realiza, hay predisposición a los trastornos emocionales. Por ejemplo, durante el período de restablecimiento, los apopléticos, casi sin excepción, se manifiestan irritables, malhumorados y propensos a las lágrimas.

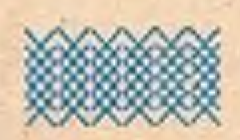
El Dr. Rusk me tuvo a su cuidado más de dos meses, y todavía hoy paso dos horas diarias, tres veces por semana, en el Departamento de Fisioterapia del hospital. Reconozco que tuve mucha suerte al poder ser tan bien atendido, pero, con disciplina, se obtienen excelentes resultados en casa. Sin embargo, hay que abstenerse de hacer ejercicios sin instrucciones concretas o sin ser examinado a intervalos regulares por el médico.

Los muebles y objetos del hogar son de mayor utilidad para ejercitarse que los costosos aparatos de fabricación especial. Mis primeras prácticas de andar las hice utilizando los respaldos de dos sillas: las deslizaba por el linóleo de la cocina con el mismo ritmo con que se mueven normalmente los brazos al andar. "Son mucho mejor que las muletas", opina el Dr. Rusk.

El abrir una lata de conservas es un buen ejercicio para fortalecer los músculos del antebrazo y de la mano. También juego a las cartas todas las noches. Al principio me era imposible recoger los naipes de la mesa con mis débiles dedos, y

mucho menos sostenerlos en la mano. Ahora, en cierto modo, puedo barajarlos. Otra de mis actividades es la caligrafía con la mano paralizada: dedico varios minutos a trazar los óvalos y palotes que hacía en la escuela elemental. El sencillo acto de andar, pero particularmente subir y bajar escaleras, es el mejor tratamiento para la pierna paralizada.

Para el paciente de apoplejía que comienza el arduo camino de la convalecencia, hacer las cosas normales, aunque sea a medias, es un poderoso incentivo para curarse. Se me ha dicho que en pocos meses estaré casi completamente restablecido. La tensión arterial la tengo bien y he adelgazado. Hace poco me encontré con un antiguo conocido que ignoraba mi accidente. Sus primeras palabras fueron: "En años no te he visto con el aspecto tan saludable que tienes ahora". Se resistía a creerme cuando le conté lo que me había sucedido recientemente.



Caricaturas

El muchacho a su padre: "¿Me das las llaves del símbolo de nuestro bienestar, es decir, del automóvil?" — *Future*

Un alto empleado a otro, al salir de la oficina del presidente de la compañía: "Dice él que delega autoridad pero, en mi concepto, lo que hace es echarle la carga a otros". — V. R.

El hijo al padre: "Investigar las becas, estudiar qué subvenciones hay, informarse de los premios ofrecidos y averiguar lo relativo a préstamos para estudiantes . . . ese, papá, es el sistema moderno de pagarse los estudios con el propio trabajo". — *Lichty*

Un golfista, que lleva en la mano la tarjeta de anotación, al compañero: "Tengo un *handicap* de dos: un patrón que no me deja salir temprano y una esposa que me obliga a estar en casa los fines de semana". — C. A.

El enfermero de un hospital que espera con una camilla la llegada de un avión a chorro: "Doctor, este es otro caso de persona que visitó diez países en once días". — J. W.

El papá se había quedado dormido y el paseo se retrasaba; el hijito menor comenta: "Listos a entrar en órbita . . . todos menos uno". — B. K.

Citas citables

La sociedad tiene un doble problema: cómo conservar la vegetación silvestre de los campos y cómo deshacerse de la maleza humana que infesta las ciudades. —B. V.

La esposa que afirma que puede leer los pensamientos de su marido como si fuera un libro abierto, casi nunca lo hace: en vez de pasar las páginas que le desagradan, se detiene una y otra vez en ellas. —N. O.

Las palabras más antiguas y más breves del lenguaje —"sí" y "no"— son las que nos exigen mayor reflexión para pronunciarlas. —Pitágoras

Cuando pretendemos calmar nuestros remordimientos afirmando de algo que es "un mal necesario", no tardaremos en pensar, cada vez más convencidos, que ese algo es muy necesario y que no es tan malo. —S. J. H.

El tiempo lo cambia todo . . . excepto algo que hay en nuestro interior y que se sorprende con cada cambio. —Thomas Hardy

Cuantos más garajes se construyan, más coches habrá para llenarlos. El problema es como el dar de comer a los pichones. —Sir Hugh Casson, en *Men Only* (Inglaterra)

La vida es el arte de dibujar sin goma de borrar. —J. C.

Los países que hablan de desarme, quieren quedarse siempre con la última espada. —F. J. M.

A medida que se vive, menos importancia se va dando a las cosas . . . y menos importante resulta la importancia. —Jean Rostand

Para medir el grado de amistad, no deben contarse los temas que pueden discutir los amigos, sino los que ya no es preciso mencionar. —C. F.

Aunque se acusa a los hombres de no reconocer sus flaquezas, también es verdad que son pocos los que saben hasta dónde llegan sus fuerzas. Con los seres humanos ocurre como con ciertos suelos, que encierran una veta de oro y su dueño lo ignora. —Jonathan Swift



El misterio de la ola monstruosa

Por el capitán George Grant

"Parecía alcanzar hasta la Luna y se venía sobre nosotros con la velocidad de un tren expreso . . ." Esta impresionante aventura de un marino explica tal vez muchos naufragios repentinos e incomprensibles.

En febrero de 1963, el buque-tanque *Marine Sulphur Queen*, de 160 metros de eslora, zarpó de Beaumont, puerto de Tejas, con destino al de Norfolk, en Virginia, con un cargamento de azufre derretido. Pocos días más tarde la nave desapareció con toda su tripulación en la corriente del Golfo.

¿Qué le sucedió? ¿Acaso hizo explosión el cargamento que llevaba? Es posible, pero poco probable, pues de haber sido así, los restos del naufragio se habrían esparcido por

una vasta zona del mar y pronto los habría avistado algún avión. ¿Se partió acaso en dos, o zozobró a causa de la tempestad que azotaba por entonces la costa atlántica de la América del Norte?

Para todo marino, estas preguntas evocan el espectro de la ola gigante, golpe de mar aislado y monstruoso, que se levanta a veces, al parecer, de las profundidades mismas de un océano agitado por la tormenta, y echa a pique alguna embarcación. Una de estas olas puede ser causa de que la carga se suelte, se vuelque hacia la banda inclinada, y haga zozobrar al buque. Cuando sucede tal cosa, no hay tiempo para pedir socorro por radio, ni siquiera para echar al agua los botes salvavidas... y rara vez queda algún sobreviviente para contar lo sucedido.

En cierta ocasión, de labios de un marinero que viajaba conmigo, oí de un tal suceso. Este marinero se hallaba a bordo del *Mormackite*, buque dedicado al trasporte de minerales, cuando esa nave se hundió durante un huracán frente al cabo Henry, en Virginia, el año 1954.

"Estaba yo a popa, aguardando mi turno para relevar al timonel", me contó, "cuando de pronto una ola enorme apareció por el costado. Me agarré con fuerza de lo que tenía más cerca hasta que el barco recobrase el equilibrio. Pero no consiguió hacerlo. Siguió escorándose; instantes después, me encontré en el agua. El barco había desaparecido".

Más tarde fueron recogidos él y un puñado de los tripulantes del *Mormackite*.

En mis 48 años de navegar yo mismo me he encontrado esas olas gigantes, pero la que recuerdo con más emoción fue una que alcanzó al *Junior*, barco que yo mandaba, cierta tormentosa noche de 1956, a unas cien millas del cabo Hatteras, en plena corriente del Golfo, la misma en que se perdieron los dos barcos a que antes me he referido.

Navegábamos hacia el Sur; soplaba un moderado viento del Oeste y, aunque el barco se mecía bastante, avanzaba sin gran esfuerzo. Poco después de las dos de la madrugada, un golpe de mar vino a dar contra la banda y la embarcación se tambaleó de resultas del golpe. Me puse ropas de abrigo y subí al puente, donde el segundo de a bordo, John Bass, se hallaba de guardia.

Lo encontré protegiéndose de la tormenta en el lado de estribor, con el impermeable y el sueste relucientes bajo el agua.

—¡Vaya noche, capitán! —me gritó.

Asentí con la cabeza. La noche era terrible, en verdad, pero hermosísima. Una media luna brillaba en el cielo, hacia Occidente. Vellones de nubes flotaban al viento, y al

---

GEORGE GRANT nació en Glasgow (Escocia) y se embarcó por primera vez a los 14 años, como grumete. Retirado actualmente, después de 37 años de servicios como capitán en una gran empresa naviera, es autor de varios libros, entre ellos *The Half Deck* y *Boy Overboard!*

pasar frente a la Luna se veían traslúcidos. La espuma se alzaba del elevado oleaje en calados abanicos, que fustigaban la chimenea y las cámaras de cubierta con chasquidos semejantes a latigazos. Una hermosísima noche, por cierto, de esas que hacen latir con fuerza el corazón y que nos hacen sentirnos contentos de vivir y de estar en alta mar.

En eso Bass me asió del brazo e hizo que me volviera hacia el Oeste.

—¡Mire! —gritó—. ¡Mire eso, capitán! ¡Más alta que el cielo!

¡Era una ola que parecía llegar hasta la Luna! ¿Qué altura tendría? Unos 30 metros, calculé. Se venía sobre nosotros con la velocidad de un tren expreso e iba a caernos encima quizá antes de medio minuto.

En esos pocos segundos, mi disciplina de 35 años en el oficio se impuso. Instantánea, automáticamente, di la primera orden:

—¡Dé el toque de "despacio"!

Bass hizo girar las manijas del sistema de comunicación con la sala de máquinas, y desde allí un timbrazo nos respondió inmediatamente.

—¿Hago sonar la alarma general, capitán? —preguntó luego Bass.

—¡No! —respondí.

Tenía mis razones para ello. A esa hora de la noche sólo éramos cinco en cubierta y una alarma general habría atraído precipitadamente a todos los tripulantes a sus puestos de emergencia. Si la ola rompía en el momento en que aparecieran por las puertas, el violento peso del agua y la fuerza del tumbo podrían arrojarlos muy lejos en las aguas del mar agitado y en tinieblas. Mucho mejor era dejarlos permanecer en sus literas, donde mantas y almohadas amortiguarían la fuerza del golpe.

Segundo a segundo el mar crecía con increíble rapidez, como si el océano entero se viera empujado desde el fondo para formar una montaña de agua. Rugía la cresta de la ola, que, rizándose, se precipitaba y rompía. La espuma me daba en plena cara con la punzante violencia del granizo. Bass se inclinó detrás del mamparo y gritó:

—¡Nos va a alcanzar justo en mitad del costado!

Al parecer, así sería. Ya estaba cerca... demasiado cerca. No había tiempo para cambiar el rumbo. Pensé en algunos buques que habían desaparecido sin dejar rastro: el *City of Boston* y el *Waratah*, cargados de cereales, el *Cyclops* y el *Pelagia* con sus cargamentos de minerales; cereales y minerales son cargamentos que tienden a variar de sitio con los bandazos y a hacer sentir su peso donde menos conviene. Nosotros llevábamos carga general, la menos peligrosa de todas. Pero recordé también al *Asiatic Prince*, que asimismo trasportaba carga general, y sin embargo había desaparecido como los otros.

Con rapidez recorrí mentalmente las bodegas de mi barco. Recordé dónde estaban depositados en cuidadoso orden los sacos de harina y de cemento, las cajas de maquina-

ria, de cereales y de zapatos, las pacas de algodón, arpillera y ropas, un centenar o más de automóviles, bien atados a las rejillas del entrepuente; viguetas de acero, aseguradas con puntales, iban tendidas a lo largo de las bodegas inferiores. ¿Resistiría todo eso una violenta oscilación de 50 grados o más?

—¡Aquí viene ya, capitán! ¡Aquí viene! —gritó Bass de nuevo.

Me volví a mirar la ola. ¡Estaba ya sobre el costado de estribor, más alta que una montaña! Era un momento en que debía recurrirse a la oración, pero no había tiempo para ello. Sentimos el potente estruendo de la ola, el frío de su soplo penetrante... y luego el extraño y mortal silencio de su faz opuesta al viento.

—¡Téngase firme! —ordené.

John Bass se apretó contra el mamparo de acero y yo me apreté contra él. En ese instante recordé que el viejo *Lusitania* perdió cierta vez el ala de estribor de su puente de mando, arrancada por una ola gigante... ¡y ese puente estaba a 23 metros sobre la línea de flotación!

El primer bandazo del *Junior* lo levantó del mar, y la nave empezó a inclinarse: 30 grados... 40... 50... 60, según el clinómetro de bitácora. Luego se recobró velozmente, meciéndose para hacer frente a la ola cuando ésta, rompiendo, arrojaba toneladas de agua sobre nosotros. El barco se tambaleó y estremeció, como un boxeador al que un puñetazo demasiado fuerte hace caer de rodillas. El agua inundó el puente, azotó cámaras y chimenea, barrió la cubierta de barlovento con rabiosa brutalidad y sacudió al barco cuando éste se recobraba ya y se balanceaba de nuevo. Agucé el oído pensando escuchar el ruido de maderas al astillarse o el sobrecogedor crujir del acero al romperse, pero nada oí. Asomándome hacia proa y popa pude ver los botes asegurados a sus pescantes. No había avería visible alguna en las cubiertas de barlovento.

Cuando el maretazo se alejó hacia sotavento, la velocidad del barco disminuyó. Sonó el teléfono de la caseta del timón.

—Es el primer maquinista, capitán —me dijo Bass—. Pregunta a qué estamos jugando aquí arriba. Dice que necesita un paraguas, porque la sala hace agua y se le está mojando el pelo. Estos maquinistas son gente delicada, capitán.

"El agua habrá entrado en la sala de máquinas por el tragaluz", pensé, "o tal vez, incluso, por los ventiladores grandes". Un tripulante subió a la carrera y gritó:

—¡El barco está anegado por todas partes! ¡Hay algunos hombres heridos!

Me volví a Bass y le ordené que bajara con el marinero; pasé luego a la timonera en dos zancadas e hice sonar la alarma general. Se oyó un estrépito de puertas, y aparecieron los tripulantes en dirección a sus puestos de emergencia.

Bass volvió al puente para decirme que la ola gigante había destrui-

do los vidrios de las portillas e inundado el barco.

—El vidrio debe haber volado en pedazos como una lluvia de balas —añadió—. ¡Suerte que no haya muerto ninguno!

Descendí, y me encontré con que, en el pasadizo inferior, cuatro cubiertas más abajo, se había interrumpido la corriente eléctrica. Por lo demás, el movimiento era apenas perceptible y el ruido del temporal llegaba tan amortiguado que me resultaba difícil creer que estaba en el mismo buque. Un arroyo de 20 centímetros de profundidad o más corría en uno y otro sentido. En la enfermería algunos de los heridos ocupaban las camas, mientras otros se hallaban de pie, cubriéndose las heridas con sábanas y toallas empapadas en sangre. A la luz de una linterna eléctrica me dediqué a coser, sujetar, vendar, hasta que se restableció la luz.

Dejé la enfermería después de amanecer. Para entonces, el pasillo había sido secado perfectamente y mi barco despertaba de nuevo a la vida con la actividad de sus tripulantes y el olor del desayuno. Subí al puente de mando y miré por la ventanilla de la timonera. El viento había amainado mucho, el mar recobraba la calma, y la promesa de un hermoso día coloreaba el cielo matinal. El *Junior* había salido ya de la corriente del Golfo, con sus marejadas y sus peligros. Afortunadamente habíamos sufrido pocos daños y ningún tripulante estaba herido de gravedad.

¿Cuál será la causa de esas olas gigantes?, me preguntaba. Surgen del corazón mismo de las tempestades en todos los océanos del mundo, pero nadie ha explicado su origen. ¿Poderosas corrientes submarinas? ¿Vorágines que se producen en zonas tormentosas? ¿Tienen alguna relación con las escabrosidades de la plataforma submarina? Algún día los hombres de ciencia encontrarán la solución. Yo me contento con dejarles esa tarea; lo que son, ya lo sé por experiencia.

Gustav Bringelson, el piloto, me llevó una taza de café. Al observar mis pantalones empapados y mi camisa manchada de sangre, comentó:

—Estuvo dura la cosa.

Yo asentí. En efecto, la cosa estuvo bien dura.



Gracias a . . .

. . . la maravilla de las comunicaciones modernas, hoy es posible oír el mismo noticiero 37 veces. —B. V.

. . . las modernas supercarreteras y autopistas, actualmente nos es posible ir a cualquier parte sin ver nada en absoluto. —B. G.

"No distraiga al conductor"

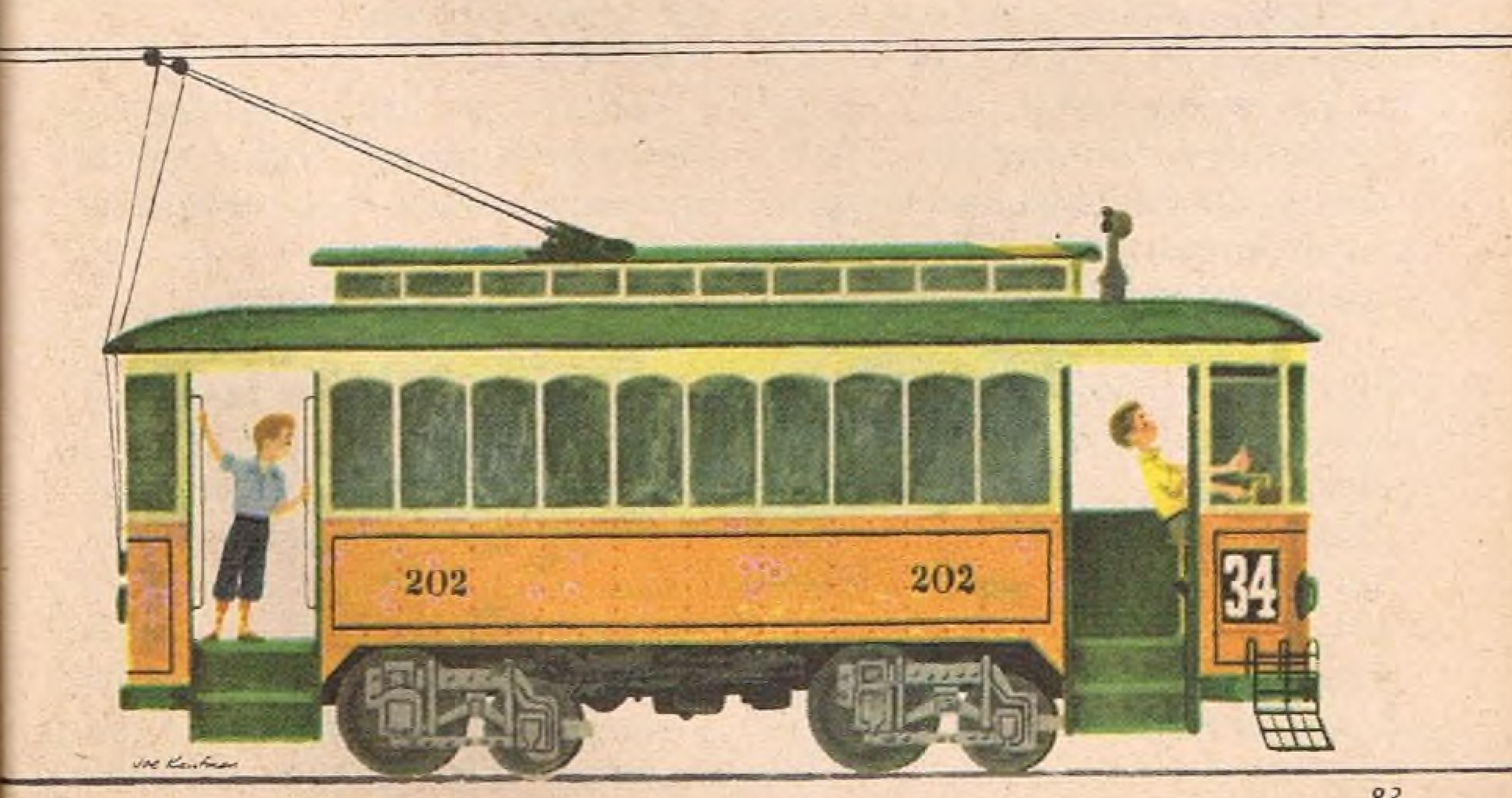
Por Dick Perry

Aquel tranvía anaranjado fue una tentación irresistible para un par de chicuelos de 11 años

Raymond, mi mejor amigo, tenía 11 años y se pirraba por los tranvías. A esto se debió que cierta tarde del verano de 1933 diésemos los dos la caminata de cuatro kilómetros y medio que nos llevó desde el barrio en que vivíamos en Cincinnati hasta el depósito de tranvías. En el penumbroso, grasiento y tranquilo recinto de las cocheras, los vehículos de brillante color anaranjado, puestos a veces en hileras de 10 en las ocho vías de estacionamiento, daban la impresión de estar muertos. Parecían esperar que una mano amiga girara la manivela que, al llevar a los motores la corriente eléctrica y a los frenos el aire comprimido, les infundiese movimiento y vida.

A Raymond se le alegraron los ojos, al decirme:

—Ven, entremos. A esta hora no hay aquí nadie.



Como mi amigo sabía de aquello, lo seguí sin vacilar.

—Mira eso —me dijo quedito, como si estuviéramos en una iglesia.

Había allí coches de la línea del tranvía de nuestro barrio y de otras que iban a lo alto de las colinas. Raymond echó a andar y, atravesando el depósito, llegamos a la última vía muerta. Arrimado contra la pared vimos un coche 34, precisamente de los que pasaban por nuestra calle. Raymond abrió la portezuela, entró y se instaló en el puesto del conductor.

—¿Se puede hacer eso? —le pregunté.

—¡Ea! ¡Entra tú también!—. Al hablarme así, la actitud y la voz de Raymond cobraron un tono de mando nuevo en él, que no sé de dónde pudo venirle, pero que imponía.

—Tú serás el cobrador y yo el conductor —me dijo en cuanto entré.

—¿Y eso por qué?

—Porque la idea fue mía.

Sin preguntar más, me dirigí a la plataforma trasera, dispuesto a hacer de cobrador.

—Tira del cordón de la campanilla. No puedo echar a andar mientras no lo hagas —dijo Raymond.

Tiré del cordón y la campanilla sonó apagadamente, como si estuviera oxidada.

—¡Así no! —gritó Raymond—. Da dos tirones.

—¿Por qué dos?

—Porque un campanillazo es para que yo detenga el coche en la siguiente parada, y dos para que lo eche a andar.

Dí dos campanillazos.

Raymond hizo girar la manivela de la caja, pero el coche no se movió, y mal podría haberse movido, porque el trole que toma la corriente eléctrica estaba doblado hacia abajo y sujeto en el techo del vehículo. Remedó Raymond los ruidos de un tranvía en marcha... y, bueno, así estuvimos un rato hasta que nos cansamos de jugar a que el vehículo estaba andando.

—Daría yo cualquier cosa por conducir de verdad un tranvía —dijo Raymond.

—Eso es imposible.

—¿Por qué ha de serlo?

—Está prohibido.

Raymond ocupó el sillín metálico del conductor, y me dijo:

—Mira cuánto hay de aquí a la puerta del depósito.

Así lo hice.

—Supón que llevásemos este coche hasta la puerta. Nadie tendría por qué enterarse —me dijo Raymond.

—No podrás llevarlo.

—¿Por qué no?

—Porque el trole está sujeto hacia abajo.

Raymond fue a la plataforma trasera del coche y desenganchó el trole.

—Ya ves qué fácil era —comentó.

Al entrar el trole en contacto con el cable de toma aérea de corriente,

el tranvía cobró vida. Funcionaron los compresores de aire; se encendieron las bombillas... Ahí estaba para todo el que tuviera ojos para verlo: ¡Raymond se había salido con la suya: este coche era *su* tranvía!

—Ahora —dijo trémulo de emoción— *ahora*... —y se encaminó como un sonámbulo hacia la plataforma delantera.

—Oye, Raymond, bajemos ese trole y vámonos a casa —insinué yo.

Creo que ni siquiera se dio cuenta de que le hablaba. Era aquel su momento cumbre, y sólo vivía para ese momento. Frente a los reóstatos de arranque temblaba de pies a cabeza, y no de indecisión, sino de entusiasmo. Deslizó la mano por la manivela de la marcha, rozándola apenas, como si la acariciara. Quedose contemplando el reluciente torno de cobre amarillo que hacía de palanca de frenos. Al cabo de un instante lo asió. Lo hizo girar a un lado y oyó con delicia el ruido sibilante con que se aflojaban los frenos. Lo hizo girar al lado opuesto, y volvió a apretar la galga. De los compresores de aire salían extraños, maravillosos sonidos.

Raymond se pasó la lengua por los resecos labios, y dijo:

—Ya sé cómo manejarlo.

—Mira, Raymond, mejor será que dejes eso y nos marchemos.

En vez de hacerme caso, mi amigo soltó el freno e hizo girar la manivela con mucho tiento hasta el primer punto de arranque. El tranvía avanzó lentamente hacia la puerta del depósito, por la que entraba a torrentes la luz del día. Hizo girar Raymond nuevamente la manivela, hasta la siguiente graduación, y el tranvía aceleró un poco la marcha.

—¡Raymond, para este tranvía y vámonos a casa antes que venga alguien! —le grité.

—Tengan listas las contraseñas —gritó él—. Cambio en la parada de las calles Octava y del Estado para los tranvías de la Trasversal, Varsovia y Elberon.

—¡Raymond, que pares este tranvía! —insistí.

—No distraiga al conductor mientras el tranvía está en marcha —gritó él cuando ya íbamos a mitad de camino para llegar a la puerta. Y, dirigiéndose a unos imaginarios pasajeros—: No se asomen fuera de las ventanillas. La empresa no se hace responsable de los accidentes que eso ocasione.

El tranvía traspuso pesadamente el umbral del depósito; atravesó la acera, rechinantes las pestañas de las ruedas al rozar en los contracarriles; tomó la curva que lo llevó a la vía que corre por medio de la calle. Cada vez que el trole pasaba por una conexión del conductor aéreo producía ruidosa crepitación. Nos hallábamos por fortuna en una calle lateral escasamente transitada, y en la que en esos momentos no había nadie.

Raymond llevó el tranvía a poca velocidad. Fuimos dejando atrás edificios ruinosos y deshabitados

que en otro tiempo fueron almacenes o casas de vecindad.

—Se prohíbe bajo pena de multa escupir en el suelo de este coche —advirtió Raymond a sus siempre imaginarios pasajeros.

A todas éstas faltaba poco para que la calle por donde íbamos desembocase en otra en la cual habría seguramente más de un carruaje. Raymond afrontó la situación sin inmutarse. Con amplio y seguro ademán hizo girar la manivela en sentido contrario al de la marcha. El tranvía se detuvo.

Los compresores de aire trabajajaron ruidosamente al frenar. Raymond me miró como si acabase de despertar de un sueño.

—¿Cómo harás para llevar este tranvía al depósito sin que nos vean? —le pregunté.

Quedose él mirando pensativamente la manivela. Por fin dijo:

—Yo solamente sé dar marcha adelante a un tranvía.

—Entonces ¿qué haremos con éste?

Lanzó un suspiro, y murmuró:

—Eso es lo malo de traer un compañero como tú. Nunca caes en la cuenta de nada.

Acto seguido echó pie a tierra, se encaminó paso a paso a la plataforma trasera del tranvía, tiró del trole hacia abajo, lo dejó firmemente asegurado contra el techo del coche. El tranvía quedó más quieto que un difunto. Ni luces, ni ruidos de aire en los compresores, ni nada absolutamente. Era ahora el tranvía un bulto de color anaranjado que en mitad de la calle obstruía el tráfico.

—Ea, ya podemos marcharnos —dijo Raymond.

—¿Dejando ahí ese tranvía? —le pregunté.

Dio él unas palmaditas en el costado del coche, sonrió, y me dijo:

—Vamos, hombre, ¿a quién se le va a ocurrir robar un tranvía?



Sin esperanza

Un cine de provincia estaba exhibiendo una vieja película de Bob Hope y Bing Crosby, en la que ambos actores hacen payasada tras payasada, y siempre que pueden tratan de "robarle" la escena al otro, o al menos echársela a perder. Según parece, la actual generación, más seria que sus antepasados, no entiende estas bufonadas. En cierto punto de la película Crosby representa una escena amorosa a la luz de la luna, con la actriz Dorothy Lamour, y Hope, asomando la cabeza, dice al público en tono susurrante: "Muchachos: aprovechad la oportunidad ahora para salir a comprar caramelos". Tal broma se había intercalado para producir una carcajada general. Mas el efecto que surtió en este caso fue que 600 niños desfilaron hacia el vestíbulo del teatro, donde formaron cola ante la máquina automática de vender caramelos.

—P. C.

¡Qué difícil es ser un marido perfecto!

POR ART BUCHWALD

Condensado de "McCall's"



AUNQUE no me hace mucha gracia reconocerlo, soy el marido perfecto. No lo afirmo por afán de presumir, ni quiero que se me tache de fanfarrón. Nadie debe envanecerse de ser un marido perfecto, pues éste es un don que Dios concede a unos y niega a otros. El marido perfecto es aquel que puede notar los defectos de su mujer, corregirlos cuando sea necesario e indicarle en qué y cómo se ha equivocado.

Los peritos en cuestiones conyugales afirman que los matrimonios felices son aquellos en que uno de los cónyuges es perfecto y el otro no. La mayoría de los casamientos se echan a perder cuando ambos esposos son perfectos o ambos imperfectos. Personalmente, tuve la suerte de casarme con una esposa imperfecta y, por ello, nuestra unión ha resultado ideal.

No es fácil ser un marido perfecto. El primer requisito consiste en tener siempre razón y, a veces, resulta muy desagradable eso de verse obligado a señalar constantemente a la esposa los errores que comete, pues de cuando en cuando se exaspera y grita: "Lo único que quiero es salir ganando una disputa contigo. Déjame ganarla aunque sea una vez".

Me encantaría que resultara victoriosa en una pelea doméstica, pero ¿cómo puede ser, si siempre está equivocada? Claro que podía yo mentir, declarando que la razón estaba de su parte; pero a ninguna mujer puede inspirarle respeto un marido equivocado.

Permítaseme señalar algunos de los problemas que se le presentan al marido perfecto.

Mi esposa ha estado en casa con los niños todo el día. Naturalmente, la dominan los nervios. A cada rato amonesta a los chiquillos gritando: "¡Ya veréis cuando llegue vuestro padre!" Y el marido perfecto llega al hogar. Tiene que representar el papel de juez del Tribunal Supremo: está obligado a escuchar a ambas partes contendientes.

En muchos casos me he visto forzado a dictar sentencia en contra de mi consorte. Puede haber exigido que mi hijo se fuera a acostar sin cenar, o quizá haya prohibido a mi hija que saliera a la calle a patinar.

Pero, después de escuchar los argumentos de una y otra parte, he dictaminado en favor de los niños, lo que, naturalmente, exacerba y desilusiona a mi amada esposa . . . que con frecuencia se encoleriza. Pero no me queda otro remedio. Puesto que soy también el padre perfecto, no quiero que mis hijos piensen mal de mí.

Como marido perfecto, a veces he tenido que señalar a mi costilla los defectos de sus parientes. En algunas ocasiones ella opina que mi crítica es injusta, pero arguyo que la ciega el cariño hacia su familia y que, como no tengo consanguinidad con ninguno de sus miembros, me es fácil descubrir qué defectos tienen.

Si se es perfecto en el seno del hogar, también hay que serlo en las tertulias y reuniones sociales, donde, personalmente, me agrada halagar a las damas. Mi esposa siempre ha insistido en que le preste yo atención especial en las reuniones y algunas de nuestras disputas han resultado de que, según ella, he tenido más atenciones con las otras señoras.

Le cuesta trabajo comprender que, siendo como soy el marido perfecto, no debe monopolizarme. Algunas de las damas con quienes converso quizá no tengan maridos perfectos y, por eso mismo, necesitan alguien que escuche sus cuitas y les sonría amablemente. Pero, según mi mujer, todo eso no es más que "flirteo".

Hay hombres que opinan que un marido perfecto debe trabajar y ser útil en las labores domésticas: cortar el césped, sacar la basura, ba-

rrer el sótano o remendar el tejado. No hay tal. Los reyes no montan guardia, los presidentes no limpian de nieve las calles, los primeros ministros no lavan sus coches. Cuando se es marido perfecto, hay que conservar la dignidad y delegar la autoridad o, en otras palabras, dejar que los imperfectos se encarguen de las tareas innobles.

Si usted, lectora, está casada con un marido perfecto, habrá reconocido ya en su esposo las señales que he dicho aquí. Si no, es natural que deplore la desgracia de no haberse casado conmigo.



¿Piensan los insectos?

EN su libro titulado *La vida síquica de los insectos,* el profesor Bouvier dice que no hay razón para atribuir inteligencia a estos pequeños seres alados, aunque a veces parezca que están obrando en forma racional. Su conducta puede ser una simple reacción. Quisiera poner al sabio doctor un ejemplo de raciocinio de los insectos que no puede desconocerse tan a la ligera.

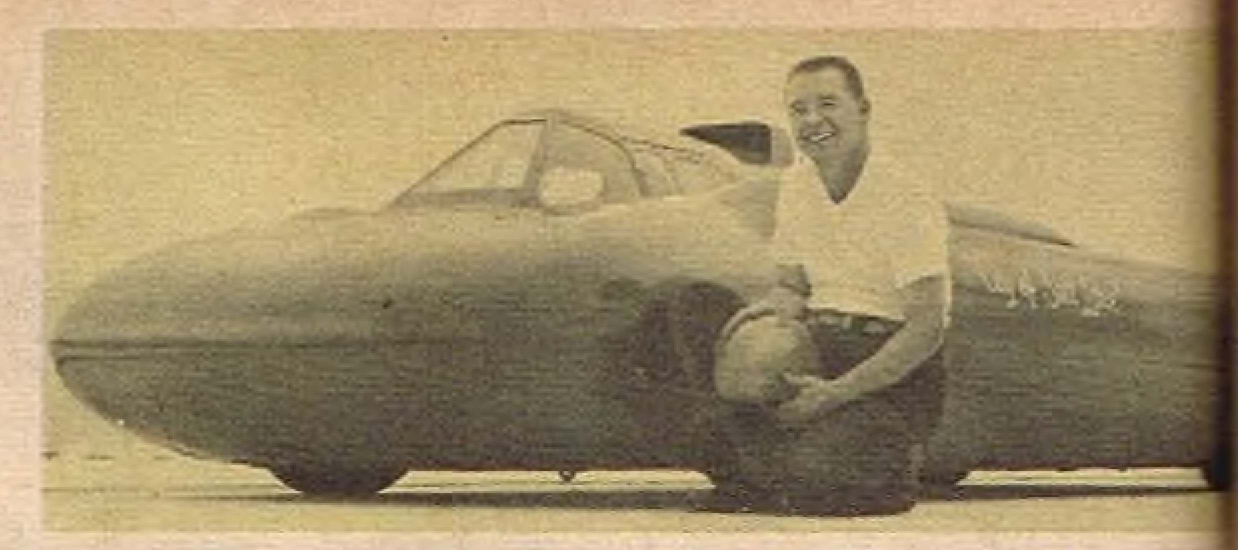
Durante el verano de 1899, mientras trabajaba en mi obra *¿Ríen las larvas?,* tenía en mi chalet una avispa. Una noche ya muy tarde estaba yo en mi laboratorio haciendo experimentos con ginebra y otros reactivos químicos, cuando me resbalé en el naipe del nueve de diamantes, que alguien había dejado tirado en el piso, y me tropecé contra el fichero de tarjetas con los nombres y direcciones de todas las larvas que vale la pena conocer, las cuales se desparramaron por todo el aposento.

Estaba muy cansado entonces para detenerme a recogerlas. Al irme a la cama observé que la avispa volaba describiendo círculos sobre las fichas desparramadas. "Tal vez a Vespa se le ocurra recogerlas", dije entre chiste y chanza para mis adentros.

Cuando bajé a la mañana siguiente encontré a Vespa dormida en su cajita, evidentemente rendida de cansancio. Y no le faltaba razón para estar agotada, pues allí en el piso yacían las tarjetas tal como yo las había dejado. El fiel insecto había estado volando por encima toda la noche, tratando de llegar a una determinación: si debía o no recogerlas y arreglármelas. Al fin resolvió que, como sus conocimientos del tema de las larvas eran casi nulos (a menos que se tratase de larvas de avispa), me haría un lío horrible si se metía a ordenarlas. Por eso las dejó en el piso hasta que yo viniese a acomodarlas. Desconsolada se acostó en su cajita a llorar hasta que el sueño la venció.

Si lo anterior no contradice la tesis de Bouvier de que los insectos no tienen poder de razonamiento, nada podrá contradecirla.

— Robert Benchley, en *Love Conquers All* (Editores:Harper)



Athol Graham junto al *City of Salt Lake*, antes de las Pruebas de Bonneville. Abajo: después de la tragedia.

Carrera contra la muerte

DRAMAS DE LA VIDA REAL



POR FLOYD MILLER

EL COCHE, que tenía la forma de una inmensa lágrima, esperaba en los bancos salados de Bonneville, en el Estado de Utah, con las ruedas delanteras a ambos lados de una línea negra pintada en el suelo, recta como una flecha, a lo largo de una pista de 11 millas exactas de longitud (17.700 metros). Unas 500 personas congregadas aquel día, el primero de agosto de 1960, admiraban impresionadas el vehículo bautizado *City of Salt Lake*. Sabían que en el término de pocos minutos un hombre se jugaría la vida en un esfuerzo por superar la marca de velocidad en tierra, que entonces era de 634 kilómetros por hora.

Ese hombre, de 36 años, delgado, de ojos azules, era Athol Graham, mecánico de automóviles que se había pasado casi toda su vida de adulto construyendo ese coche en

Fotos: Gael Boden

el patio de su casa. Como disponía de poco dinero, había reunido diversas piezas de maquinaria y herramientas para fabricar las partes necesarias. La carrocería la había hecho de un depósito de gasolina de los que van en las alas de los aviones; un motor de aviación Allison, sobrante de la segunda guerra mundial, le daba 3000 caballos de fuerza; la armazón del chasis, el sistema de enfriamiento y el resto de las complicadas entrañas de una máquina de carreras las había proyectado en su mayor parte él mismo. De un patrocinador comercial había obtenido los neumáticos y de otro el aceite y la gasolina. El propio Athol Graham constituía el elemento decisivo, ya que él tendría que ir sentado en medio de aquella masa de metal y combustible, y con las terminaciones de sus propios nervios hacer de ella un proyectil.

Aunque iría solo en el auto, el corazón de otras dos personas lo acompañaría. Una de ellas era un joven de 18 años, de apariencia endeble, que le había ayudado a construir la máquina. Se llamaba Otto Anzjon, hijo de un reparador de televisores, que como mecánico era casi un genio. En aquellos momentos examinaba el coche nerviosamente y conferenciaba a ratos con el conductor.

Un poco apartada de ellos, con las delicadas facciones rígidas y pálidas, estaba Zeldina Graham, esposa de Athol y madre de sus cuatro pequeños hijos. También ella había contribuido a la construcción del vehículo, puesto que había trabajado como enfermera nocturna en un hospital a fin de aumentar los fondos, al parecer siempre insuficientes, para las necesidades de la máquina y de la familia. Comprendía bien el anhelo de un hombre de llegar a ser el mejor entre los de su oficio, aunque para ello tuviera que arriesgar la vida. Y sin embargo...

Este automóvil había consumido totalmente los nueve años de su matrimonio. Aunque Zeldina compartía el sueño de Athol, cada vez que algún obstáculo había aplazado este momento, ella había suspirado con alivio. Ahora el momento había llegado.

Los directores de las Pruebas de Bonneville indicaron que estaban prontos. Zeldina tocó leve y tímidamente a su marido, y en compañía de un amigo de Athol y un fotógrafo de prensa subió a un automóvil: los tres recorrieron toda la pista para examinarla por última vez y asegurarse de que no había ningún obstáculo. Las cinco primeras millas de la pista estaban destinadas a la aceleración; luego había otra milla medida electrónicamente para alcanzar la velocidad máxima, y en seguida otras cinco millas para disminuir la marcha. Toda la pista estaba conectada por medio de teléfonos.

Cuando llegaron al final de la pista, el amigo de Athol tomó el teléfono y avisó al encargado de dar la salida que estaba despejada. Se

hizo el silencio. Nerviosamente el fotógrafo graduaba y volvía a graduar su cámara. El otro permanecía al teléfono, y recibió un mensaje que comunicó a Zeldina y al fotógrafo: "¡Acaba de partir!"

Un momento después: "¡Ha pasado el mojón de la primera milla!"

Después de otro instante: "¡Ha pasado la segunda milla!"

Luego, en voz súbitamente hueca: "¡Se ha estrellado!"

Zeldina y sus dos compañeros regresaron por la pista a toda velocidad. A las seis millas encontraron el auto destrozado; inexplicablemente, había dado cuatro vueltas de campana y estaba volcado sobre uno de sus costados. Un grupo de personas se había congregado en torno al cuerpo maltrecho de Athol Graham, que yacía sobre el piso de sal. Se apartaron para dejar pasar a Zeldina. En ese momento se oyó un gemido desgarrador, que no era ni del piloto inconsciente ni de su esposa, arrodillada a su lado, sino del joven Otto Anzjon. Éste había reclinado la cabeza contra una rueda retorcida y estaba sollozando.

En avión y ambulancia llevaron a Athol a la Ciudad del Lago Salado, distante 175 kilómetros del lugar del accidente, y allí, al Hospital de los Santos del Sétimo Día, donde Zeldina trabajaba. En el hospital ella había visto ya lo que es la muerte; pero cuando murió su esposo, una hora después de haber ingresado, estaba totalmente desapercibida para el golpe. Lloró por los niños tanto como por el padre. El mayor, Loie, apenas tenía ocho años.

Pronto las realidades de su viudez embotaron su dolor. Athol había tomado un seguro de vida antes de la prueba; pero, debido a la naturaleza del accidente, la compañía no quería pagarlo. El sueldo de enfermera de la joven difícilmente le alcanzaba para sostener a sus cuatro hijos y había que pagar muchas deudas contraídas a última

Zeldina Graham



Otto Anzjon



hora para terminar el *City of Salt Lake*. Athol era dueño de un taller de reparaciones que fue preciso arrendar para atender apenas a la hipoteca que pesaba sobre el mismo. Y ahora se le presentaba a Zeldina otro problema: el propio automóvil.

El joven Otto, más demacrado que nunca, le preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora con el coche, Zeldina?

El coche era la causa de su viudez y su pobreza, se dijo ella. ¿Qué hacer con él, en efecto? No podría hacerlo desaparecer sólo porque así lo deseara. Ocupaba el centro de su vida: era el ataúd de su marido. Mientras pensaba qué hacer, pidió únicamente que se lo llevaran otra vez al pequeño garaje que tenía en el patio de su casa.

Las dificultades económicas de Zeldina Graham aumentaban día por día. Su situación era ya casi desesperada cuando le llegó ayuda... y de personas completamente extrañas. El periódico *Tribune* de la Ciudad del Lago Salado, publicó un artículo sobre Athol y lanzó la idea de que el público contribuyera a un fondo para la viuda. La reacción fue inmediata y generosa. Hacia fines del mes el fondo llegaba a 3000 dólares. Zeldina se resolvió a aceptar este dinero sólo porque lo consideraba como un homenaje a su marido, un regalo con que pagar las deudas que había dejado. Las cuentas pendientes consumieron la suma entera, pero Zeldina se quitó un gran peso de encima.

Mientras tanto, la Cámara de Comercio de la Ciudad del Lago Salado le aconsejó que demandara a la compañía de seguros para obligarla a pagar, y le ofreció los servicios de su abogado para que la representara en el proceso. La sola amenaza de un juicio fue suficiente: la compañía pagó inopinadamente el seguro de vida de Athol Graham. No representaba una gran suma, pero, junto con la correspondiente al Seguro Social, bastaba por el momento para alejar el espectro del hambre y el frío. Hasta alcanzó para ciertos pequeños lujos, como hacer arreglar el televisor.

El padre de Otto vino una tarde a reparar el aparato y estuvo charlando con Zeldina mientras examinaba y cambiaba válvulas. Cuando se fue, Zeldina se quedó sentada ante las imágenes de la pantalla sin verlas ni escuchar. Aquella conversación le había llevado un nuevo problema y la joven viuda cavilaba sobre la manera de resolverlo. Cuando por fin se fue a acostar, ya había tomado una decisión.

Al día siguiente mandó llamar a Otto y le dijo:

—¿Te sientes capaz de reconstruir el automóvil?

Él se puso colorado y luego más pálido que nunca. Por fin dijo:

—Lo he estado pensando. Estoy seguro de que el Allison está intacto. Ya lo he lavado para quitarle toda la sal. Podría ir dibujando cada una de las piezas a medida que

lo vaya desarmando, y luego volverlo a armar exactamente como Athol lo tenía... menos la carrocería. No entiendo mucho de líneas aerodinámicas.

—Está bien; manos a la obra —repuso ella sonriendo.

Otto tragó saliva sin decir una palabra más.

Zeldina y Otto recorrieron todas los puestos de chatarra y depósitos de piezas sobrantes en 150 kilómetros a la redonda de la ciudad, para llevar a casa todos los avíos que iban a necesitar. Ella sabía de antemano que la reconstrucción costaría muchísimo dinero, pero la asustaba ver cuán rápidamente se iban agotando sus economías.

Instaló un pequeño hornillo de petróleo en el garaje, detrás de la casa, y Otto y ella trabajaron allí todas las noches durante el invierno. Como no tenían poleas para levantar pesos, Zeldina ayudaba a Otto a mover las piezas más pesadas. Cierta vez en que él tuvo que sentarse a descansar, se excusó diciendo que padecía de anemia, pero le aseguró que se sobrepondría a su dolencia.

No fue posible mantener en secreto el proyecto y súbitamente las mismas personas que tan generosamente la habían ayudado se volvieron contra ella. Una anciana la detuvo en la calle y le dijo muy enfadada:

—Yo sólo le mandé un dólar, pero era para ayudarla a sacar adelante a los niños, no para ese automóvil.







En el periódico aparecieron cartas de protesta; gente desconocida la llamaba por teléfono para increparla por su ingratitud. Hasta sus amigos, que estuvieron siempre de su parte contra la tempestad de críticas del público, se mostraban consternados.

Zeldina, a pesar de todo, siguió tenazmente adelante con sus planes. Cuando no estaba trabajando o atendiendo a sus hijos, estaba en el garaje. Siempre llevaba las uñas manchadas de grasa. Había momentos en que dudaba si estaría procediendo bien, pero nunca reveló sus reparos a nadie, ni mucho menos al muchacho, en cuyos ojos brillaba el entusiasmo del triunfo cada vez que ajustaba una pieza en la complicada maquinaria.

Un amigo de Zeldina logró que el trabajo de carrocería se lo hicieran en Detroit, de modo que fue preciso cargar el coche en un remolque y trasportarlo hasta allá. Cuando la reconstrucción estuvo terminada, el costo ascendía a la enorme suma de 12.000 dólares. Zeldina se consolaba pensando que el trabajo estaba concluido.

—ZELDINA, ¿podré yo conducir el coche en las Pruebas de Bonneville, este otoño?

Era Otto el que le hacía esta pregunta, con los ojos iluminados lo mismo que cuando había empezado a reconstruir el auto dos años antes. Ella había ya previsto que él querría dar este último paso, pero al mismo tiempo tenía la esperanza de que así no fuera. Otto era aún muy joven, y conducir esta poderosa máquina a altas velocidades era empresa realmente peligrosa. Quizá adivinándole los pensamientos, Otto agregó:

—Lo conozco en todas sus partes.

Lo cual era cierto. Zeldina consultó con la familia de Otto, como lo había hecho frecuentemente en el curso de los dos últimos años, y al fin accedió. Se inscribirían en la prueba.

Se acercaba agosto y el *City of Salt Lake* estaba listo. No así Otto, que parecía muy preocupado mientras trabajaba en el coche, y descansaba con frecuencia. Al fin se franqueó con Zeldina:

—Parece que tengo los nervios destrozados —le dijo.

—Todos nos ponemos nerviosos cuando se acerca la prueba de Bonneville —repuso ella.

Él, después de fijar la vista en el suelo por un rato, confesó de súbito:

—Es que . . . ¡temo que me falten agallas!

—Bueno, nada se perderá —contestó ella tocándole afectuosamente el escuálido brazo.

Otto la miró con profunda gratitud; pero al día siguiente volvió a hablar del asunto:

—Zeldina, si no me vuelvo atrás, si manejo el auto en Bonneville, existe el peligro de que se me suba a la cabeza.

Durante unos segundos ella examinó serenamente el problema y luego contestó:

—Eso sí que habrá que pensarlo, Otto.

Llegó la semana de las Pruebas de Bonneville, y en los llanos salados surgió un pueblo de tiendas de campaña destinadas a las tripulaciones de los autos de carreras. Zeldina había reunido a algunos de los mecánicos que en la ocasión anterior se habían encargado del *City of Salt Lake*. Éstos trabajaban en el auto como los segundos de un boxeador; y, mientras ellos trabajaban, Otto deambulaba como un espectro entre automóviles y espectadores, luchando internamente consigo mismo.

Dos días antes de las pruebas para coches de línea aerodinámica, hacia el atardecer, Zeldina reposaba en su tienda cuando oyó el rugido bronco del motor Allison. Salió a la carrera y encontró el coche sustentado en bloques de madera, con las ruedas traseras girando a toda velocidad, y escupiendo fuego por el tubo de escape. Al volante estaba Otto Anzjon. Ella permaneció a la sombra de la tienda observando al muchacho mientras él aceleraba el motor cada vez más. Parecía que el auto fuera a desprenderse de los bloques de madera y a elevarse en el aire. Por fin Otto retiró el pie del acelerador y cesó la furia del motor.

Cuando Otto se apeó, Zeldina se le acercó. El muchacho tenía el rostro encendido, pero tranquilo, y mirándola fijamente dijo:

—Sí, lo conduciré yo.

El día que le tocó su turno, el coche ocupaba su sitio en el punto

de partida, lo mismo que dos años atrás. Zeldina recurrió a toda su fuerza de voluntad para desechar de su ánimo el recuerdo de aquel día. Ahora no debía pensar más que en Otto, que, sentado en la cabina, se ajustaba el casco protector que enmarcaba su pálido rostro.

Los dos repasaron las instrucciones finales. No habían tenido con qué comprar ruedas nuevas y ella temía que las viejas no resistieran las velocidades máximas. Así pues le dijo:

—No pases de 480 kilómetros por hora.

Él sonrió. Se estrecharon la mano y el muchacho bajó el pabellón que cubría la cabina y le echó el cerrojo. A una señal de los directores, el auto cobró vida y avanzó a lo largo de la franja negra, primero lentamente, acelerando luego hasta que, rugiendo, se perdió en medio de una nube caliente.

La multitud permaneció silenciosa y tensa, atenta a los altavoces, a fin de seguir el curso de la prueba. Otto pasó el mojón de la primera milla, y el de la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta. Luego entró en la milla medida, la de máxima velocidad, y por fin se anunció que había alcanzado 406 kilómetros por hora. Estallaron las aclamaciones de la muchedumbre, y pocos minutos después, cuando el coche regresó lentamente al lugar de partida, la multitud volvió a vitorear al muchacho que ya abría el pabellón y salía de la cabina, iluminado el juvenil rostro por una sonrisa feliz. Otto Anzjon no había establecido marca alguna... salvo la de su propio valor.

Otto ingresó en el hospital al mes siguiente. Zeldina trabajaba en otro piso, pero frecuentemente iba a visitarlo, leía el boletín médico fijado a la cabecera del joven y se quedaba observando su rostro macilento mientras él dormía. Otto despertó una vez cuando ella estaba a su lado y forzando una sonrisa le dijo:

—No se me subió ¿verdad?

Ella anduvo alrededor de la cama para examinarlo desde distintos ángulos y le contestó:

—No, todavía no. Pero quizá se te vaya a la cabeza después de las pruebas del año entrante.

Y salió rápidamente de la pieza para que Otto no la viera llorar. Los médicos le habían dicho que el fin se acercaba. Desde aquella tarde en que el padre de Otto había ido a reparar su televisor, ella sabía que el muchacho se estaba muriendo de leucemia. Durante los años que estuvo trabajando con Athol en el automóvil, la enfermedad se había contenido; pero cuando Athol se mató y el coche quedó destruido, el joven había empezado a perder terreno. Aquella tarde, mirando sin ver la pantalla de su televisor, Zeldina había resuelto tratar de dar a Otto un incentivo para que pudiera seguir viviendo. Y comprendió que no se lo podría decir a nadie, porque con cada persona que conociera la verdad, aumentaría el ries-

go de que ésta llegara a conocimiento del muchacho.

Otto murió el 24 de noviembre de 1962. Su padre, Truls Anzjon, fue a ver a Zeldina y le dijo:

—Le ruego que asista con la familia al servicio religioso.

Y como ella dudara, agregó en seguida:

—Usted le dio a mi hijo dos años de vida, sus mejores años. Es algo que ni mi mujer ni yo habríamos podido darle. Sin duda alguna es usted otro miembro de nuestra familia.

Zeldina asistió a las exequias. Aquel día los oradores recordaron la fe que profesa la religión de los mormones en la vida eterna y en la reunión de las familias después de la muerte. Ese día hablaron también de Zeldina Graham... y por primera vez el público se enteró de lo que había hecho.

Zeldina confía en que las personas que la llamaban por teléfono y le escribían comprendan ahora que lo que estaba haciendo entonces era algo más que "construir un automóvil de carreras".



Hablar en vano . . .

Un señor que había trasportado una cama plegable en el automóvil tenía gran dificultad para sacarla del portaequipajes. Mientras se esforzaba por extraerla iba lanzando al aire una gran variedad de imprecaciones y juramentos. Una anciana vecina que lo había estado observando calladamente por varios minutos, levantó al fin los ojos al cielo y lo amonestó sin impaciencia: "Tal vez si se lo pidiera usted por las buenas, Él le ayudaría".

— Sra. K. G. H.

Brevedad, alma del ingenio

Durante un banquete Alben Barkley, que fue vicepresidente de los Estados Unidos, sacó su gran reloj de oro y, con ademanes muy estudiados, lo puso sobre el atril y explicó a los comensales: "Teniendo esto delante podré darme cuenta de cuánto tiempo he estado hablando... si recuerdo a qué hora empecé".

— *Stories For & About Toastmasters* (Editores: Droke)

Una vez le rogaron al senador norteamericano Hubert Humphrey que limitara a 12 minutos las palabras que debía dirigir a un grupo de recién graduados. Comentó Humphrey: "La última vez que hablé por tan corto tiempo fue para saludar a mi mamá".

— L. L.

"He dejado de hacer discursos largos para no lastimarme la garganta", dijo el orador. "Alguien me ha amenazado con degollarme".

— Sra. A. H. M.

Con su nueva careta y su táctica de falaz suavidad, los rojos están tratando de embaucar al pueblo italiano para hacerle creer que los comunistas se interesan verdaderamente por la democracia.



Palmiro Togliatti

Los "inocentes" comunistas de Italia

POR ERNEST HAUSER

¡QUÉ CONTENTOS andan hoy los comunistas en Italia! En abril pasado llevaron a las urnas 7.700.000 votos, o sea un millón más que en 1958. Pocos días después de las elecciones, el órgano del partido, *l'Unità*, publicó una foto de una calle muy concurrida, en la que había sido coloreada de rojo una de cada cuatro personas. Y no había manera de contradecir esta jactancia: era verdad que la cuarta parte del electorado italiano votó por el comunismo.

¿Qué pensar de ello? Gracias, entre otras razones, a la generosa ayuda norteamericana de posguerra, la producción de Italia se ha duplicado en los últimos diez años y actualmente crece a un ritmo más veloz que la de cualquier otro país de Europa. ¿Será un error la teoría de que la prosperidad es el mejor baluarte contra el comunismo? ¿Y qué decir de aquel otro baluarte que es la religión? ¿Cómo es posible que en esta nación casi totalmente católica

millones de hombres y mujeres apoyen una filosofía atea?

Cuando se medita en estas cuestiones, ya no parece tan "inverosímil" la posibilidad de que los rojos lleguen a apoderarse de Italia por las vías democráticas. El partido cuenta con 1.700.000 miembros activos, de modo que es el más numeroso del Occidente. También es el mejor organizado y el mejor dirigido. Con 166 diputados de los 630 que componen la cámara baja, y 85 de los 315 senadores de la República, arroja una ancha sombra roja sobre el poder legislativo. La poderosa Federación General del Trabajo (CGIL) es un feudo comunista cuyos puestos claves están ocupados por altos funcionarios del partido. Agréguense a esto las simpatías con que cuenta el partido mismo entre los intelectuales y los hombres de ciencia; su cadena de empresas editoras; su activa organización de frentes comunistas, y se comprenderá que el movimiento es de vastas proporciones.

Funcionando como un Estado dentro del Estado, el partido comunista italiano ha creado una maquinaria política que llega hasta los más remotos rincones del país. Forman la base de la compleja estructura 41.100 células: pequeños grupos de camaradas que trabajan en la misma fábrica u oficina o viven en la misma calle. Nadie puede ser miembro del partido si no pertenece a una célula. Por encima de las células están 11.046 distritos, y por encima de éstos 114 federaciones provinciales. (La meta de llegar a tener "un distrito comunista por cada campanario" todavía está lejana: en Italia hay 30.000 parroquias.) En la cúspide de la pirámide está el "Palacio Rojo", llamado también el "Pequeño Kremlin", que es un edificio rojo de seis pisos, como una caja de cigarros, donde funciona la sede nacional del partido, en Roma. Allí preside Palmiro Togliatti, jefe del partido, educado en Moscú y depositario final de todo el poder.

Togliatti, que tiene hoy 70 años de edad, es el comunista más brillante fuera de la Cortina de Hierro y posiblemente el más hábil político de Italia. *Il padrone*, como lo llaman sus secuaces, podría tomarse fácilmente por un próspero comerciante. Los ojos muy vivos y la espaciosa frente le dan aspecto de hombre de mucho mundo. Habla seis idiomas, inclusive el ruso, y se solaza leyendo los autores griegos y latinos en su lengua original.

Bajo su dirección el comunismo italiano ha avanzado mucho desde los días inciertos de 1948, cuando los matones del partido sembraban el pánico en las calles de las ciudades, se emplazaban ametralladoras en las azoteas y las tropas de choque rojas se apoderaban de las fábricas. Convencido de que en la alegre tierra italiana la revolución está condenada al fracaso, el partido ha cambiado de careta en años recientes.

Al dar instrucciones a un grupo de funcionarios del partido, Togliatti les decía: "Tenemos que pre-

sentarnos como un partido de la nación italiana, un partido que desea, defiende y fomenta la democracia. Tenemos que hacer entender a la gente que siempre existirá la propiedad agrícola pequeña y mediana, los artesanos productores y la empresa privada modesta. Lo que buscamos, apoyándonos en la Constitución italiana, es una nueva democracia que conservará muchos aspectos de la actual sociedad de Italia".

Es un tono engañoso y difícil de resistir. Con certera intuición para la publicidad eficaz, los jefes rojos han disfrazado sus verdaderos designios con un ropaje respetable que parece muy atractivo a los italianos de todas las clases sociales. En las elecciones de 1963 el partido llegó hasta el extremo de cambiar sus rojos banderines de campaña por banderolas azules. Pero no dejan de ser los mismos perros, aunque con distintos collares. En todas sus importantes decisiones políticas, ya se trate del desarme, de Laos, de Berlín o de Cuba, los camaradas italianos siguen fielmente las órdenes de Moscú. Más de la mitad de su presupuesto anual (entre 12.000 y 14.000 millones de liras de un total de 20.000 millones en un año electoral) lo suministra Rusia soviética, al parecer en dólares norteamericanos que consigue en el mercado internacional.

¿Quiénes votan por el comunismo en Italia? En primer lugar, todo el que tiene alguna queja contra el gobierno. En segundo lugar, los campesinos recién llegados a las ciudades industriales, que son fácilmente impresionables. En el miserable distrito de Vimodrone, en la periferia de la próspera ciudad de Milán, vi centenares de inmigrantes del sur, una gota apenas en la corriente de casi un millón de personas que en los últimos diez años han pasado del sur, pobre y atrasado, al norte industrial. En su tierra habían sido trabajadores del campo con un jornal de 950 liras... 200 días al año. Aquí en el norte pueden conseguir trabajo en alguna de las muchas obras de construcción y ganar 62.500 liras mensuales.

Un joven comunista me llevó a conocer las casitas desparramadas en que viven estos trabajadores, por lo general en sótanos miserables, pagando de 5000 a 6500 liras al mes por una cama. Después me condujo a un gran edificio de esquina donde funciona la cooperativa comunista. Era domingo. El espacioso salón estaba lleno de hombres que jugaban a los naipes o a las damas, o que veían la televisión. Había un restaurante donde servían comidas calientes al costo, y un local para tomar café "exprés". En un edificio anexo tenían una espléndida cancha de bochas.

Los solitarios muchachos campesinos sabían que su ropa, su porte y su dialecto los exponían al menosprecio o al ridículo ante los milaneses. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? pues bien, he aquí una cooperativa roja donde uno puede comer despacio su comida barata, y donde un

camarada comprensivo está siempre dispuesto a escuchar los problemas ajenos. ¿Cómo ha de sorprender que la mayoría de aquellos mozos se vuelvan comunistas?

Aunque el partido está creciendo en casi toda Italia, en las regiones situadas al norte de Roma es donde más fuerzas acopia. Allí fortalece su posición la alianza con el socialismo, de cuyo flanco izquierdo surgió en 1921. En lo urbano y provincial (así como en el gobierno local y en los sindicatos) los socialistas suelen aportar los votos que se requieren para lograr una mayoría roja, invariablemente dominada por los comunistas, que son más activos. De los 8000 municipios de Italia, unos 1700 están gobernados por coaliciones de este tipo y casi todos quedan al norte de Roma.

El dominio comunista del norte se apoya, además, en los intereses creados. El partido tiene centenares de cooperativas fabriles, comerciales y agrícolas. Observé que en la plaza principal de muchos pueblos gobernados por los comunistas el pavimento era siempre de pórfido morado, y me enteré de que este material lo suministra una cooperativa comunista que explota una cantera cerca de Verona. Entre otras empresas rojas en el campo capitalista se cuentan tiendas, cines, garajes, salones de baile, hoteles, y varias grandes casas de importación y exportación que trafican con los países de la Cortina de Hierro.

Pasé un día en Carpi, próspera población de 45.000 habitantes en el rico y fértil valle del Po. Los camaradas me habían prometido "un vistazo a la Italia del futuro", y allí supe lo que ellos pretenden. Apodada "la ciudadela roja", Carpi es en efecto una república soviética. El partido, dueño de un 56 por ciento de los votos locales, ejerce la totalidad del poder, sujeto únicamente al gobierno de Roma.

Carpi tiene unas 250 fábricas pequeñas y medianas que dan empleo a 5500 trabajadores. Los comunistas, amos de la alcaldía, de los sindicatos obreros y de las cooperativas, gobiernan mediante un sistema de premios y castigos que resulta muy difícil de resistir. ¿Le parece a uno excesivo el impuesto municipal? Un amistoso funcionario revisará el avalúo. ¿Su hijo necesita una beca? Eso lo podemos arreglar. ¿Quiere establecer una pequeña fábrica? El municipio ha comprado terrenos y le cederemos el que necesite para su instalación por la tercera parte de lo que vale. En cambio ¿no nos quiere usted? Lo sentimos mucho, pero sus parroquianos tendrán que hacer sus compras en la tienda de enfrente.

Hasta algunos de los capitalistas locales son miembros del partido. El propietario de una fábrica de tejidos de lana, que "explota" a varias docenas de trabajadores, me dijo: "He sido comunista desde que aprendí a pensar. Tal vez socializarían mi negocio bajo un gobierno comunista. ¿Y qué? Yo continuaría administrándolo y ganaría más

o menos lo mismo que ahora, pero sin el quebradero de cabeza de la responsabilidad".

El problema religioso, que es el mayor de todos los que se plantean al partido en este país católico, ha sido tratado con mucho tacto. "A la intolerancia religiosa", ha dicho Togliatti, "no nos oponemos con juramentos y sermones anti-religiosos, sino con la idea de la tolerancia". Y lo sorprendente es que este truco parece haber dado buen resultado.

Verdad es que la Iglesia católica no ha transigido jamás con "la doctrina materialista y anticristiana del comunismo", pero el intuitivo papa Juan XXIII se consideraba a sí mismo un pastor universal cuya misión consistía en reunir el rebaño disperso y, con ese propósito en la mente, empezó a abrir brecha en la Cortina de Hierro. Inició negociaciones con los gobiernos de Europa Oriental; recibió en el Vaticano al yerno de Kruschef, Aleksei Adzhubei, y al advertir en su encíclica *Paz en la Tierra* que "no se debe confundir nunca al error con la persona que yerra", dio pie para que se interpretara el documento como una insinuación de convivencia pacífica con el bloque oriental.

En consecuencia, los católicos depusieron su actitud vigilante. En todas partes por donde fui en Italia oí decir a la gente que "ya se podía ser católico y comunista al mismo tiempo, puesto que el Papa mismo la había dicho". En Italia hoy es elegante ser comunista. Y esto se advierte especialmente en los círculos intelectuales y artísticos. Algunos de los más conocidos miembros de la colonia cinematográfica de Roma son rojos. El pintor Renato Guttuso es miembro del comité central del partido. Periodistas, editores, escritores, poetas, arquitectos y científicos toman parte activa en la vida del partido comunista. Carlo Levi, autor del libro de gran éxito, *Jesucristo se detuvo en Éboli*, no es miembro inscrito, y sin embargo recientemente aceptó la invitación que se le hizo para presentarse como candidato en una lista comunista. Hoy es senador. "¿Y por qué no?" me dijo cuando lo visité: "Yo no he perdido mi independencia".

Este floreciente amor entre el partido y los intelectuales entusiasma a millones de jóvenes italianos. La organización de la juventud comunista, de la cual son miembros 188.000 muchachos y muchachas de 14 a 21 años, es una de las ramas más dinámicas del partido. Ha penetrado en algunas de las más importantes universidades, tiene células juveniles en fábricas y escuelas, organiza debates culturales y hasta posee una oficina de viajes. Su caballo de batalla es que la Unión Soviética es el país del futuro: vigoroso, joven, con igualdad de oportunidades para todos, en tanto que los Estados Unidos son un país viejo y caduco, la tierra de los privilegios atrincherados, donde la juventud no tiene horizontes.

Ahí está, pues, el partido, fuerza tremenda de ataque con su recio





A. J. CRONIN
EL ARBOL de JUDAS
EDICIONES SELECTAS

núcleo de trabajadores, sus batallones de renteros, comerciantes, artesanos y estudiantes; con su caballería ligera de intelectuales y artistas. ¿Le faltará mucho para tomar el poder?

No hay por qué abandonar la esperanza en la democracia todavía joven de Italia. Entre otras cosas, el período de "desarme moral" ante la amenaza roja ha terminado. Ya el éxito comunista en las elecciones del año pasado ha movilizado fuerzas políticas y espirituales que se habían mostrado pasivas o indiferentes. Hablando con los dirigentes de los partidos del centro, se da uno cuenta de que no están en absoluto dispuestos a darse por vencidos. Muchos trabajan en la actualidad para preparar un programa constructivo que permita al gobierno rechazar la ola comunista.

El Vaticano, que durante tantos años fue punto de concentración para las fuerzas anticomunistas, ha vuelto a interesarse por lo que ocurre en Italia. En una reciente emisión, la radio del Vaticano recordó severamente a sus radioescuchas su deber de "rechazar cualquier penetración marxista". Agregó en seguida: "No existe pretexto alguno que justifique una actitud indulgente o conciliadora hacia el marxismo y el comunismo". No es un secreto que el papa Paulo VI ha concedido prioridad a la batalla contra el comunismo.

La mayoría de los políticos, así del centro católico como de la izquierda no comunista, creen que la campaña anticomunista, para que surta efecto, debe abarcar dos aspectos. "El esfuerzo para poner sobre aviso al público y desenmascarar la amenaza del comunismo", decía un distinguido estadista joven, "tiene que acompañarse con reformas estructurales. Tenemos que demostrarle al pueblo italiano —a todo el pueblo— que los partidos democráticos pueden darle un trato equitativo. Mientras no esté convencido de ello, la votación de protesta de la extrema izquierda seguirá aumentando".

Hay un hecho cierto: en caso de una victoria roja, la nueva careta del partido desaparecería rápidamente. No sería la primera vez que un país se ha dejado engañar por la falacia comunista, pues en casi todos los países de la Europa oriental que están hoy dentro del bloque soviético, el comunismo llegó al poder por obra de sus ingenuos aliados; pero una vez que el "Frente Popular" tuvo en sus manos las riendas, los comunistas se volvieron contra sus socios y los liquidaron velozmente. Así sucedió en Polonia, donde la coalición de izquierdas que ganó las elecciones de 1947 fue desbaratada desde dentro por los comunistas. Lo mismo en Rumania, donde el "Frente Nacional Democrático" fue trasformado sangrientamente en una dictadura comunista. Igual cosa ocurrió inclusive en Yugoslavia, donde los comunistas, después de haber conquistado el poder con ayuda de muchos otros grupos, inmediata-

mente lo acapararon para ellos solos.

Aunque los comunistas italianos prometen a la nación "garantías constitucionales" y hasta un sistema de varios partidos, no hay razón para creer que puedan cumplir estas promesas, por más que tuvieran la voluntad de cumplirlas; porque los comunistas son comunistas, y la misma naturaleza de la bestia a que sirven necesita el poder absoluto para sobrevivir; y el poder absoluto lleva en sí todos los trágicos aditamentos de un desalmado Estado-policía. Al llegar a la meta de su conspiración, los camaradas triunfantes abandonarían su sonrisa y tratarían tanto a sus asociados como a sus adversarios de acuerdo con su bien conocida fórmula.



El réquiem de un Papa

La historia recordará al Papa Juan XXIII como un hombre bondadoso. A algunos esto no les parecerá suficiente, mas el poder decir de alguien que "fue bueno" es el máximo elogio que se le puede hacer, pues supone que creemos en su vida y en su obra. ¿Cuándo en la historia de la humanidad, ha sido posible decir de uno de sus dirigentes, sin salvedad, sin reservas: "fue un hombre bueno"?

Y lo más notable es que Juan XXIII supo ser poderoso y bueno a un mismo tiempo. Nos hemos vuelto demasiado pesimistas al considerar de dónde emana el poder. Lo hemos analizado, hemos estado sujetos a él, lo hemos sufrido. Hemos llegado a concluir (y dondequiera se ven las pruebas de que así lo creemos) que el poder se asienta en el temor. Mas de pronto, a través de los cuatro años y medio de su pontificado, este hombre bondadoso nos demostró que hay también un fenómeno de poder basado en la bondad.

Habérnoslo enseñado así es tal vez el gran legado, el mayor bien que pudo hacer a la humanidad el papa bueno . . . más grande que sus encíclicas sobre problemas sociales, más importante que el Concilio Ecuménico que convocó, de mayor alcance que sus esfuerzos en favor de la unidad cristiana . . . simplemente porque todos estos afanes suyos fueron criaturas nacidas de su fe en que la bondad podía prevalecer.

Esa confianza ha alcanzado a todos, creyentes o incrédulos. Siempre hemos dado por sentado que el hombre desea creer en la bondad, pero ¿quién puede decir que en la vida ha hallado ejemplos que lo confirmen en su fe? Este ensueño, esta visión, este credo puede que no sobreviva mucho tiempo a la muerte del papa Juan, mas al menos podremos decir que, por un momento fugaz en la historia, él nos hizo comprender toda la hondura de esta frase: "Era un hombre bueno".

— Sander Vanocur, comentarista de la televisión



Obras de arte a domicilio

Por Oscar Schisgall

Condensado de "The Reporter Dispatch"

Hoy, millones de personas pueden ser propietarias de cuadros valiosos gracias al sistema de alquiler, con opción de compra, que se extiende cada día más entre las galerías y museos de los Estados Unidos.

Un fenómeno singular está ocurriendo hoy día en los Estados Unidos en el campo del arte, que Joseph Patterson, director de la Asociación Norteamericana de Museos, califica como "Renacimiento moderno". En los dos últimos años, sólo en la

Foto: Joseph Barnell

ciudad de Nueva York se abrieron más de cien galerías. No hace más de dos lustros, en un día de trabajo corriente entrarían en ellas siete u ocho personas. Actualmente, en un día laborable acuden de 50 a 60 visitantes. Es más, el grueso de las ventas que hacen las galerías va a parar a personas de recursos modestos.

Esta concurrencia a las exposiciones se debe a varios factores, y no es el más despreciable el sistema de ventas a plazos. Hace diez años, los compradores de cuadros eran principalmente aquellos que podían permitirse el lujo de invertir centenares o miles de dólares en pinturas. Hoy, probablemente la mitad de ellas se pagan a plazos, inclusive las que adquieren los compradores acomodados. En períodos de pago de seis meses a tres años no se cargan intereses ni gastos de contabilidad; se paga simplemente el costo neto del cuadro.

Muchas familias se animaron, en vista de estas facilidades, a reservar un renglón de su presupuesto para obras de arte. Los propietarios de galerías me hablan de clientes que les pagan de 10 a 25 dólares mensuales. Con esta inversión, el que tiene entradas limitadas puede adquirir gradualmente una colección y cultivar, al mismo tiempo, sus propios gustos y su sensibilidad estética.

Para más estímulo, hay muchas comunidades que organizan exposiciones anuales de su arte peculiar. En la ciudad de Nueva York, hasta los restaurantes están contribuyendo a esta prosperidad. Adornan sus paredes con cuadros que les prestan las galerías de arte y, en correspondencia, venden por cuenta de ellas las obras exhibidas.

No obstante, quizá el incentivo más grande para la compra de obras de arte lo haya ofrecido un procedimiento que nos propusieron a mi esposa y a mí en una galería neoyorquina. Estábamos admirando una pintura de Beeb Salzer titulada "Parada", que valía 550 dólares; no nos decidíamos a comprarla, pero el dueño, mientras nos la enseñaba, propuso: "¿Por qué no alquilan el cuadro durante unos meses? Después, si deciden quedarse con él, les descontaremos todo lo que hayan pagado por alquiler".

Así averiguamos que se pueden alquilar bellos cuadros originales pagando al mes hasta un dos por ciento aproximadamente de su precio de venta. Se puede tener un cuadro en casa durante un año, asegurado totalmente por la galería o el museo. Y, desde luego, puede quedar allí definitivamente si el cliente decide comprarlo.

No sólo las galerías, sino también los museos de arte de todos los Estados Unidos han implantado el sistema de alquiler de cuadros. El Centro de Arte de Milwaukee es un museo que presta gratis las obras, muy de acuerdo con la teoría de que la función primordial del museo artístico es estimular el interés público por el arte, e indudablemente uno de los medios más efica-

ces de lograrlo consiste en llevar el arte al hogar.

En casi todos los Estados se han establecido ya estos servicios de alquiler de obras de arte, y su número crece con tal rapidez que ni siquiera la Asociación Norteamericana de Museos, de la ciudad de Washington, sabe a ciencia cierta cuántos hay en determinado momento. Su director me ha dicho que quizá en los años venideros los 591 museos de arte de los Estados Unidos adopten el sistema de alquiler de cuadros.

Todavía no se han recogido estadísticas de las obras alquiladas en todo el país. Cada museo conoce solamente sus propias cifras. Pero en Nueva York, el Museo de Arte Moderno, que tiene de 500 a 750 obras en su pinacoteca circulante (limitada a sus socios), ha hecho hasta ahora más de 7800 operaciones de alquiler, y de ellas 2000 (aproximadamente el 25 por ciento) se han convertido en ventas.

Parece que la idea de alquilar cuadros la concibió en Nueva York hace algunos años un acaudalado peletero y apasionado coleccionista de obras de arte. Compraba cuadros a centenares. Cuando llenó su propia residencia empezó a distribuirlos en los domicilios de sus dos hijas casadas, Ruth Butler y Eleanor Sadowsky. Pronto se llenaron también las paredes de estas casas y, en vista de eso, las hermanas prestaron muchos a sus amigos. Éstos los recibían con tanta avidez que ambas mujeres concibieron la feliz idea de alquilarlos al público en general.

Así fue como nació en 1947 la Pinacoteca Circulante de Nueva York. Hoy las dos hermanas tienen lo que probablemente es el servicio privado de alquiler más completo del mundo, que ofrece a los clientes ejemplos de todas las escuelas artísticas. Y, como destinan todos sus beneficios a la adquisición de nuevas obras de artistas contemporáneos, se han convertido en eminentes mecenas de genios en cierne.

La mayoría de los comerciantes en obras de arte han acogido con satisfacción estas actividades de alquiler de cuadros de los museos. Un vendedor de pinturas de Nueva York me dijo: "Están forjando una nueva clase de público comprador de obras artísticas. Los dueños de galerías privadas tenemos hoy clientes que antes jamás veíamos por aquí. Y no tiene usted idea del orgullo que sienten algunas familias por su colección".

Además de introducir bellas pinturas en millares de hogares, este florecimiento del arte ha proporcionado a los artistas ingresos en aumento constante. Antes, tenían que depender del patrocinio de un puñado de hombres acaudalados. Hoy, su mercado potencial está formado por millones de familias.

No matamos el tiempo; él nos mata a nosotros. — G. F.



Acróbata de los bosques

Las ardillas, roedores de 600 gramos de peso, son también jardineros de la Naturaleza y diablillos del mundo animal.

POR JACK DENTON SCOTT
Condensado de "U. S. Lady"

CIERTO DÍA del invierno pasado observaba yo desde mi casa, situada en un bosque, las idas y venidas de una ardilla gris en lo alto de un roble sacudido por el viento. La cellisca había cubierto aquel árbol de resbaladiza envoltura de plata. Inexplicable parecía que la ardilla, por asombrosa que fuese su agilidad, hubiese podido trepar hasta donde se hallaba. De pronto veo que se le han ido los pies y cae de una altura de 25 metros, esponjando la cola a guisa de paracaídas y, aunque da contra el suelo helado, se aleja de allí tan campante como si nada le hubiera sucedido.

Un naturalista al que hablé del caso, me dijo: "Sea usted bien venido al gremio de observadores de la

ardilla. Pero esa caída no tiene nada de particular". Y me contó que había visto él a una ardilla caerse de una altura de unos 200 metros, ondulando hacia abajo con la cola erizada para aminorar la velocidad del descenso, y posarse en el suelo con la facilidad de un ave.

Esa suntuosa cola de la ardilla mide 20 centímetros de largo y es su mejor posesión. Los antiguos griegos, que para todo tenían el nombre apropiado, pusieron a la ardilla uno que, literalmente interpretado, significa "aquel que se sienta a la sombra de su propia cola". Horas enteras pasan las ardillas ocupadas en peinar y alisar ese piloso apéndice, que a más de amortiguar sus caídas les sirve de escudo en sus riñas. Cuando hace frío se arropan con la cola como si fuese una manta. En días lluviosos las he visto sentadas tranquilamente, con la cola arqueada sobre la cabeza a modo de paraguas. Aquel apéndice les sirve también para equilibrarse en sus asombrosos saltos de un árbol a otro; con ella se ayudan al avanzar con airosa agilidad por delgadísimas ramas, como el volatinero con el paraguas cuando camina por la cuerda floja.

A estos acróbatas de 600 gramos de peso, pertenecientes a una familia de roedores en la que hay 1300 especies, se les encuentra en casi todo el mundo.

En el año de 1935 me tocó presenciar en el oeste del Estado de Nueva York una histórica migración de ardillas grises. El espectáculo era asombroso: miles y miles de ellas avanzaban por las carreteras y los campos, por las calles de aldeas y ciudades, y a nado cruzaban lagos y ríos. Aunque muchas se ahogaban, o morían atropelladas en los transitados caminos, la horda seguía su resuelta marcha, parecida a una migración de *lémmings*.

Movimientos migratorios semejantes a éste los ha habido en muchas otras regiones. En las actas del Congreso de los Estados Unidos constan las observaciones hechas por Robert Kennicott acerca de una migración de muchedumbres de ardillas en el Estado de Wisconsin, la cual duró más de un mes y se repitió cada cinco años. El naturalista W. J. Hamilton, hijo, atribuye estos inexplicables movimientos migratorios a una de estas dos causas: la escasez de alimentos, o el exceso de multiplicación de la especie.

De todas las especies animales son tal vez las ardillas grises las que tienen el área de dispersión más extensa y poseen las máximas condiciones de adaptabilidad, por lo cual pueden sobrevivir y multiplicarse en la montaña o en la llanura, en los bosques o en los parques. Acomodando su alimentación a las estaciones, se sustentan de frutas y bayas, de miel silvestre, de semillas de alerce o de pino, y hasta de las piñas de esas coníferas; comen hongos, cogollos, corteza de los árboles. Están dispuestas a hincar el diente en cualquier cosa. Cierta vez sorprendí a una ardilla gris que llegó hasta un nido de gansos, momentá-

neamente abandonado, para sacar de allí, rodando, unos huevos casi tan grandes como ella misma.

El insaciable apetito de estos roedores ha sido un quebradero de cabeza para los ingenieros de las compañías de teléfonos, pues las ardillas roen la cubierta de los cables eléctricos y así causan repetidas interrupciones en las líneas. Al fin se descubrió que la envoltura de plomo de los alambres telefónicos era apetitoso manjar para esos animales. Los ingenieros lo han ensayado todo para frustrar a los animalitos, desde los repelentes de diversas clases hasta los choques eléctricos, pero las ardillas siguen roe que roe.

Durante la presidencia del general Eisenhower los roedores ocasionaron un revuelo en la Casa Blanca, donde dieron en escarbar en el *green* de golf del Presidente sin cuidarse de volver el césped a su sitio. El presidente Eisenhower acabó por ordenar que se llamara a un trampero. Sin embargo, las ardillas contaban con amigos influyentes. Cierto senador puso en conmoción al público de su distrito a la voz de "¡Salvad vuestras ardillas!" Se abrió una suscripción para reunir fondos a fin de librarlas del destierro. Resultado: aún siguen las ardillas escarbando en el césped de la Casa Blanca.

Contra lo que generalmente se cree, las ardillas grises no almacenan en un solo lugar las nueces de que hacen provisión para el invierno: las entierran en el suelo, aquí y allá, a unos cuantos centímetros de profundidad. El naturalista Ernest Thompson Seton calculaba que una ardilla puesta con empeño a la tarea enterrará cinco nueces cada tres minutos y medio, lo que hará todas las mañanas durante los tres meses de la buena estación, de modo que al final habrá enterrado unas 10.000 nueces.

Cómo se las arreglan las ardillas para dar con las nueces que han enterrado, es asunto que pica la curiosidad. La mayoría de los naturalistas suponen que las ayuda principalmente su finísimo olfato. Seton cuenta que vio una ardilla gris escarbar directamente, sin vacilaciones ni tanteos, en un punto del suelo cubierto por una capa de nieve de 60 centímetros de espesor, para sacar las nueces. Las ardillas las cascan en un dos por tres valiéndose de sus dos pares de largos incisivos curvos, los cuales crecen continuamente y, a fin de que no pasen de su tamaño normal, deben desgastarse a diario mediante el uso.

De las nueces enterradas y no recobradas por las ardillas acabarán por nacer árboles. Dado que las ju-

Foto: H. A. Thornhill/Audubon Society

Nacimiento de un Sistema

Hace muchos años, particularmente en los albores de la Edad Moderna, los estados del Mediterráneo y, especialmente Las Señorías y Principados de Italia, florecieron poderosos, gracias al intensísimo comercio marítimo que sus acaudalados mercaderes, armadores y financistas realizaban.

Con el andar del tiempo, tan importante llegó a ser este negocio y tan disputados los mercados, que sobrevinieron reyertas, conflictos, y aún guerras entre distintos Estados.

El trueque de armas, productos manufacturados, alimentos, metales preciosos, etc.; por sedas, brocados, tapices, especias o perfumes, que efectuaban en los países de Oriente, enriquecía aún más a los privilegiados participantes de este tráfico. Las ingentes utilidades que cada cargamento les reportaba, eran habitualmente distribuidas entre los asociados, en proporción a lo que habían aportado.

Quienes historian la economía a través de los tiempos, juzgan que esas asociaciones deben considerarse como las precursoras de las modernas instituciones denominadas "Fondos Comunes de Inversión".

Las uniones primitivas eran solamente para los poderosos de aquella hora, mientras que las actuales son para todos; fuertes o modestos inversores. Diferentes estructuras y también diferentes proyecciones sociales, pero la esencia de la fructuosa mancomunidad está igualmente presente en unas u otras.

Quien hoy se asocia a un Fondo Común de Inversiones, cualquiera sea el monto de lo que invierta, participa de las utilidades y valorización de todas las empresas que el Fondo ha seleccionado.

La administración de estas instituciones ejercida por expertos, trabaja por igual para los grandes o pequeños inversores brindándoles el servicio imponderable de su experiencia, y liberándolos de preocupaciones y desvelos.

Se atribuye a los Fondos Comunes de Inversión buena parte de mérito en la prosperidad y creciente industrialización de algunos países. Coincidentemente en EE. UU., Inglaterra, Alemania, Suiza, Brasil y Japón han tenido, en los últimos años, un desarrollo portentoso.

En nuestro país, cada día es mayor el número de personas que invierte en ellos. Lo hacen principalmente los ahorristas comunes, que ven en los Fondos de Inversión la alternativa mejor para sus ahorros que están allí seguros; valorizándose, rindiendo, liberados de impuestos y permanentemente disponibles. Para ellos, ahorrar vuelve a tener sentido.

El lector que desee obtener más información podrá recabarla al Fondo Común de Inversión, Av. Corrientes 545, 10º Piso, Capital.

Deseo recibir más información sobre Fondo Común de Inversión.

Nombre ....

Dirección .... Tel. ....

Ciudad .... FF.CC. ....

Ocupación ....

glándeas como la pacana, el nogal blanco y el avellano nacen únicamente de nueces metidas bajo tierra, muchos naturalistas son de parecer que la mayoría de los bosquecillos silvestres de estas plantas los debemos al jardinero de la Naturaleza: la ardilla gris.

Tienen estas ardillas una vista agudísima, en particular en lo que hace a percepción del movimiento. Contados cazadores tienen la paciencia que es menester para estarse sentados e inmóviles por el largo espacio de tiempo necesario para pasar inadvertidos a esa penetrante mirada. Según se cree, nada escapa al excepcional oído de las ardillas, ni tan siquiera, al decir de algunos cazadores, el leve crujido de la ramita que se quebró a considerable distancia.

Aptas para el mimetismo, las de los bosques se quedan inmóviles contra el tronco de un árbol o tendidas a lo largo de una rama y parecen formar parte de uno u otra. Una de sus más hábiles tretas es el "escondite", que consiste en colocarse detrás de un árbol en el lado contrario a aquel en que uno se halle. En cierta ocasión estuve dando vueltas en rededor del tronco en torno al cual la ardilla hacía otro tanto, a fin de quedar continuamente en el costado opuesto al mío. Por último, al cabo de 20 vueltas, cansada del juego, corrió la ardilla a treparse a la copa del árbol.

Estos animalitos cuidan celosamente de sus crías. Vi una ardilla gris, a la cual asustó el ruido que hacían unos trabajadores al podar un árbol cercano a aquel en que ella tenía su nido, huir precipitadamente llevándose a sus tres hijuelos. Éstos, subidos en el lomo de la madre, se le asían al cuello con brazos y cola, según acostumbran hacerlo cuando los lleva de un lado a otro. Segura de que las crías iban cómodamente sujetas, la ardilla se detuvo, lanzó a los intrusos miradas y chillidos furibundos, y por fin, tras mucho vociferar, se refugió en un nuevo nido, a unos 400 metros de distancia. En otra ocasión observé que una ardilla, madre de hijuelos ya creciditos, gruñía, gritaba y, erguida sobre las patas traseras, manoteaba furiosamente al hacer cara a un gavilán que creía haber encontrado comida tan fácil como gustosa. El ave rapaz, aparentemente descorazonada ante tan agresiva actitud, voló a otra parte, en busca de presa más asequible.

La camada de la ardilla gris consta de tres a cinco hijos. El parto ocurre en la primavera o el otoño. A las crías, que nacen sin pelo, con los ojos cerrados, y pesan 14 gramos, la madre las amamanta en el nido por siete semanas, al cabo de las cuales se aventuran a salir de aquél, tímidamente al principio, tanteando las ramas del árbol. A las 10 semanas, aproximadamente, las desteta, y a la edad de cinco o seis meses son ya aptas para los dos lustros de retozona vida que les esperan. La complaciente madre les hace donación del nido en que habitan y ella se fabrica otro. El nido,

situado en la copa del árbol, es pequeño, de forma esférica y de construcción primorosa, en la que entran hojas y ramitas entrelazadas. Lleva un techo ingeniosamente abovedado, impermeable a la lluvia, y una entrada hábilmente disimulada con ramillas; lo aísla del exterior una capa de hojas y hierba, cuyos intersticios están rellenos de musgo y de astillas de la corteza de los árboles.

Algunas autoridades hacen figurar a estos despiertos animalitos entre los de mayor inteligencia. Refiere Frank Fite, vecino de Croton-on-Hudson, en el Estado de Nueva York, que solía echar de comer a las ardillas grises hasta que se volvían mansas y confiadas. Las más domesticadas dejaban a veces de comer para trepar a lo alto de un árbol, desde el cual se ponían a imitar el maullido de un gato. Siempre que esto sucedía, asomaba a poco algún gato. Es de suponer que las ardillas que imitaban el maullido lo hicieran para advertir a las demás. El naturalista A. D. Middleton cuenta que en Yorkshire (Inglaterra), varias ardillas grises se las ingeniaron para sacar el grano de los comederos automáticos destinados a los faisanes; con las patas delanteras empujaban una planchita de madera de que está provisto el comedero.

En todas partes va cobrando día a día más boga un nuevo deporte sedentario: el de los observadores de ardillas. Las que habitan en casi todos los parques atraen con sus graciosos y ágiles movimientos la atención del público. Son los juguetones diablillos del mundo animal estas ardillas grises que, cuando no andan en busca de comida, pasan la mayor parte del tiempo saltando de un árbol a otro, haciendo piruetas en una rama, trepando como una exhalación tronco arriba, o bien chillando y chachareando en muestra de una prodigiosa alegría de vivir. La señorita E. A. Robinson, de Northport (Estado de Nueva York), relata el curioso caso de cuatro jóvenes ardillas grises que se reunían diariamente a la caída de la tarde con un conejo... para retozar y jugar al escondite.

En los parques pasa la gente horas enteras entretenida en arrojar nueces a las ardillas, que acuden a mendigarlas con petulancia; no falta quien las provoque a encaramársele en sus brazos y a posársele en el hombro. No cabe duda: la contemplación de las ardillas será siempre parte de los encantos de un rústico paisaje.

Dilema diplomático. La poligamia plantea sus problemas. En un coctel de las Naciones Unidas el delegado de un país pequeño del África Occidental se quejaba de soledad. "En mi tierra", decía, "tengo tres esposas, pero mi gobierno no puede darse el lujo de traérmelas a las tres y yo no puedo darme el lujo de escoger una de ellas".

— *Time*

Tanto se ha extendido el uso de los insecticidas que ha provocado acaloradas controversias en diversos países. Pero ¿qué hay de cierto en cuanto se dice a favor o en contra?

¿Son realmente peligrosos los insecticidas?

POR JOHN STROHM Y CLIFF GANSCHOW

CADA AÑO se arrojan, en crecientes cantidades, cientos de millones de kilogramos de venenos sobre huertos, plantaciones y bosques, en una guerra química contra las hordas de insectos dañinos que nos roban los alimentos y propagan las enfermedades.

El mundo está ganando esta batalla, ya que en ninguna otra época de la historia comió tan bien ni gozó de tan buena salud; pero ¿no estaremos perdiendo *la guerra*? ¿No estaremos enturbiando nuestro propio manantial y, sin quererlo, envenenándonos nosotros mismos y acabando con nuestros buenos amigos los animales del monte?

Algunos hombres de ciencia afirman que eso es, precisamente, lo que estamos haciendo; mas hay otros, igualmente autorizados, que se ríen de semejante idea y dicen que abrigar tales temores es exagerar un mal pequeño y cerrar los ojos a los inmensos beneficios que nos han traído los insecticidas químicos. La controversia concierne a la salud de nuestras familias y al suministro de nuestra alimentación, tanto en cantidad como en calidad y precio: ¿Cuál es, pues, la verdad?

¿Son necesarios los insecticidas químicos? Desde los tiempos bíblicos el hombre se ha visto agobiado por las plagas de insectos. En 1874, grandes nubes de langostas ensombrecieron el cielo en los Estados Unidos; en 1908, el gorgojo del algodón acabó con la economía de las

importantes plantaciones del Sur.

Pero de 1940 acá hemos entrado en la "era de la química". Sólo al DDT se atribuye el haber salvado cinco millones de vidas por haber logrado dominar al mosquito trasmisor del paludismo. Después de la guerra los laboratorios comenzaron a producir todo un arsenal de armas químicas para combatir los insectos que afectan a las plantas no menos que a los seres humanos.

Aun los más ardientes críticos de los insecticidas tienen que reconocer que éstos son indispensables; pero pocos nos damos cuenta de lo mucho que dependemos de ellos.

De no ser por los insecticidas habría que imponer el racionamiento de alimentos y las amas de casa formarían colas para comprar víveres que serían de mala calidad: tomates dañados, patatas raquíticas, maíz agusanado.

Aun con el volumen que el uso de insecticidas alcanza actualmente en los Estados Unidos, por ejemplo, se necesitarían 50 millones de hectáreas adicionales para contrarrestar las pérdidas que los insectos nocivos causan todavía en ese país. Ellos solos anulan la producción de un millón de trabajadores agrícolas. "Los Estados Unidos, sencillamente, no podrían atender a su propia subsistencia sin ayuda de los productos químicos", afirma el Dr. Arnold Lehman, jefe de farmacología de la Administración de Alimentos y Drogas.

El panorama mundial sería todavía más sombrío. "Sin insecticidas, millones de personas perecerían", dice claramente un funcionario de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO).

En Egipto, en 1962, tuvimos ocasión de observar la gran batalla que dieron varios millares de niños de escuela contra una plaga de gusanos que amenazaba acabar con los alimentos y las plantaciones de fibras textiles del país. La perdieron lastimosamente. Tan pronto como los niños desprendían los gusanos de las plantas y trataban de destruir los huevos, aparecían otros millares de larvas y atacaban con aterradora ferocidad.

Se evitó la tragedia porque se organizó el puente aéreo comercial más grande de la historia para llevar a toda prisa a Egipto 900.000 kilogramos de un nuevo insecticida norteamericano. Un campesino con un pulverizador de morral lleno de este insecticida, lograba lo que 1000 niños jamás podrían hacer: con una sola pasada por su campo acabó con la plaga. El ministro de Agricultura egipcio declaró, agradecido: "Sin esta arma milagrosa, habríamos sufrido grandemente".

Sin los insecticidas químicos tampoco se podría impedir la propaga-

---

JOHN STROHM, distinguido escritor de asuntos agrícolas y ex-presidente de la Asociación de Escritores Agrícolas, ha sido director de varias revistas especializadas en agricultura y fauna. También ha hecho estudios sobre los alimentos y métodos agrícolas de 70 países. Cliff Ganschow es jefe de redacción de *Ford Farming* y *Ford Almanac*, y ha publicado muchos trabajos sobre temas científicos.

ción de ciertas enfermedades humanas. "Durante muchos siglos la fiebre amarilla, el paludismo, el tifo, la peste bubónica, la encefalitis letárgica y muchísimos otros de los males trasmitidos por insectos han sido factores dominantes para retardar el progreso de la humanidad", nos recuerda el entomólogo Decker. "En la mayor parte de las grandes guerras de la historia, las bajas atribuibles a estas enfermedades han superado con mucho las causadas por las flechas, balas, metralla, fragmentos de bombas y gases venenosos combinados. Los insecticidas modernos han salvado millones de vidas".

¿Por qué tanta alarma? A pesar de estos beneficios indiscutibles, la creciente preocupación por el riesgo que los insecticidas químicos representan, se ha convertido en verdadera alarma. La provocó Rachel Carson, autora del notable libro *El mar que nos rodea,* con otro que publicó en 1962 y que se ha vendido muchísimo, titulado *Silent Spring* (Primavera silenciosa). En esta obra plantea un grave interrogante: ¿No estará el hombre, por su descuido en el empleo de los insecticidas químicos, envenenando el ambiente en que vive, matando la fauna y fomentando indeseables mutaciones genéticas en las generaciones por nacer?

En el Este de los Estados Unidos, algunas personas, airadas, exigen que los funcionarios suspendan la fumigación de los bosques que tiene por objeto acabar con cierto género de mariposa: la *Porthetria dispar*. Los amantes de las aves se oponen a que se trate de salvar los álamos porque el insecticida propio para ello podría matar a los petirrojos. Un terrateniente quiere que se recurra al DDT para matar a los mosquitos mientras que su vecino teme que el insecticida acabe con los peces.

El presidente Kennedy nombró una junta de científicos para que determinaran si los insecticidas realmente representan algún peligro para las personas. Después de varios meses de deliberación y de muchos desacuerdos, la junta informó en mayo de 1963 que su estudio de los insecticidas "ponía de relieve el gran valor de éstos al propio tiempo que indicaba, al parecer, la existencia de riesgos". Los científicos opinaron que se requieren nuevas investigaciones y medidas más estrictas para regular el uso de los insecticidas.

Han tenido ocasión de expresar su parecer funcionarios del gobierno, representantes de la industria, de la agricultura y la sanidad, y grupos interesados en la conservación de la fauna y la flora, y las opiniones han sido muy encontradas, pero ciertos hechos son notorios:

Los insecticidas son venenosos. Los más de los insecticidas son tóxicos y deben tratarse como tales. Ninguna autoridad consciente menosprecia el peligro de emplearlos sin las precauciones necesarias.

En los Estados Unidos, por ejemplo, el total de muertes de que han

sido causa los insecticidas ha alcanzado de 85 a 160 al año, todas por *impropio empleo* de ellos, ninguna debida a la ingestión de alimentos que hubieran estado contaminados. Algunas de estas muertes han sido suicidios. Más de la mitad han sido accidentes ocurridos por haber dejado las materias tóxicas al alcance de los niños. Las restantes las ha causado el descuido en el manejo o la aplicación de algún insecticida, o el no haber hecho caso de las prevenciones que vienen en las etiquetas.*

Los alimentos contienen insecticidas. La mayor alarma la ha causado la presencia en los alimentos de sustancias tóxicas procedentes de insecticidas. El hombre las ingiere en diminutas cantidades cuando consume legumbres de su huerta, come frutas, toma leche, o come pescado. Pero "a pesar de los daños que puedan atribuirse a la ingestión de residuos tóxicos presentes en los alimentos, no sé de ningún caso en que un ser humano haya sufrido dolencia alguna", declara el Dr. Millard Bethel, director de la sección de sanidad ambiental de la Asociación Médica Norteamericana.

Según informes alarmistas, el DDT ha contribuido a toda clase de dolencias humanas: una enfermedad producida por virus, un síndrome siconeurótico, la poliomielitis, la hepatitis, las afecciones cardiovasculares y cáncer. El Dr. Wayland Hayes, del Centro de Enfermedades Contagiosas del Servicio de Salud Pública en Atlanta (Georgia), rechaza tales afirmaciones: "Durante años de investigación, ha sido imposible confirmar el aserto de que los insecticidas, utilizados debidamente, hayan sido causa de *ninguna* enfermedad del hombre ni de los animales".

Los animales se perjudican. Después de que en seis Estados de la Unión Norteamericana se esparció desde el aire cierto insecticida contra el escarabajo japonés, se hallaron muertos millares de pájaros, ardillas y otros animales. Después de rociar DDT para proteger los bosques que rodean el parque de Yellowstone, se contaron 600 peces muertos en un tramo de 300 metros de costa. En las ciudades del Oeste Medio la fumigación de los álamos ha producido la muerte de muchos petirrojos. Pájaros, flores, peces, cangrejos e insectos útiles murieron cuando, para combatir cierta dañina mariposa, se rociaron los bosques del Este con aceite combustible que contenía DDT.

"Si se llevan a cabo, tal como están proyectados, los actuales programas para acabar con los insectos, en el curso de un solo decenio el exterminio de vida animal que presenciaremos alcanzará un grado jamás visto antes en la historia", declara el Dr. George Wallace, zoó-

*"Para ver las cosas en su justa perspectiva", dice el bacteriólogo I. L. Baldwin, de la Universidad de Wisconsin, "téngase presente que la aspirina, según se sabe, es causa de casi el doble de aquel número de defunciones, y las picaduras de abeja, de cerca de la mitad".

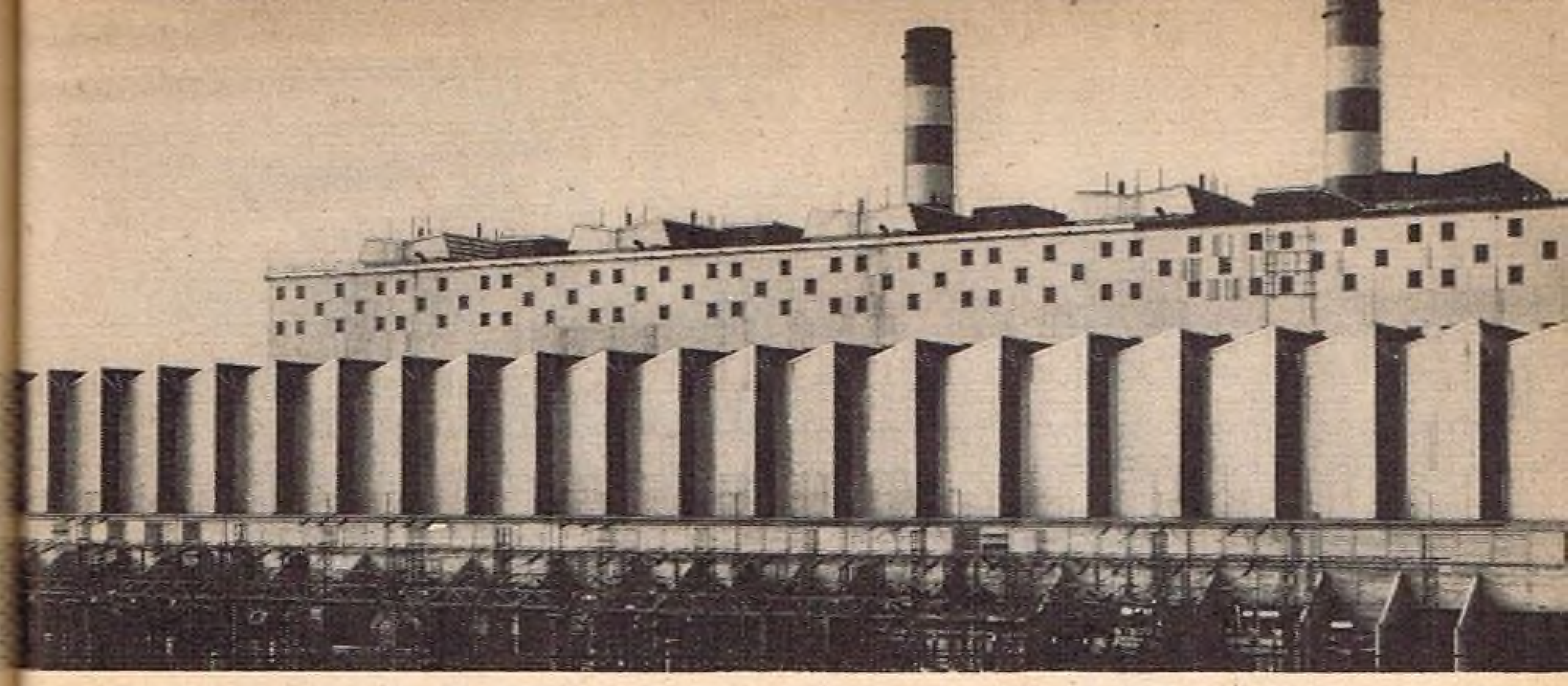
logo de la Fundación W. K. Kellogg.

Muchos sabios opinan que tales declaraciones son exageradas. Observa el Dr. Decker: "La extensión afectada por estas pérdidas es insignificante". Además, la fauna silvestre se reproduce con gran rapidez.

Algunos amantes de los animales temen que el constante empleo de insecticidas altere el equilibrio de la Naturaleza; pero la junta presidencial norteamericana, en su informe sobre los insecticidas, reconoce que el hombre viene alterando continuamente ese equilibrio en provecho propio. El Dr. Byron Shaw, administrador del Servicio de Investigaciones Agrícolas, nos recuerda que hace tres siglos, cuando nadie había modificado el equilibrio natural, "todo el territorio de Norteamérica apenas sustentaba, y malamente, a menos de un millón de pieles rojas".

En busca de alternativas. Los fabricantes estadounidenses invierten anualmente millones de dólares en la investigación, en constante busca de insecticidas que sean más eficaces y seguros. Por ejemplo, el "Mirex" exterminará las hormigas sin causar daño a la fauna silvestre, y cuesta sólo la mitad de lo que costaba el heptaclor, el insecticida usado anteriormente. El "Sevin" mata insectos que ahora son inmunes al DDT, y sin embargo es menos tóxico que éste, tanto para el hombre como para los animales. Al mismo tiempo, la busca de otros medios para exterminar insectos nocivos continúa adelante en muchos frentes. En el Laboratorio Nacional de Brookhaven, en Long Island, millares de semillas llegadas de diversas estaciones de experimentación de los Estados Unidos y de otros países, se exponen a la radiación a fin de producir en ellas mutaciones, con la esperanza de hacer posible la creación de plantas más resistentes a las enfermedades y a los insectos. Los especialistas en genética siguen buscando en todos los rincones del mundo plantas resistentes.

Una campaña de asombrosa diversidad se viene llevando a cabo para encontrar métodos insecticidas en que se combinen elementos químicos y biológicos. Por ejemplo, al gorgojo del algodón, que produce pérdidas incalculables, se le puede exterminar por medio de un satánico sabotaje de su vida amorosa: con el empleo de uno de 50 productos químicos que causan la esterilidad. Echando mano de un principio similar, un grupo de brillantes investigadores, encabezado por el Dr. E. F. Knipling, científico de la Secretaría de Agricultura, acabó con cierta especie de moscón (el *Callitroga hominivorax*) en el Sudeste norteamericano. Se criaron en cautividad millones de moscones macho; sometiéndolos a irradiaciones de cobalto, se les esterilizó, y luego se les soltó para que se juntaran con las hembras silvestres. Como este moscón sólo se aparea una vez, las hembras no dieron cría, y el moscón se extinguió.



En la moderna Central Costanera, los turbogeneradores 1 y 2 entraron en servicio efectivo en abril y julio sumando 240.000 kW. Y ahora, ya se conectaron a la red las máquinas 3 y 4 con 240.000 kW más. En poco tiempo, los cinco turbogeneradores de esta planta totalizarán 600.000 kW.

Potencia en centrales de SEGBA a enero de 1964	
CENTRAL DOCK SUD	**120.000 kW**
CENTRAL PUERTO NUEVO	**645.000 „**
CENTRAL COSTANERA	**480.000 „**
	1.245.000 kW

PUERTO NUEVO
COSTANERA
DOCK SUD

Se lleva a cabo la extensión de un gran sistema de transmisión de 132.000 volt que "abarca" toda la Capital Federal y el Gran Buenos Aires y llega hasta La Plata.
Esto significa: llegar a atender 300.000 usuarios más y alrededor de 300 nuevos barrios.


Progresamos
en 3 años
más que en 25 años
anteriores!
Día a día, se conquista una etapa de tremendo esfuerzo técnico, humano y financiero. 674.000 KILOVATIOS MAS ya han sido incorporados definitivamente a toda la red de transmisión y distribución. Esto significa un notable beneficio para 13.000 kilómetros cuadrados (Capital Federal y 31 partidos del Gran Buenos Aires): un progresivo mejor servicio para 7.000.000 de habitantes!
• Más caballos de fuerza para la industria!
• Más ventas para el comercio!
• Fuerza vital para esos magníficos artefactos del hogar, que hacen la vida más fácil y confortable!
• Más belleza para calles y avenidas!
Y aún falta mucho más! Paulatinamente se podrá disponer de energía en las diversas zonas, para satisfacer las necesidades crecientes de todos los usuarios!
Hacia el progreso... con energía eléctrica
segba
SERVICIOS ELECTRICOS DEL GRAN BUENOS AIRES S.A.
En este momento se tienden 5.000 kilómetros de líneas de alta, media y baja tensión aéreas y subterráneas— que alimentarán paulatinamente a todas las zonas... y a todos los sectores!

Del instinto sexual de los insectos se valen también los investigadores de la Secretaría de Agricultura en la isla de Rota, en el Pacífico, donde esperan poder exterminar la mosca frugívora del Oriente, uno de los insectos más dañinos de todos. Los machos, antes de que se apareen, son atraídos, desde distancias hasta de 750 metros, hacia unos pequeños cuadros de madera de fibra, con el señuelo de una sustancia química que es un poderoso atractivo sexual. La trampa consiste en que la madera ha sido tratada también con un insecticida mortífero.

Los insectos, como la gente, pueden contraer enfermedades, y desde 1930 los hombres de ciencia han venido tratando de explotar esta debilidad. El agente patológico más idóneo que se ha encontrado hasta ahora es el *Bacillus thuringiensis*. Este mata 120 variedades distintas de insectos, inclusive muchas orugas dañinas, y sin embargo no hace daño a los insectos benéficos ni a los animales, a los peces o al hombre. Roland Clement, biólogo de la Sociedad Nacional Audubon, dice: "Esto es lo que estábamos buscando".

Rachel Carson declaró ante una comisión del Congreso: "Confío en que ustedes darán todo su apoyo a la investigación sobre estos nuevos métodos para exterminar los insectos perniciosos, en que el empleo de sustancias químicas se reducirá a un mínimo o se eliminará del todo".

Aun muchos partidarios de los insecticidas están de acuerdo en que, si bien los insecticidas tradicionales han de seguir siendo, por ahora, el arma número uno, se necesita mucho más dinero y personal para la investigación de las enfermedades de los insectos, de los métodos para esterilizarlos y para el cultivo de plantas resistentes a los insectos.

Y ahora ¿adónde vamos? La mayor parte de los hombres de ciencia están de acuerdo en que se necesita una inspección más estricta de los alimentos, nuevas investigaciones sobre los residuos tóxicos presentes en éstos y los efectos que aquéllos puedan obrar a largo plazo en los seres humanos, así como disposiciones más estrictas sobre el empleo de las sustancias químicas, sobre todo cuando se trate de la fumigación de grandes extensiones.

Igualmente importantes son ciertas cosas que *debemos abstenernos de hacer*, aunque a hacerlas pudiera llevarnos la emotividad del momento:

1) No sacrifiquemos beneficios comprobados por temores no comprobados.

2) Debe evitarse que el expedienteo y la excesiva reglamentación aten las manos a los químicos investigadores, cuya labor es de urgente necesidad para resolver el problema más grave del siglo XX: la producción de alimentos suficientes para un mundo en que la mitad de la población está pasando hambre.

SECCIÓN DE LIBROS

TR

El otro Roosevelt:
una vida de acción y pensamiento



*Condensado del libro** de NOEL BUSCH



"No quiero predicar la doctrina de la molicie que nos denigra, sino la de la lucha que enaltece nuestra vida". Con estas palabras descubría Teodoro Roosevelt su verdadero modo de ser.

Cuando la intensa vitalidad de Teodoro Roosevelt pasa a través del prisma de su espíritu, se quiebra en una docena de deslumbrantes rayos luminosos. Fue deportista, cazador de fieras, alpinista, explorador y naturalista . . . vaquero, jefe de policía, soldado, fecundo escritor. Y, sobre todo, fue el reformador social, el político sutil y el más infatigable de los presidentes.

En cada una de estas facetas alcanzó el éxito . . . y en algunas pasó a la historia. Y logró todos sus triunfos en apasionada lucha contra las duras pruebas de la vida: enfermedades en la infancia, tragedias de familia, derrotas políticas, la ceguera de un ojo, una bala en el pecho.

Roosevelt, el hombre más joven que ha tomado posesión de la presidencia de los Estados Unidos, se topó con todos los problemas de un siglo que comenzaba, y afrontó cada crisis con valiente y pronta decisión. Gracias a su consejo o a su acción intrépida, se ganó por lo menos una guerra, se terminó otra y se evitaron dos.

En este vívido retrato, lleno de colorido, ha captado Noel Busch el valor y la sensibilidad que contribuyeron a hacer de Teodoro Roosevelt "un hombre capaz de afrontarlo todo". Los renglones que siguen son convincente estudio de la grandeza de un carácter.

LOS MIEMBROS de la Asamblea del Estado de Nueva York se confundían y también se divertían con el más joven de sus colegas, el representante de la ciudad de Nueva York, desde el día en que llegó a Albany, en enero de 1882. Teodoro Roosevelt —que entonces tenía 23 años— llamó la atención porque era largo y delgado como un huso. Nadie, al oírlo hablar, dejaba de notar su voz chillona, desafinada de vez en cuando hasta el falsete, ni su inconfundible acento de la Universidad de Harvard.

La primera impresión que causaba a sus compañeros era la de un alfeñique, la de un producto típico

*"T. R.: The Story of Theodore Roosevelt and His Influence on Our Times", © 1963 por Noel F. Busch. Editores: Reynal & Co., 221 E. 49 St., Nueva York 17, N. Y. Precio del ejemplar en inglés: $5.95. Fotos de Underwood and Underwood.

de la clase alta neoyorquina. Con todo, en los comienzos apenas de su carrera, un incidente ocurrido hizo cambiar la opinión que de él se tenía en el capitolio del Estado. Una tarde, mientras daba su caminata acostumbrada de 20 kilómetros, se detuvo en una fonda del camino a tomar una cerveza. En el bar se encontró con su colega John Costello, que estaba bebiendo en compañía de dos amigos.

—¿No irá a pescar un resfriado el nene? —se mofó Costello llamando la atención de sus acompañantes hacia el chaquetón de marinero que usaba Roosevelt.

Como el joven no hiciera caso del sarcasmo, Costello lo llamó "petimetre detestable".

Entonces Roosevelt se quitó lentamente las gafas, se las metió en el bolsillo y propinó a su gratuito ofensor un puñetazo que lo tendió en el suelo cuan largo era. En seguida derribó a uno de los amigotes con un segundo golpe. Y el otro ... se retiró más que de prisa.

—Anda, lávate —dijo Roosevelt a Costello— y vuelve para que nos tomemos una cerveza.

El aludido cumplió la orden al pie de la letra. Cuando ya se disponía a salir para continuar su caminata, Roosevelt se detuvo para darles este consejo de despedida:

—Cuando estéis en presencia de caballeros, portaos como caballeros.

Desarrollo físico

La destreza de Roosevelt para derribar a un hombre de un solo puñetazo era una habilidad que adquirió con grandes trabajos. Como su cuerpo delgado lo atestiguaba, había sido un niño enfermizo; padeció de la vista, de trastornos digestivos y de severos ataques asmáticos. A veces casi no podía respirar, y muy a menudo tenían que pasearlo de noche su madre o su padre. Pero el viejo Roosevelt (próspero comerciante importador que no toleraba mimos excesivos) llamó a su hijo Teodoro cuando cumplió los doce años y, en vista de que el asma persistía, le habló seriamente para advertirle:

—Tienes la mente —le dijo— pero te falta el cuerpo, y sin la ayuda del cuerpo la mente no puede ir tan lejos como debiera. Necesitas desarrollar tu organismo. Es un trabajo duro y penoso, pero sé que lo harás.

Hasta entonces Roosevelt había sido un niño formal, consagrado especialmente a su colección de animales y curiosidades zoológicas que él llamaba pomposamente "El Museo Roosevelt de Historia Natural". Desde entonces adoptó un riguroso horario de ejercicios, un régimen sorprendente. Su propio organismo llegó a ser el laboratorio en que probaba, forjaba y templaba su voluntad.

Todos los días se ejercitaba con pesas y barras paralelas que su padre instaló en un cuarto de la casa que tenían en la ciudad. En el campo, en Long Island, nadaba y remaba. Durante las vacaciones caminaba a pie distancias enormes; escalaba montañas, patinaba, nada-

ba, cazaba, corría o remaba, según la estación lo permitiera. Más tarde tomó lecciones de boxeo con un púgil retirado.

El régimen obró maravillas. En 1876, cuando entró en la Universidad de Harvard, el asma había desaparecido casi por completo. Tenía el cuerpo delgado aún, pero sus músculos eran tan duros como el acero y su resistencia fenomenal.

Poco antes de graduarse en la Universidad de Harvard, sin embargo, un médico de aquel establecimiento le dijo que había notado un latido irregular en su corazón; le insinuó que escogiera una carrera sedentaria y que evitara todo exceso de ejercicio.

Si acaso Roosevelt tomó alguna vez en serio el consejo del médico, no hay constancia de ello. A nadie le habló de su defecto; entró en la escuela de derecho de la Universidad de Columbia y todos los días andaba poco menos de diez kilómetros entre el colegio y su casa. También empezó a escribir entonces su primer libro: un estudio definitivo de la guerra naval anglonorteamericana de 1812, iniciando de esta manera una fenomenal carrera literaria*. En 1881 emprendió un viaje de turismo por Europa en compañía de su esposa, Alice Lee, con quien se había casado hacía poco, y no quiso regresar a Nueva York sin escalar antes algunos de los picos más difíciles de los Alpes, entre ellos el Matterhorn, de 4504 metros de altura que era entonces la piedra de toque de los alpinistas.

*La colección de las obras de Roosevelt, que no incluye ni con mucho todo lo que publicó, consta de 24 volúmenes muy amenos. Se han publicado además en ocho tomos (quizá el 10 por ciento) las cartas que escribió.

Política y tragedia

ROOSEVELT le había dicho casualmente a uno de sus condiscípulos que pensaba hacer algo en favor de los que querían mejorar el gobierno de Nueva York, y en sus ratos de ocio, mientras estudiaba derecho, solía buscar el cuartel general del partido republicano de la localidad. Sus amigos se escandalizaron. Según ellos, los políticos de barrio eran cantineros y conductores de tranvías, de clase muy distinta a la gente con quien él se relacionaba.

"Eso quiere decir sólo", les respondió Teodoro, "que la gente con quien yo me relaciono no pertenece a la clase gubernativa. Yo quiero pertenecer a esa clase y no cejaré mientras no me convenza de que soy demasiado débil para mantenerme firme entre la turbamulta".

Por fin encontró el centro de operaciones de los republicanos en el segundo piso de una taberna de Manhattan, y pronto se convirtió en asiduo asistente a sus reuniones. Su impetuosa energía y su personalidad juvenil fueron poderosos elementos de buen éxito para que propusieran su candidatura a la Cámara Legislativa del Estado a poco de haber vuelto de Europa. Ganó las elecciones con el doble del margen normal de los republicanos.

En Albany, el porte intrépido, el entusiasmo por el trabajo y la naciente habilidad política del joven congresista le conquistaron la admiración de sus colegas.

Su valerosa lucha contra los abusos de las grandes empresas y la explotación de la mano de obra inmigrante, le valieron que todo el país se fijara en él. Pero en el verano de 1883 sufrió un nuevo ataque de asma y su médico le prescribió una temporada de descanso en las montañas. Obedientemente se instaló en un hotel de turismo, mas a los pocos días de baños calientes se hastió de aquella vida de ocio.

Unos dos años antes había saboreado las delicias de una partida de caza en el Territorio de Dakota con su hermano Elliot; volvió a tomar entonces el camino del Oeste, hacia las fuentes del Pequeño Misurí, en lo que hoy se llama la Dakota del Norte. Unas cuantas semanas de dormir a la intemperie (a veces bajo la lluvia) y una cacería de búfalos lograron sorprendentes efectos en su ánimo. Roosevelt se enamoró de esas tierras salvajes (los *Bad Lands*), juzgó que serían muy buenas para la cría de ganado y, antes de regresar a Nueva York, compró allí una hacienda con ese fin.

Llegó a casa en octubre, rebosante de salud y ansioso de emprender la campaña electoral para su reelección. Gracias a sus antecedentes de lucha en pro de las reformas administrativas obtuvo una victoria arrolladora en las urnas y volvió a Al-

bany convertido en gran figura política con proyecciones nacionales a los 25 años de edad.

Para colmar la copa de su dicha, Alice, su esposa, estaba encinta; esperaba el primogénito para principios de 1884 y, durante las ausencias semanales del marido en Albany, la futura madre se quedaba en la ciudad de Nueva York, donde podía ser mejor atendida por los médicos. El 13 de febrero, cuando trabajaba en un proyecto de ley, Roosevelt recibió un telegrama que le anunciaba el nacimiento de una niña. Al momento se dispuso a viajar a Nueva York, mas antes de que hubiera tomado el tren le entregaron un segundo despacho: Alice se había puesto grave.

Faltaba poco para la medianoche cuando llegó frente a su casa en un coche de alquiler; apenas subió la escalinata de entrada cuando se abrió la puerta y vio a su hermano Elliot.

—¡Ha caído una maldición sobre esta casa! —exclamó Elliot—. ¡Mamá está agonizando y Alice también se muere!

Roosevelt subió como una exhalación, primero al lado de su esposa, luego al de su madre. La anciana señora había venido sufriendo de lo que se creyó un resfriado, pero era fiebre tifoidea y murió a las tres de la madrugada. Pocas horas después Alice dejaba de existir víctima de la nefritis.

Para Roosevelt, que había amado a su esposa apasionadamente, la muerte de Alice, unida al falleci-

miento de su madre, fue un golpe casi insoportable. Uno de sus amigos anotó: "Teodoro está como en las nubes: no sabe lo que hace ni lo que dice".

Un año después escribió sus últimas palabras de amor para Alice en una conmovedora elegía que terminaba así: "Cuando murió la dueña de mi corazón, se apagó para siempre la luz de mi vida". Y no hay constancia de que, desde entonces, volviera a hablar con nadie de ella; en su autobiografía ni siquiera la nombra.

Las tierras vírgenes del Oeste

La tragedia marcó el punto decisivo en la vida de Roosevelt. Trató de soterrar su dolor bajo un remolino de actividades políticas, pero estalló la discordia entre él y los jefes de su partido. Como no era muy popular entre los politicastros, se encontró cerrado por entonces el camino de la política.

Desilusionado y deprimido volvió a su hacienda de los *Bad Lands*, en donde a poco había reunido 1500 cabezas de ganado. Con la ayuda de dos vaqueros experimentados se dedicó seriamente a aprender el negocio de la ganadería. La vida allí era primitiva y a Roosevelt le gustaba eso. Desbravó potros, arreó el ganado, cortó leña, partió troncos y construyó una cabaña de ocho habitaciones que llamó "Elkhorn".

Al llegar la primavera salió a hacer su primer rodeo, y durante seis semanas no se apeó del caballo un solo día desde la aurora hasta el anochecer. Una noche, aterrada por la tempestad, se dispersó en desorden la manada por las pendientes riberas del Pequeño Misurí. A todo galope Roosevelt logró atajar los animales delanteros y, atravesando el río a nado, caballo y jinete salieron a la orilla opuesta. La brega continuó hasta el amanecer y entonces, con el rebaño ya recogido, continuó el día de trabajo regular hasta bien entrada la noche.

"Ya me había mantenido sobre la silla cerca de 40 horas", recuerda Roosevelt. "Pero cambié caballos cinco veces... es un gran descanso para el jinete tener buenas bestias de remuda".

Cuando aflojó el trabajo de vaquería emprendió una excursión de 1600 kilómetros al oeste hacia las montañas Big Horn, en busca del oso pardo. Roosevelt tuvo siempre muy mala vista. Para otro cazador la miopía hubiera sido una desventaja seria, mas para él solamente significaba que debía acercarse mucho a la pieza para tomar puntería. Y así resumía su táctica en este axioma: "Acercándose lo suficiente, cualquier espada resulta bastante larga". Cuando por fin encontró al oso, aguardó para dispararle a que la fiera se le pusiera apenas a diez metros de distancia. Contó después que la única bala que le disparó le entró al gigantesco animal en medio de los ojos "con una precisión tal que ni medida con un metro de carpintero".

A algunos de los más rudos vaqueros del pueblo de Medora les

costó trabajo acoger bien a este neoyorquino de gafas con su pulido vocabulario y su dicción culta; pero Roosevelt les demostró que era muy capaz de valerse él solo en cualquier parte del país. Cierto día en el pueblo de Mingusville, al entrar en el vestíbulo del hotel, que también hacía las veces de bar, un borracho gritó amenazándolo con la pistola:

—¡Cuatro-Ojos nos va a convidar!

El aludido, sin inmutarse, se sentó a la mesa en un rincón.

—¡Parece que no me has oído! —bramó el bravucón—. ¡Dije que Cuatro-Ojos convida hoy!

Roosevelt se levantó como si fuera a darle gusto, pero en vez de esto le atizó un derechazo en la mandíbula. Al caer de espaldas el hombre se golpeó la cabeza contra el filo del mostrador. Lo sacaron a rastras completamente inconsciente.

En 1886, al cabo de dos años de permanencia en el Oeste, se desencadenó un crudísimo invierno que acabó con el 75 por ciento de los rebaños. Fue esto un golpe tremendo para la economía de Roosevelt, que, desilusionado por el rotundo fracaso de su aventura ganadera, resolvió regresar a Nueva York.

No obstante, el valor real de esos dos años pasados en el Oeste no se podría contabilizar en las páginas del libro mayor. Roosevelt había triunfado definitivamente en su larga lucha contra el asma, comenzaba a adquirir el ancho pecho, el mostacho hirsuto y la voz áspera que lo habrían de caracterizar durante el resto de su vida. Pero los cambios iban mucho más allá. Esta experiencia del Oeste desarrolló en él las cualidades interiores con las que un día habría de conquistar la más alta posición del país.

El vino de la vida

Durante su ausencia en los *Bad Lands*, su hija, llamada Alice —lo mismo que la madre —estuvo bajo el cuidado de su tía Anna, hermana de Teodoro. Ambas vivían en una casa grande de Oyster Bay, en Long Island, que Roosevelt terminó de construir en la época en que murió su esposa. Anna tenía una amiga íntima, Edith Kermit Carow, que había sido también compañera de juegos de Teodoro en su infancia. Un día de 1885 se encontraron casualmente en la casa de Oyster Bay. El invierno siguiente se casaron.

Roosevelt se estableció en su casa de Oyster Bay, que llamó Sagamore Hill. Era una mansión de estilo victoriano con 23 habitaciones, circundada por una galería y erguida sobre un morro que dominaba la bahía de Long Island. Allí encontró Roosevelt el refugio que precisaba para escribir la obra de más aliento de su carrera literaria; consta de cuatro volúmenes y se titula *La conquista del Oeste*. Y allí corrieron sosegados y felices los años de su matrimonio con Edith Carow, que le dio cuatro hijos y una hija más. Cuando éstos comenzaron a crecer en Sagamore Hill, su vida fue un modelo de paz hogareña.



Los Roosevelt en Sagamore Hill, en 1907. De pie: Kermit, Ethel y Teodoro, hijo. Sentados: Archibald, Teodoro, padre, Edith y Quentin.

Edith era una mujer sensible, de pocas palabras y, aunque había conocido a su esposo desde que era un niño enfermizo, la conducta que seguía a la sazón debió parecerle extravagante a veces. Tomaba con desmedido entusiasmo las cacerías del zorro, el tenis, las regatas de remos y las caminatas a pie.

Para Roosevelt, el objeto de la vida activa no era solamente la fuerza física, sino el logro de cierta fibra interior. Por tanto, con valentía un poco pueril, despreciaba siempre sus lesiones y sus lastimaduras. Una vez, durante una cacería de zorros, cayó del caballo y se rompió un brazo. Sin perder un momento, volvió a montar y corrió tras el animal hasta darle muerte. "A veces me gusta el vino de la vida mezclado con coñac", le decía a un amigo íntimo.

Al principio Edith no compartía con su marido este modo de ver las cosas y cada accidente le causaba gran alarma. Pero poco a poco fue aprendiendo a entender aquella fruición que sentía en el ejercicio, hasta que al fin llegó a tomar con calma y buen humor sus infortunios. En una ocasión que se apareció Teodoro en el vestíbulo de Sagamore Hill con una tremenda corta-


deslizantes
afeitadas
eléctricas...
aún en días de calor
con
williams
Lectric
Shave
loción para antes
de afeitarse
williams
Lectric
Shave





Teodoro Roosevelt, el orador, en acción . . .

dura en la cabeza, le dijo su esposa:

—Teodoro, sería mejor que te fueras con tu herida al cuarto de baño. ¿No ves que me estás echando a perder todas las alfombras?

En 1888 Roosevelt volvió a la política; en los diez años que siguieron ocupó tres puestos administrativos. Su primer empleo fue el de director del ramo civil de la administración pública bajo la presidencia de Benjamín Harrison. En aquellos tiempos el servicio civil no era más que una mampara detrás de la cual distribuía prebendas espontáneamente el partido que estaba en el poder. La llegada de Roosevelt trajo cambios inmediatos y radicales.

—Los puestos públicos no son propiedad de los políticos —declaró—. Pertenecen al pueblo y deben ser provistos de acuerdo con el servicio público.

En seis años Roosevelt trasformó 26.000 puestos públicos, de prebendas políticas que eran, en empleos que se concedían previo examen de competencia. Años más tarde el presidente Harrison resumía así la impresión que se había formado de su subalterno: "La única dificultad que tuve para entenderme con él se debía a su afán de acabar con todos los males de la tierra de la mañana a la noche".

Su segundo nombramiento le hizo regresar a la ciudad de Nueva York como jefe de policía. Esas fuerzas estaban carcomidas por la corrupción. El nuevo jefe impuso inmediatamente severas penas por cualquier incumplimiento del deber y, para poder descubrir y descartar a los agentes remisos, se echaba a la calle a altas horas de la noche y vagaba por la ciudad para sorprenderlos en los mismos distritos encomendados a su vigilancia. Con frecuencia esas excursiones nocturnas duraban hasta el amanecer, y luego, tras dormitar un poco, comenzaba un nuevo día de trabajo.

El historial de Roosevelt en los dos años que estuvo al frente del cuerpo de policía fue ejemplar. Levantó la calidad y la capacidad del personal con la introducción de exámenes escritos; estableció comunicaciones telefónicas dentro del ser-





Casi siempre estaba en acción.

vicio y formó una "escuadra de ciclistas" precursora de las patrullas motorizadas de tráfico y carreteras. Era el ídolo de la prensa.

Cuba se agita

En 1897, poco antes de cumplir los 39 años, fue llamado de nuevo a Washington, esta vez como subsecretario de Marina. Veinte meses hacía que Cuba se había alzado en armas contra la dominación española y los Estados Unidos habían demostrado claramente que todas sus simpatías estaban del lado de los cubanos. Roosevelt opinaba que el mejor modo de ganar una guerra, o de evitarla, consistía en estar preparado para el conflicto. De acuerdo con esto, vio claramente lo que debía hacer: alistar la armada para una posible guerra con España.

Hizo todo lo que pudo para consumar el proyecto, pese a que en su empeño se colocaba en actitud de desafío contra su jefe inmediato superior: el secretario de Marina.

Cuando los Estados Unidos declararon la guerra a España el 25 de abril de 1898, Roosevelt decidió que ya no lo necesitaban en Washington.

Se reclutaron tres regimientos voluntarios de caballería para combatir contra los españoles en Cuba. Roosevelt aceptó la plaza de teniente coronel en uno de ellos; pocos días después vestía el uniforme y se adiestraba junto con los vaqueros reclutas del primer batallón de voluntarios de Caballería, que la prensa bautizó con el nombre de *The Rough Riders* (los jinetes arrojados).

Roosevelt y otros 600 *Rough Riders* pusieron el pie en tierra cubana a fines de junio. Formaban parte de la fuerza armada de 6000 hombres que desembarcó pocos kilómetros al oriente de Santiago, plaza fuerte del ejército español. Tras el desembarco retrocedieron las tropas españolas que había en aquel sector y se ordenó inmediatamente la persecución.

Irónicamente, los *Rough Riders* tuvieron que marchar a pie. En la confusión del embarque, sus caballos, con excepción de los de los jefes, se habían quedado en la Flo-

rida. En la manigua plagada de insectos y enfermedades tropicales, todos los *Rough Riders* menos Roosevelt y otro de los oficiales, contrajeron el paludismo.

Su bautismo de fuego tuvo lugar el segundo día de marcha, cuando recibieron orden de unirse a otras fuerzas para lanzar un ataque de madrugada. Roosevelt, montado en "Texas", su *pony* vaquero, iba a la cabeza de su gente por una trocha de la selva cuando los sorprendió una descarga de fusilería. Dio entonces la orden de asalto y a poco se trababa un furioso combate en el que murieron 16 *Rough Riders* y quedaron heridos 50... pero terminó con la retirada de los españoles.

Después de cinco días de calma, el 30 de junio se dio la orden de emprender un avance general sobre Santiago y al día siguiente por la tarde los *Rough Riders* se ponían a tiro de fusil de las posiciones españolas en las lomas de San Juan, últimas defensas naturales de la ciudad.

Todo el día habían estado oyendo el fragor de la batalla en torno suyo y una vez, alcanzado por el fuego concentrado de la artillería, Roosevelt (que acababa de ser ascendido a coronel) había sufrido una herida leve en la muñeca. Ahora, al acercarse con sus tropas para unirse a otras unidades regulares del ejército, se encontraban en lo más reñido del combate. Al frente, desde la cima de las colinas, atrincherados en las haciendas y en las casas de labranza, los españoles no cesaban de enviarles descargas cerradas.

Llegó el momento de atacar, que fue para Roosevelt lo que él llamó "la hora más intensa de mi vida". Saltando sobre el caballo comenzó a empujar a su gente desde la retaguardia. Bajo su apremio, los últimos moviéronse con más presteza que los demás para cerrar filas con los delanteros. Adelantándose temerariamente, el coronel se encontró no sólo al frente de su regimiento, sino entre la infantería de línea que hacía fuego sobre las colinas desde el abrigo de la selva.

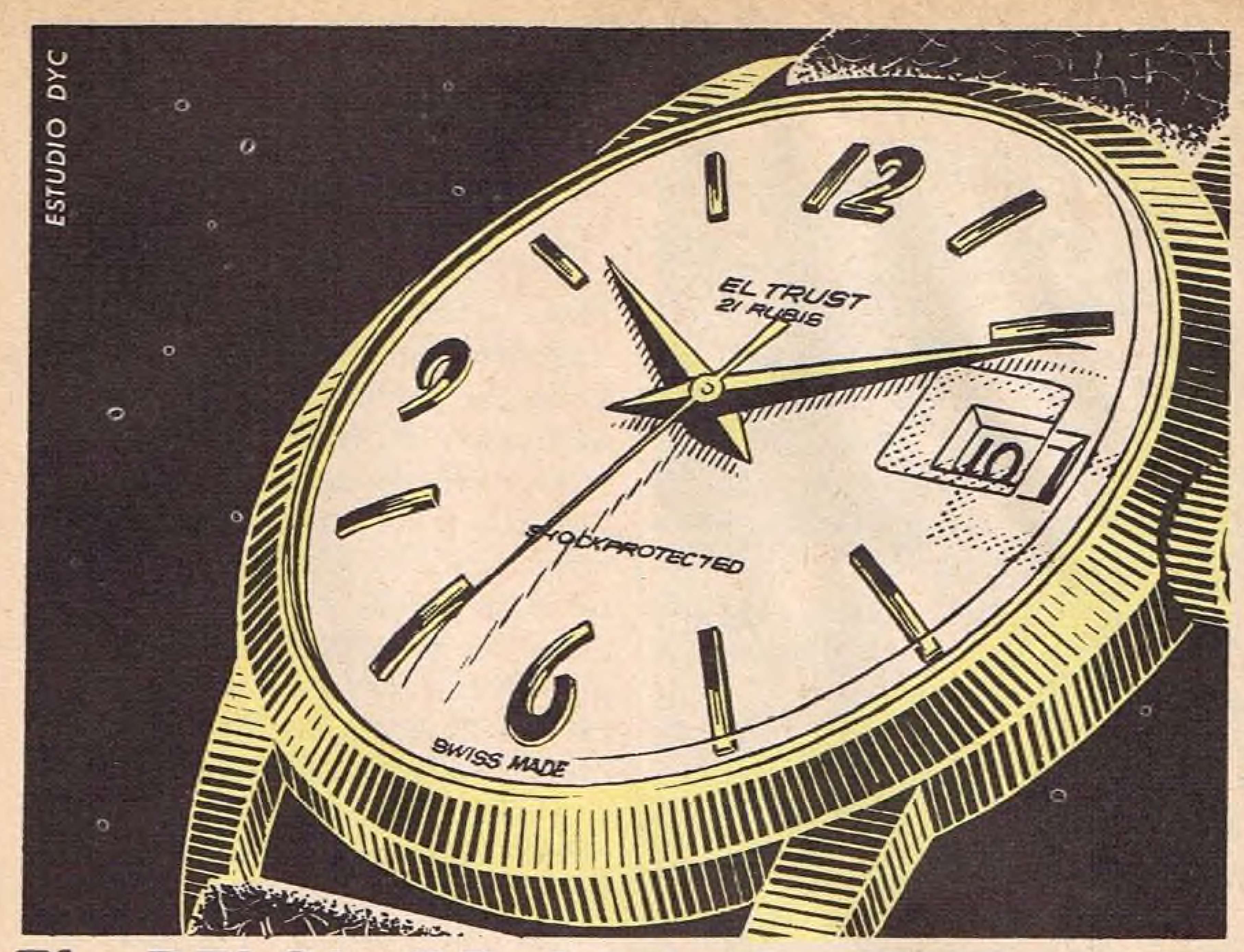
"Hablé con el capitán que los mandaba", escribió Roosevelt, "y le dije que no podríamos apoderarnos de las colinas disparando sobre ellas... Había que ir a tomarlas".

El capitán vaciló; no había recibido órdenes de hacer tal cosa. Roosevelt le preguntó por su coronel, pero no lo hallaron por ninguna parte.

—Entonces, soy yo el oficial de más alta graduación —dijo—. Me toca dar la orden de ataque. ¡Deje pasar a mi gente, capitán!

Así diciendo, picó espuelas al caballo y atravesó por entre las filas de infantería seguido por sus *Rough Riders*.

Esto fue ya demasiado para los infantes del batallón de línea. "Como movidos por un resorte se nos incorporaron, mezclándose sus oficiales y soldados con los míos, felices de aprovechar esa oportunidad". Y en tanto que Roosevelt batía el sombrero en alto vociferando órde-


ESTUDIO DYC
12
9
6
EL TRUST
21 RUBIS
SHOCKPROTECTED
SWISS MADE
10



nes, las tropas emprendían el ascenso de la colina haciendo fuego y dando gritos de entusiasmo en una carga formidable.

Tomaron la cima. Pero directamente enfrente se alzaba otra colina defendida por los españoles. Dirigidas por el coronel Roosevelt las tropas norteamericanas se lanzaron a través del ancho valle que los separaba de la cima donde estaban atrincherados los defensores. Antes de llegar a ella el enemigo abandonó sus posiciones. Roosevelt siguió dando cargas hasta que al fin del día se vieron los *Rough Riders* dueños de una cadena de colinas tras de las cuales se resguardaba la ciudad de Santiago. La batalla había concluido.

Dos días después la armada española se aventuraba a salir de la bahía de Santiago para ser completamente destruida, y a poco se rendía la ciudad. Toda la experiencia guerrera de Roosevelt se reducía a dos semanas de campaña y un día de duro combate, mas eso fue suficiente para cambiar el rumbo del siglo venidero. Porque fue esta victoria la que hizo de los Estados Unidos una potencia mundial, y Roosevelt —convertido ya en el querido y respetado "Teddy de la loma de San Juan"— era el héroe nacional que muy pronto guiaría los destinos de esa potencia.

Empujado por el destino

TAN PRONTO como regresó a Nueva York, los jefes del partido republicano le pidieron que se pre-

sentara como candidato para la gobernación del Estado. En la campaña electoral usó un sombrero de fieltro negro igual al que llevó en la campaña de Cuba; era presentado a las multitudes entusiastas tras un toque de corneta y con frecuencia subía a la plataforma de los oradores acompañado por unos cuantos *Rough Riders* en uniforme. Ganó las elecciones.

Como gobernador del Estado de Nueva York en los últimos años del siglo XIX, Roosevelt supo mantener su talla de héroe nacional. Al mismo tiempo, el cargo le ofrecía una valiosísima experiencia en el ramo de la alta administración pública y, mientras lo desempeñó, adquirió asimismo el tacto y la maestría necesarios para un buen legislador.

Su carrera política nunca había inspirado confianza a los hombres de negocios, y ahora que era gobernador, contaban aquéllos con que el senador Thomas Platt, cacique republicano, lo ataría corto. En la primavera de 1899, a instancias de Roosevelt, se presentó impensadamente un proyecto de ley para reformar los impuestos de las grandes sociedades mercantiles. Aunque Platt y el gremio de financieros se opusieron rotundamente a él, Roosevelt logró sacar adelante la ley.

Esta victoria iba a tener trascendentales repercusiones, pues fue causa de que Platt buscara la manera de librarse de Roosevelt. Ese mismo año murió el vicepresidente de la nación, Garret Hobart, y el

astuto Platt concibió el plan de hacer subir a Roosevelt, con intención de eliminarlo en realidad, proponiendo su candidatura a la vicepresidencia juntamente con la de William McKinley a la presidencia, en la convención republicana de 1900.

Aunque en un principio no estaba muy dispuesto a aceptar la candidatura, al fin cedió. Él y McKinley ganaron las elecciones por una mayoría de 850.000 votos en un sufragio total de 13.500.000.

La toma de posesión tuvo lugar en el mes de marzo de 1901. Apenas seis meses más tarde, el presidente McKinley fue muerto de un balazo disparado por un asesino loco. A mediados de setiembre, Teodoro Roosevelt, que aún no había cumplido los 43 años, prestó juramento constitucional como el vigésimo sexto presidente de los Estados Unidos.

"Es algo aterrador llegar a la presidencia en esta forma", le escribió a un amigo, "pero sería todavía peor desazonarse por ello. Aquí está la labor y tengo que emprenderla según mi leal saber y entender; esto es todo y nada más".

Solaz en la Casa Blanca

La mayoría de los presidentes, al mudarse a la Casa Blanca, sienten una especie de temor reverente en ese ambiente de historia y tradición. En cambio, Roosevelt, su esposa y sus seis hijos no se amilanaron por nada; instaláronse en su hogar oficial como si hubiera sido construido para ellos.

Las innovaciones del nuevo Presidente comenzaron con el nombre mismo de su residencia, que entonces se conocía con el de "Mansión del Ejecutivo". A Roosevelt le pareció este término demasiado altisonante. Lo remplazó con el de "La Casa Blanca", que antes era un mero sobrenombre. Con el mismo espíritu de sencillez se le llamaba a él "T.R." (el primer presidente que se identificó por sus iniciales) o "Teddy".

Desde el comienzo los Roosevelt se encontraron tan a sus anchas en su nueva casa que algunos observadores llegaron a dudar de que la histórica mansión resistiera al trajín. A los chicos en particular les encantaba aquel lugar. Teddy, el hijo, estaba ausente en el colegio y Kermit, aunque solamente pasó un invierno en la Casa Blanca antes de reunirse con su hermano, le sacó todo el jugo posible y amenizaba la vida social sentándose a la mesa del desayuno con su canguro. Las noches que había invitados a comer, la pequeña Ethel se deslizaba a hurtadillas por las escaleras en bata de dormir para llevarse dulces y nueces de la mesa del comedor.

Alice, que tenía entonces 17 años y a quien la prensa llamaba la "Princesa", pronto se convirtió en la figura más vivaracha de la juventud del Capitolio. Su fiesta de presentación en la Casa Blanca fue el acontecimiento social cumbre del invierno de 1902. Muchas de sus escapatorias alcanzaron el honor de los titulares de primera plana, y su espíritu irreprimible podía competir

ventajosamente con el de su padre.

La hora mejor de cada día para los chicos menores, Archie y Quentin, era el retozo con su padre antes de acostarse, que con frecuencia terminaba en una batalla de almohadas.

—Yo juego al oso casi todas las noches con mis hijos —confesaba Roosevelt— y siempre alguno de ellos sale malherido.

Quentin tuvo que ser reprendido severamente por servirse de un retrato del presidente Andrew Jackson como blanco en un concurso de tiro con pelotillas de papel mascado, y una vez que Archie estaba enfermo, Quentin subió su *pony* por el ascensor hasta la alcoba para alegrar a su hermanito. Para los dos chicos los salones, los corredores y los jardines de la Casa Blanca eran lugar ideal donde correr en bicicleta, en patines o andar en zancos, y eran dueños de una rica colección de perros, conejos, ratones, tortugas, gatos, lagartos y culebras. "No creo que ninguna otra familia haya disfrutado de la Casa Blanca tanto como la nuestra", escribió T.R.

Enfrascándose con deleite en los detalles de sus nuevas funciones, Roosevelt comenzaba el día temprano y frecuentemente trabajaba hasta pasada la medianoche. Recibía generalmente a la hora del almuerzo, y en la lista de sus invitados figuraban nombres de vaqueros y de ministros del gabinete, de individuos de la alta sociedad y de ex-*Rough Riders*, todos ellos revueltos con gran desdén del protocolo.

Uno de sus huéspedes más discutidos fue su buen amigo y consejero en cuestiones raciales, Booker Washington. Este famoso educador negro fue invitado a una comida privada a los dos meses escasos de haber ocupado el nuevo Presidente la Casa Blanca, lo que provocó una ruidosa protesta entre los demócratas del Sur, de la cual Roosevelt hizo caso omiso.

"Le he consultado tantas cosas", decía T.R. en una carta particular, "que me pareció lo más natural invitarlo a comer, y el hecho de haber sentido un ligero escrúpulo por razón de su color, me hizo avergonzarme y apresurar la invitación. Estoy muy satisfecho de haberlo invitado, ya que el clamor que provocó ese hecho me confirma en la idea de que era preciso hacerlo".

"Evitar senderos y puentes"

Todas las tardes reservaba una hora para una partida de tenis, un galope a caballo o un poco de boxeo. Cuando, a instancias suyas, el ejército de los Estados Unidos dispuso que todo oficial debería recorrer a caballo 150 kilómetros en el término de tres días, Roosevelt demostró que la ordenanza no era insensata... haciendo él mismo el viaje en un día bajo una tormenta de granizo.

El boxeo, sin embargo, lo descartó pronto. Un día, un golpe que le dio un joven oficial de marina que le servía de contrincante, le rompió un vaso sanguíneo del ojo izquierdo, que le quedó privado por completo de vista. Con su característica

caballerosidad Roosevelt ocultó el hecho de que no veía por ese ojo hasta que salió de la Casa Blanca, y nunca reveló el nombre del oficial por temor de perjudicarlo en su carrera. Comentó después que, a pesar de todo, había tenido suerte, pues si el golpe hubiera sido en el ojo derecho, que era el que le servía para apuntar con el rifle, habría acabado también con sus cacerías.

A Edith en su nueva vida tocole desempeñar un papel de apacible moderación, refrenando constantemente lo que el Presidente llamaba su "tendencia oratoria", mediando graciosamente para reconciliar los gustos de sus huéspedes y cuidando de sus hijos, entre los cuales contaba también a su marido. Mas, de acuerdo con lo que ella tenía por discreto, nunca se dio publicidad a su vida privada.

El ávido entusiasmo de Roosevelt por el ejercicio hizo que poco a poco se formara su célebre "gabinete del tenis", que así se llamó a un grupo de amigos del Congreso, del cuerpo diplomático y del consejo de ministros que tomaban parte en sus dinámicos esparcimientos. El derecho a ser miembro de ese grupo no se ganaba fácilmente. Roosevelt informó una vez a su hijo Ted que, en la primera caminata que hizo en compañía del embajador británico, Sir Mortimer Durand, éste había demostrado ser "mal andarín y completamente incapaz de subir una cuesta".

Sir Mortimer podía tener excusa. La caminata en cuestión había sido una de aquellas furiosas excursiones que solía hacer Roosevelt por el Rock Creek Park, terreno de 730 hectáreas situado tres kilómetros al noroeste de la Casa Blanca. Mucho más ardua que cualquier caminata era una de estas excursiones, que más bien parecían carreras de obstáculos, pues cuando se encontraba alguno en el camino, la regla era pasar por encima, o a través, pero nunca eludirlo.

"Salimos en coche hasta un bosque por donde corrían varios arroyos", escribió Sir Mortimer, "y allí nos apeamos y me hizo andar dos horas y media por entre los matorrales y sobre las peñas a un paso desaforado. Todavía tengo doloridos los hombros y los brazos de agarrar raíces y trepar barrancos. En cierto lugar me atasqué totalmente y no hubiera podido subir si no me hubiese agarrado por el cuello de la chaqueta, izándome como un fardo".

El embajador francés, Jean-Jules Jusserand, lo hizo mejor. Rápidamente entendió que debía meterse sin vacilación en el río o la charca de barro evitando con horror senderos y puentes. Y una tarde de invierno, al llegar a la orilla de una corriente, ni siquiera parpadeó al ver que sus compañeros se desnudaron y con la ropa sobre la cabeza comenzaron a vadear el río cuyas heladas aguas arrastraban témpanos de hielo. Concienzudamente Jusserand hizo otro tanto. Alguien, notando que no se había quitado los

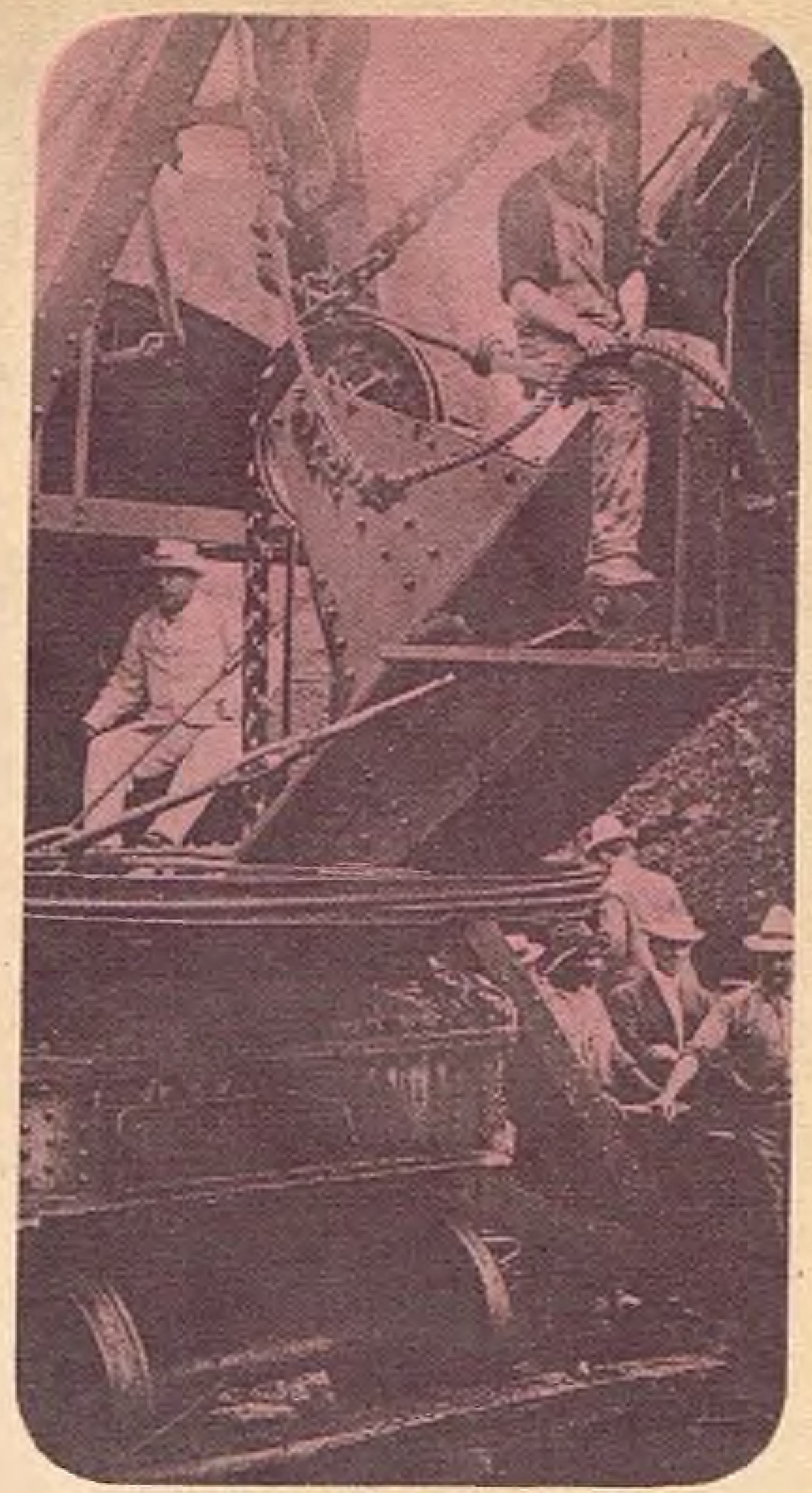
guantes, le preguntó por qué. "Porque pensé que podríamos encontrarnos con señoras", le respondió el diplomático.

El canal de Panamá

Elegido para un segundo período en 1904, Roosevelt estuvo en ejercicio siete años y medio en la Casa Blanca y llenó una hoja de servicios que lo coloca entre los presidentes más grandes en la historia de su patria. Durante aquellos años de transición, incertidumbre y alarma, los Estados Unidos llegaban a su mayor edad como nación industrial y como potencia mundial. Esto fue origen de nuevos deberes y nuevos peligros en el exterior, y de un choque frontal entre los grandes negocios y el obrerismo en el interior.

Su gran acervo de experiencia, su íntimo conocimiento del país y su pueblo en todos los niveles de riqueza y cultura dieron a Roosevelt tal percepción de la naturaleza interior de las cosas que llegó a dominar su época como si fuera creación suya. Más importante aún: siempre pensó en sí mismo, en su país y en su tiempo, con gran seguridad, valor y confianza. Y en el brillante amanecer de un nuevo siglo los Estados Unidos lo siguieron con tanto entusiasmo como lo habían seguido los *Rough Riders* en la loma de San Juan.

Quizá su mayor realización fue la construcción del canal de Panamá, obra que había estado parada durante 20 años por la vacilación de sus patrocinadores. Como la capaci-



En la Zona del Canal, en 1906. Mientras los demás debaten, Teodoro Roosevelt ayuda a cavar.

dad de trasladar rápidamente sus barcos de guerra del Atlántico al Pacífico doblaba por así decirlo la estatura de la armada norteamericana, Roosevelt se propuso abrir el canal como parte integrante de la potencia naval de los Estados Unidos, a despecho de toda oposición. Sin pérdida de tiempo perfeccionó un tratado que daba a los Estados Unidos la exclusiva de mantener un servicio de policía en la Zona del Canal, y luego, sin dar oídos a los

rugidos del Congreso, compró la parte de la insolvente compañía francesa que había estado tratando de abrir el canal. Finalmente gestionó con Colombia la compra de la tierra.

Los colombianos rechazaron la propuesta de los Estados Unidos, pero en 1903 una revolución —incruenta, a no ser por la muerte de un mirón y un burro— estalló de pronto en el istmo de Panamá. Cuando se calmó la polvareda, Panamá era independiente de Colombia y su nuevo gobierno aceptó gustoso el precio ofrecido por los Estados Unidos.

La oposición de su país censuró a Roosevelt sus métodos arbitrarios y hasta le hizo el cargo de haber instigado la revolución. Él negó esto enfáticamente. No obstante, más tarde, cuando ya no estaba en el poder, dijo lo siguiente: "Cuando fui Presidente tuve siempre bajo la bota todas esas revoluciones, así que, cuando ocurrió ésta, yo no necesité fomentarla: simplemente levanté el pie".

Hizo también este comentario: "Si hubiera obrado estrictamente de acuerdo con los precedentes, habría tenido que trasladar todo aquel asunto al Congreso, y en ese caso el Congreso estaría debatiéndolo sabiamente en estos momentos... y al canal le faltarían 50 años para terminarse. Por eso, yo tomé el istmo y dejé que el Congreso me combatiera a mí. Pero, mientras siguen adelante los debates... el canal también va en marcha".

"Palabras suaves y un buen garrote"

La política exterior de Roosevelt estaba dominada por la doctrina que había expuesto en uno de sus discursos políticos, refiriéndose al nuevo papel de Norteamérica en el mundo: "Hay un viejo refrán que reza: *Habla suavemente y lleva siempre a mano un buen garrote; así irás lejos*". Típico fue el caso de Venezuela en 1902, cuando Alemania bloqueó sus puertos por haber desconocido ciertas deudas. Roosevelt llamó entonces al embajador alemán en Washington y le dijo que la disputa debía dirimirse por arbitraje; y que si el Kaiser no convenía en ello, el almirante Dewey iría a la escena del bloqueo con órdenes de hacer fuego. Poco tiempo después, Roosevelt felicitaba al Kaiser por su acertada determinación de someter el asunto al tribunal de La Haya.

Su famoso lema de "palabras suaves y un buen garrote" dio a los Estados Unidos un nuevo y extraordinario papel en el concierto de las naciones: el de padre severo con sus hijos pendencieros al otro lado del mundo. A Roosevelt se le pidió que negociara las condiciones para acabar con la guerra ruso-japonesa y que arbitrara una peliaguda disputa acerca de Marruecos que estuvo a punto de encender otro conflicto armado. Afortunado en ambas gestiones, obtuvo el premio Nobel de la Paz en 1906.

Cuando una huelga de mineros

del carbón en 1902 amenazaba prolongarse hasta el invierno, Roosevelt intervino obligando a los mineros a aceptar el fallo de una comisión imparcial. Simultáneamente expresó con toda claridad que no tomaría partido por ninguno de los dos bandos en la lucha entre las grandes empresas y los obreros. "Mientras sea presidente", escribió, "quiero que mi despacho esté abierto por igual al obrero que al capitalista; las puertas se abrirán con la misma facilidad al jornalero que al jefe de una compañía poderosa... pero tampoco más fácilmente".

Su primera demanda contra los *trusts* fue entablada —sin previo aviso— contra un gigantesco consorcio de ferrocarriles que hubiera monopolizado la cuarta parte de los trasportes ferroviarios de la nación. J. P. Morgan, uno de los capitalistas de la compañía, protestó. ¿Por qué Roosevelt no le había hecho saber que se proyectaba la demanda?

—Si acaso hemos hecho algo incorrecto —dijo— manden ustedes uno de los suyos para que se entreviste con uno de los nuestros y entre ellos arreglen las cosas.

—Nosotros no queremos arreglos —le respondió Roosevelt por boca de su procurador general—. Queremos acabar con eso de una vez por todas.

Habían terminado aquellos dichosos tiempos en que las grandes empresas consideraban al gobierno de Washington como una especie de socio particular suyo.

Roosevelt concluyó sus años de mando con un acto de increíble arrojo, demostrando una vez más que los Estados Unidos habían llegado a ser un país que no le iba en zaga a ningún otro. En diciembre de 1907 ordenó a la "Gran Flota Blanca" —escuadra de 16 acorazados tripulados por 12.000 hombres— emprender un viaje alrededor del mundo. Era un hecho de audacia sin precedentes.

Navegando en derredor de la América del Sur y luego a través del Pacífico a Nueva Zelandia, Australia, Filipinas y el Japón, la Gran Flota Blanca llevó a cabo su misión sin ningún contratiempo. De regreso a su patria los barcos tocaron en Mesina (Italia) donde un fuerte terremoto acababa de azotar la ciudad y tuvieron ocasión de socorrer a los sobrevivientes. En todas partes la escuadra fue recibida con jubilosas demostraciones de amistad y cooperación internacional. Roosevelt dijo que aquel viaje había sido su "más importante servicio a la paz".

Diez días después del regreso de la flota terminó la administración de Roosevelt con la toma de posesión de William Howard Taft, sucesor escogido por él mismo. Esa mañana, Henry Adams, viejo e íntimo amigo suyo, entró de paso en su despacho a despedirse. "Me vas a hacer mucha, pero muchísima falta", le dijo a Roosevelt al tiempo que le estrechaba la mano. Esas palabras manifestaban el sentimiento de toda la nación.

Nace un nuevo partido

Para la mayoría de los hombres que han ocupado la Casa Blanca, cualquier cosa que llegara después ha sido como descender en la escala. No así para Roosevelt, que era inmune contra la gradación descendente. Un mes después de dejar el cargo emprendió con su hijo Kermit una expedición al África que duró casi un año y que se dedicaría no sólo a la caza mayor, sino también a la recolección de toda especie de animales en la zona oriental del continente africano.

Era el primer intento sistemático y en gran escala que se hacía para estudiar la región, y para ello se emprendieron grandes preparativos. El Instituto Smitsoniano adscribió tres naturalistas al "safari", que incluía un ejército de 260 porteadores. Se llevaron cuatro toneladas de sal para conservar las pieles de los elefantes, hipopótamos y rinocerontes; sumadas a los demás efectos científicos, solamente los gastos de equipo ascendieron a 75.000 dólares. Varios filántropos, entre ellos Andrew Carnegie, aportaron los fondos para el viaje y Roosevelt sufragó sus gastos personales escribiendo *Trochas de caza en el África* que hasta el día de hoy es modelo insuperable de literatura de viajes.

La expedición recorrió 2400 kilómetros, desde Mombasa en la costa oriental hasta Fashodu sobre el Nilo Blanco. Tan sólo Roosevelt mató 296 piezas, entre ellas ocho elefantes y nueve leones, en tanto que los naturalistas reunían más de 11.000 ejemplares entre mamíferos, aves, peces y reptiles, para dotar al Instituto Smitsoniano de la colección más completa que existe de la flora y la fauna del África Oriental.

Roosevelt regresó a los Estados Unidos en junio de 1910; fue recibido con una salva de 21 cañonazos en Nueva York y con un desfile de bienvenida por la Quinta Avenida que dio la pauta de todas las futuras recepciones que ha hecho la ciudad a los personajes distinguidos, lanzándoles una lluvia de confetis y serpentinas desde los rascacielos. Pero el gozo del triunfo no duró mucho. Pronto supo que el presidente Taft estaba haciendo inquietantes cambios en Washington; despedía de los puestos a sus viejos amigos y repudiaba algunas de sus más preciadas doctrinas políticas.

Se planteó entonces la cuestión de la actitud que debía asumir en las próximas elecciones parlamentarias de 1910. ¿Apoyaría a su viejo amigo Taft o sostendría sus propios principios? Su respuesta a esta pregunta fue una gira política que comenzó diciendo: "Mis discursos representarán mis propias ideas".

De allí en adelante, el triste y casi trágico desacuerdo entre los dos amigos se fue ahondando cada vez más hasta que rompieron ruidosamente. Los partidarios de Roosevelt pedían que postulara su nombre como candidato de los republicanos en 1912. Al principio rehusó, pero, convencido luego de que la mayoría de los electores de

su partido realmente deseaban que volviera a la presidencia, cambió de opinión.

"¡Mi sombrero está en el ruedo!" dijo. "La pelea ha comenzado y estoy prevenido".

Como bullanguera y descomedida no ha habido otra convención republicana igual a la de 1912. Fue preciso reforzar la policía con 500 hombres para contener a los desaforados partidarios de Roosevelt, que durante cinco días gritaron y patearon en el gran salón de Chicago. Pero al fin triunfaron los seguidores de Taft y éste fue proclamado candidato. Inmediatamente los delegados de Roosevelt, a quienes se les había negado el derecho a la palabra, y centenares de otros partidarios suyos abandonaron el recinto seguidos de varios centenares de adictos y salieron a la calle en entusiasta manifestación que dio origen al partido progresista, popularmente llamado *Bull Moose Party*.

Voluntad roqueña

COMO candidato del nuevo partido, Roosevelt emprendió su campaña con el dinamismo que lo caracterizaba siempre. El 14 de octubre de 1912 se dirigía en coche descubierto al lugar de reunión cuando de pronto, abriéndose paso entre el gentío, llegó hasta él un hombre extraño que le disparó un pistoletazo en el pecho.

Roosevelt retrocedió tambaleando, tosió y volvió a erguirse. La multitud enardecida comenzaba a golpear al presunto asesino.

—¡Atrás! —les gritó Roosevelt—. ¡No le hagan daño!—. Y luego, haciendo a un lado a la policía y a los solícitos amigos que le instaban a que fuese al hospital, dio orden de que el coche siguiera adelante.

Aunque no tenía idea de la gravedad de la herida, sus convicciones de toda una vida no le permitían proceder en otra forma:

—Pronunciaré este discurso —dijo— o me muero en el camino. Una cosa u otra.

Titubeando a veces, ante un auditorio delirante, el discurso duró más de una hora. Al terminar lo llevaron a toda prisa al hospital en donde descubrieron que la bala, después de atravesar su grueso abrigo había traspasado también el estuche de sus lentes y el manuscrito del discurso antes de incrustársele en el pecho. Perdiendo así la fuerza, habíase detenido contra una costilla en vez de horadarle los pulmones o el corazón.

Su valor increíble y su voluntad roqueña causaron viva emoción en la nación entera y, cuando regresó a Sagamore Hill, los otros candidatos le ofrecieron suspender sus discursos. Mas la elección no podía suspenderse. Pocas semanas después el país escogía su preferido. Roosevelt lo hizo bien, conquistando para sí 4.216.000 votos. Derrotó a Taft rotundamente, y la suma de las papeletas de los dos candidatos republicanos ascendió a mucho más de la mitad del total del sufragio. Pero el demócrata Woodrow Wilson había ganado la elección.

POTENCIA
en el Valiant II

NUEVO MOTOR
DE 137 HP



Cilindrada, 3687 c.c. (225 pulg.^{3})
¡El famoso Slant Six (6 cilindros, inclinados) de CHRYSLER, está más potente que nunca!

Dinámico pique, rápida aceleración, mar firme. Todo esto brinda a usted la po cia extra del VALIANT II. Y para ma satisfacción suya, muchos años de excel automóvil con un mínimo de preocupacio y gastos.

Por eso se dice que... "hay más VALO en el VALIANT II." Suspensión por ba de torsión y rótulas esféricas... Fuerte de tres velocidades adelante y marcha at Lujosos interiores con tapizados al ton

Valiant

Producido por

FÈVRE Y BASSET LTDA. S.A.



Miembro de la Asociación de Fábricas de Automotore
Véalo en el Concesionario Autorizado

Fernández • Balzo

Final de la gran aventura

Recobrado por completo de la herida, Roosevelt conservó jovialmente la bala incrustada en la costilla . . . tan profundamente que no fue posible extraérsela. En el otoño de 1913 se sintió suficientemente capaz de emprender la última gran expedición de su vida.

Esta vez se encaminó a Mato Grosso, en el Brasil, una de las regiones selváticas menos conocidas y más impenetrables del mundo, con el objeto principal de levantar la carta hidrográfica de un afluente del Amazonas jamás explorado: el Rio da Duvida o río de la Duda. La expedición estuvo a punto de costarle la vida. Se le inflamó una vieja herida que tenía en una pierna y luego vino la infección y la fiebre. Se terminaron las provisiones y durante varios días él y su gente tuvieron que alimentarse de cogollos de palma. Cuando por fin regresó al mundo civilizado había perdido 25 kilos de peso y estaba tan débil que tuvo que andar apoyado en un bastón.

"Tenía que ir", explicó. "Era la última oportunidad que se me presentaba de sentirme muchacho otra vez".

La expedición en sí fue aclamada como un éxito, pues Roosevelt había explorado un río de 1600 kilómetros de curso hasta entonces totalmente desconocido para los cartógrafos. Hoy lleva el nombre de río Roosevelt.

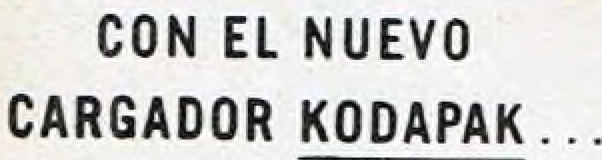
Mas había vuelto a un mundo que se hallaba al borde de la pri-

mera guerra mundial y, creyendo que los Estados Unidos por fin tendrían que sumarse a los Aliados contra Alemania, recorrió el país instándolo a prepararse. No obstante, el presidente Wilson, que era partidario de la neutralidad, no dio paso alguno conducente a armarlo. Roosevelt tenía razón, al fin.

Antes de la declaración de guerra comenzó Roosevelt a hacer planes para entrar en acción, esperando mandar, como lo había hecho en Cuba, un batallón de voluntarios. A pesar de que doscientos mil jóvenes respondieron a su llamada a las armas, el presidente Wilson rechazó su propuesta y sugirió de paso que el interés de Roosevelt estaba principalmente en hacer ostentación. El mariscal Joffre, héroe francés de la batalla del Marne, habló con Wilson, y Georges Clemenceau hasta llegó a escribirle una carta abierta de súplica: "Hay en Francia un nombre que sintetiza la belleza de la intervención norteamericana. Usted debe saber, señor Presidente, que más de uno de nuestros *poilus* nos ha preguntado: ¿En dónde está Roosevelt? Mándeles usted a Roosevelt. ¡Con ello alegrará sus corazones!"

Pero Wilson permaneció inconmovible, y Roosevelt tuvo que contentarse con que sus cuatro hijos sirvieran en las filas en lugar suyo, mientras él daba batallas políticas en el frente interior. Durante las elecciones de 1916 y 1918, después de haber reincorporado al *Bull Moose Party* en el organismo repu-

¡Kodak inicia una nueva era de simplicidad en fotografía!



CON EL NUEVO CARGADOR KODAPAK...

USTED CARGA SU CÁMARA INSTANTÁNEA Y AUTOMÁTICAMENTE...

Con la nueva Cámara **Kodak Instamatic** no hay nada más en qué pensar sino en la foto... Basta introducir el Cargador Kodapak: no necesita enhebrar ni rebobinar. Usted nunca toca la película, y carga su cámara en forma instantánea y automática. Puede hacerlo aun a pleno sol.

Hay cuatro tipos de película Kodak disponibles en Cargadores Kodapak: Kodachrome-X y Ektachrome-X para nítidas diapositivas en colores; Kodacolor-X para bellas copias en colores, y Verichrome Pan para vívidas fotos en blanco y negro.

AK ARGENTINA, LTD. - VIAMONTE 1123 - CASILLA DE CORREO CENTRAL 5621 - BS. AS.

blicano, continuó haciendo campaña contra Wilson. En todas partes renació el fervor de los republicanos con la resonante voz del caudillo y así se llegó a la inevitable conclusión de que Roosevelt sería el candidato que lanzaría el partido en las próximas elecciones presidenciales.

Luego, en el verano de 1918, recibió la trágica noticia de que su hijo Quentin, piloto de la fuerza aérea norteamericana, había sido derribado y muerto por el fuego antiaéreo detrás de las líneas alemanas.

El padre, ocultando su dolor tras el noble credo que gobernó toda su vida, escribió: "Solamente son dignos de vivir aquellos que no temen a la muerte, y sólo pueden morir dignamente quienes no han eludido los goces y los deberes de la vida. Corremos llevando en alto las antorchas hasta que caemos, y caemos contentos si podemos entregarlas en manos de otros corredores. Las antorchas más luminosas las llevan los valientes que van al frente. Son ellos hombres de alma grande; y no menos grandes son las almas de las jóvenes que han visto caer a sus prometidos en su dorado amanecer, y las de las madres, y las esposas a quienes se les ha informado que en lo futuro tendrán que caminar en la oscuridad. Ellos son los que llevan la antorcha: los que se han enfrentado con todo el valor a la muerte".

Pero con la desaparición de Quentin algo se apagó en él definitivamente. Ese otoño hubo de interrumpir sus discursos a causa de un ataque de reumatismo. Lo llevaron al hospital y allí le advirtieron los médicos que era posible que tuviera que pasar el resto de sus días en una silla de ruedas. "Está bien", respondió, "también puedo trabajar así".

Volvió a su casa el día de Navidad, todavía muy dolorido, y durante casi dos semanas siguió trabajando a toda velocidad. La tarde del cinco de enero, Edith, que había estado acompañándolo al lado de la cama, se levantó para salir. Roosevelt alzó los ojos de su trabajo y dijo: "¿Te darás cuenta alguna vez de lo mucho que he amado esta casa de Sagamore Hill?"

Entre las cuatro y las cinco de la mañana siguiente, su ayuda de cámara, que dormía en la habitación contigua, notó que respiraba fatigosamente. Llamó a la enfermera, mas, antes que ésta llegase, su respiración ya había cesado por completo.

Su hijo Archibald, que pasó ese otoño inválido en casa, puso cables a sus hermanos en Francia. Saturados con la dignidad y las realizaciones de una vida majestuosa, decían simplemente: "El león ha muerto".

Un "hombre común y corriente"

Los panegíricos que llovieron sobre Sagamore Hill fueron merecido tributo a los grandes hechos de su vida. Para muchos de sus contemporáneos, Roosevelt estuvo a la altura de Washington y Lincoln como uno de los tres más grandes pre-

de confianza!



YUSTE 11



otro producto de los fabricantes de aceite MAZOLA

sidentes de la Unión. Para otros su gran importancia estaba en su actitud desafiante y rebelde hacia el orden existente de las cosas. Ciertamente, da la medida de su eficacia el hecho de que, cuando él murió, muchas de las reformas y los principios por los que luchó eran ya hechos consumados o tradiciones establecidas.

"Soy apenas un hombre común y corriente", dijo cierta vez, "sin capacidad especial en ningún orden, a no ser quizá porque hago las cosas que creo que se deben hacer. Y una vez que me decido, actúo".

En una época en que se presentan muchas crisis parecidas a las que se le plantearon a Teodoro Roosevelt, su "vida común y corriente" tiene un significado especial. Ningún hombre personificó mejor la rectitud y la acción, el valor y la confianza, cualidades que han seducido a su país. Un antiguo homenaje del estadista inglés Lord John Morley resuena como un eco vivo a través de los años: "Roosevelt no es un norteamericano. Es Norteamérica misma".



Contrapeso. Estábamos de vacaciones en la playa, y un día paramos en un puesto pequeño de la carretera para comprar tomates. Le hice notar al propietario que eran muy pequeños, pero su única respuesta fue: "¡Ajá!"

Trascurridos un día o dos pasé de nuevo por allí y le dije que sus tomates habían resultado desabridos. El viejo, asintiendo con la cabeza, dijo: "Tuvo usted suerte de que no fueran más grandes, ¿verdad?"

— P. G. G.

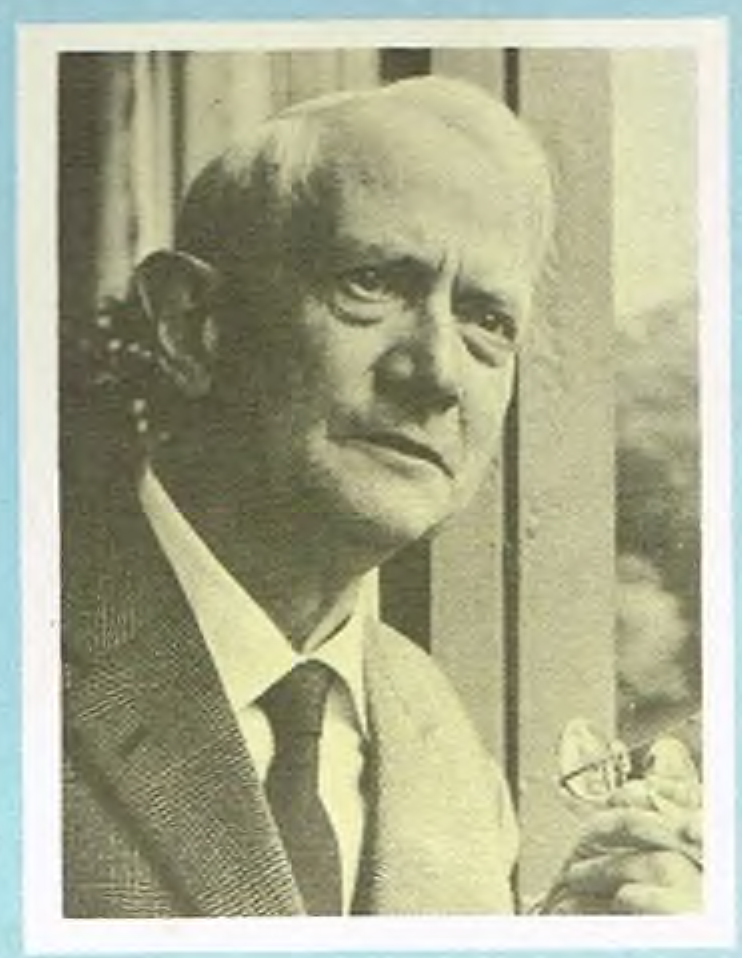
Trampa matrimonial

Una guapa joven estaba pensativa ante el mostrador de una perfumería, olfateando un frasco de costoso perfume. Al fin dio un suspiro y, entregándole el dinero a la dependiente, dijo: "Se siente tan a gusto soltero, que casi me da remordimiento hacerle esto".

— H. C.

En una papelería una muchacha bonita examinaba con interés una gran colección de tarjetas *Para mi novio*. Muy empeñada en su busca, leía cuidadosamente una tras otra y las iba rechazando. Por fin escogió una que decía sencillamente: *Porque te amo*. Mostró la tarjeta al dependiente y, con voz suave, le dijo: "Media docena de éstas, por favor".

— Marguerite Cullman, en *Occupation: Angel* (Editores: Norton)



La culminación de una amistad trasatlántica

POR A. V. OLSEN
Compaginador de películas

HACE diecisiete años, mi esposa y yo recibimos un regalo: una suscripción a la edición danesa del READER'S DIGEST. Así nos contamos entre los favorecidos por la generosidad de aquellos norteamericanos que emplean este método para trabar amistades en Europa.

Debíamos aquel regalo al señor Alvin Merriam, de Springfield (Illinois). Y, desde entonces, los Merriam no han dejado pasar un año sin renovarnos su atención.

Los Merriam y nosotros nunca nos hemos visto, y lo más probable es que jamás nos encontremos. Ello no ha impedido que en el curso de los años se haya creado entre nosotros una amistad perdurable, mediante el intercambio de fotografías, cartas, diapositivas y mensajes grabados en cinta magnetofónica.

Años atrás, Alvin Merriam nos envió diapositivas de algunas excelentes pinturas de su mujer, que es artista de talento. Ello me inspiró la idea de sacar del desván el caballete y la caja de colores que había abandonado unos años antes, y reanudar una distracción placentera.

El episodio más emocionante de nuestra amistad trasatlántica comenzó en marzo último, cuando la hija de los Merriam, Lucy, nos visitó durante un viaje por Europa. ¡Qué agradable era conocer en persona a la hija de nuestros viejos amigos, una muchacha a quien nos parecía haber tratado desde su infancia!

Nuestra hija se propuso devolver la visita a Lucy, y en octubre pasado fue a los Estados Unidos, donde pasó días muy felices, especialmente mientras se hospedó en la casa de nuestros amigos en Springfield.

Una atención que se nos dispensó hace casi dos decenios nos ha proporcionado centenares de horas de grata lectura. Y, más aún, ha creado un lazo de mutua comprensión entre dos familias que, habitando mundos diferentes, han descubierto cuán semejantes son esos dos mundos. Hoy, cuando ese mismo lazo se prolonga para unir a una nueva generación, nos llena de alegría saber que millones de seres humanos en todo el orbe vienen descubriendo, gracias al READER'S DIGEST, que también sus respectivos mundos están más cercanos entre sí de lo que habían supuesto.

